

# LÍNEAS

## Boletín Informativo

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, REPÚBLICA DE PANAMÁ.

Nº 5 FEBRERO, DE 1964.

El Ministerio de Educación, consciente de sus responsabilidades y deseo de contribuir a la divulgación objetiva del problema de Panamá con los Estados Unidos, presenta esta edición extraordinaria del Boletín Informativo, LÍNEAS, en la cual recoge los fundamentos históricos y jurídicos de la demanda panameña ante los organismos internacionales.



Escudo de Armas de la República de Panamá

"No había provocación, estaban en su patria, sólo querían ejercer el derecho a que la bandera panameña ondeara en su territorio, que es parte integrante de la República."

MIGUEL J. MORENO.



EDICIÓN EXTRAORDINARIA

# CONTENIDO.

EDITORIAL . . . . .	1
TAREA PRIMORDIAL . . . . .	3
NARRACIÓN OFICIAL DE LOS SUCESOS. . . . .	5
LOS SUCESOS DE NOVIEMBRE DE 1959. . . . .	19
¡LA PATRIA HERIDA! . . . . .	22
NOTA HISTÓRICA DEL ROMPIMIENTO DE RELACIONES. . . . .	23
PANAMÁ EN EL CONSEJO DE SEGURIDAD. . . . .	24
EL CASO DE PANAMÁ ES EL CASO DE AMÉRICA. LIC. MIGUEL J. MORENO. . . . .	35
CARTA DE BOGOTÁ . . . . .	46
ESQUEMA DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS . . . . .	47
TRATADO INTERAMERICANO DE ASISTENCIA RECÍPROCA. . . . .	48
EL TRATADO DEL CANAL. SU HISTORIA E INTERPRETACIÓN. DR. EUSEBIO A. MORALES . . . . .	51
¡PROMESA QUE NO SE CUMPLIÓ! . . . . .	55
MEDIO SIGLO DE RELACIONES ENTRE PANAMÁ Y LOS ESTADOS UNIDOS. DR. RICARDO J. ALFARO. . . . .	56
EVIDENCIAS DE LA AGRESIÓN . . . . .	65

**LÍNEAS**

Boletín Informativo del Ministerio de Educación.  
Dirigido por el Profesor Olmedo Domingo, Viceministro de Educación.

Edición preparada por la COMISIÓN PERMANENTE DE DIVULGACIÓN,  
integrada por Emma C. Salabarría, Isaías García, Antonio  
Espino R., Pedro Ayala, Julio F. Barba, Paulino Romero y  
Rafael Peralta Ortega.

Editado por el Taller de Producción del Departamento de Textos  
Escolares y Material Didáctico.

Apartado 1630, Panamá, E. de P.

Se aceptan colaboraciones y sugerencias. Distribución gratuita.  
Reproducción autorizada, si se cita LÍNEAS.

## AGRADECIMIENTO.

LOS REDACTORES DE LÍNEAS, AGRADECEN A TODAS  
LAS PERSONAS E INSTITUCIONES QUE, EN UNA FORMA  
U OTRA, HAN HECHO POSIBLE LA PRESENTE EDICIÓN  
EXTRAORDINARIA.

## *Editorial.*

# **EL EDUCADOR EN LA HORA PRESENTE.**

La patria vive uno de los momentos más decisivos en la historia de nuestro devenir republicano, que ha de tener hondas repercusiones en nuestro futuro como nación libre y soberana. Nos enfrentamos a una de esas situaciones claves que, en el acontecer vital de los pueblos, son un llamado definitivo a lo más raizal del hombre, a la más pura conciencia ciudadana, al más noble patriotismo, a lo más genital de la existencia. La gallardía con que hoy sepamos responder al mandato supremo de la patria, será la materia seminal que fecundará nuestro espíritu de nación y consolidará nuestra voluntad de pueblo, al mismo tiempo que será el punto de partida de fundamentales rectificaciones en el orden de nuestras relaciones internacionales, que nos garanticen el respeto y la consideración debidos a los países libres y dignos.

La reacción unánime de nuestros conciudadanos, ante la agresión cruenta de que fuimos objeto por parte del ejército de los Estados Unidos acantonado en la Zona del Canal, ha sido el primer paso sólido en beneficio de este reencuentro con la patria, que ha de abrir una brecha decisiva en esa muralla de calculadas incomprensiones, de nefastas injusticias y de oprobiosos vejámenes, que ha rodeado nuestras relaciones con nuestros vecinos del Norte durante los últimos sesenta años.

Pero este primer paso, noble y generoso, para ser fructífero en la realización de nuestros ideales, debe ser seguido de nuevas acciones en que se conjugue, sin desmayos ni vacilaciones, la unidad férrea de nuestras voluntades, no importan los sacrificios ni las privaciones que nuestra lucha nos imponga.

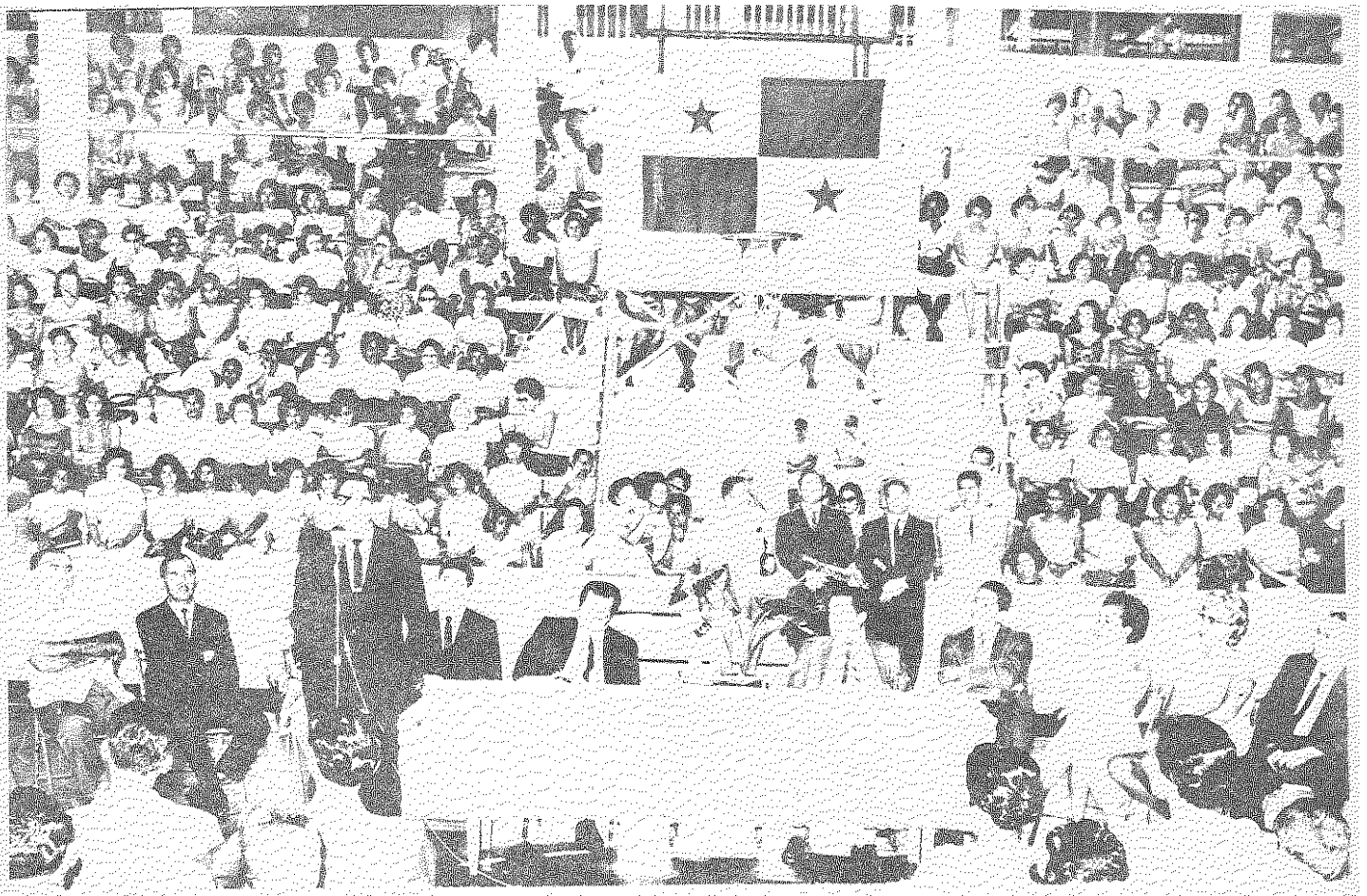


El educador, en su condición de forjador de la conciencia moral y de fecundador intelectual de la República, debe asumir un papel preponderante en esta batalla por la dignificación de la patria. En cada hogar panameño, en cada rincón de nuestro terruño, debe escucharse la voz firme del maestro y del profesor, trasmitiendo la verdad de los hechos, divulgando la justicia de nuestra causa, reforzando la unidad de nuestro pueblo, señalando los caminos que hemos de recorrer para el logro de nuestras aspiraciones.

Que su palabra veraz y orientadora sea el núcleo que cimente y vigorice, allí donde se encuentre, una renovada conciencia panameña, que sirva de orgullo y de inspiración a las generaciones venideras.

Tal es la responsabilidad del educador en la hora actual, y a esa responsabilidad debe consagrar todas sus energías. El Ministerio de Educación pone su fe en ella.

MANUEL SOLÍS PALMA.



# TAREA PRIMORDIAL.

La actitud del Gobierno Nacional es la de llevar adelante la defensa patriótica de la República, víctima de la agresión por parte del ejército de los Estados Unidos; de mantener el rompimiento de relaciones diplomáticas con ese país, mientras no dé garantías suficientes para negociar un nuevo tratado, y de reclamar la indemnización por los daños morales y materiales, directos e indirectos, causados a la nación.

Es necesario que esa actitud sea conocida y apreciada por todos los ciudadanos panameños, de manera que se consolide la opinión pública. En tal consolidación, lo principal es que se comprenda que estamos ante el peligro de que el agresor, use su viejo instrumento de provocar un cambio de gobierno, es decir, que tienda hacia el derrocamiento del Gobierno del Presidente Chiari.

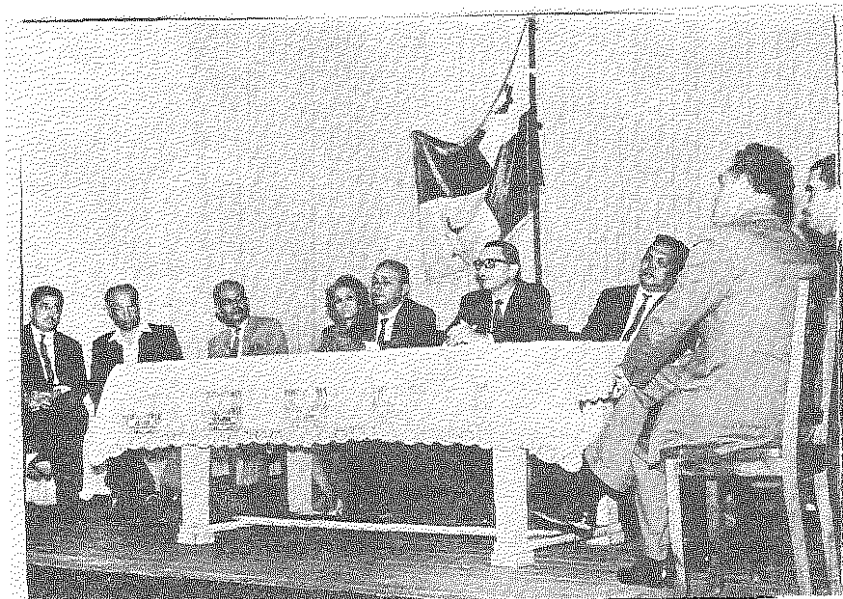
Para ello, utilizaré los instrumentos con que puede contar, constituidos por quienes siempre han comercialado con los asuntos patrios, para enganar a los diversos sectores populares, de tal manera que se promuevan trifulcas, motines, o se llegue hasta la revuelta, si es posible.

Por tanto, la tarea principal es la de alertar a los ciudadanos todos, para que destruyan las maniobras del agresor e impidan que se atente contra los poderes públicos y entreguen nuestra Patria al vecino agresor.

Es necesario hacer comprender que esta tarea debe traducirse en la defensa y mantenimiento del orden público, para que el Gobierno pueda cumplir sus propósitos de lograr nueva situación en las relaciones con los Estados Unidos, que reivindiquen la plena soberanía nacional en la Zona del Canal; de reclamar indemnizaciones por los daños causados por el agresor, y las sanciones que le correspondan, y de que el tránsito de este Gobierno al próximo se realice, por las vías constitucionales de la elección popular.

Hay que explicar que el derrocamiento del Gobierno del Presidente Chiari significa:

- Primero: El establecimiento de un gobierno de hecho, con violación de nuestra Constitución.
- Segundo: Que este gobierno de hecho, no estaría sujeto a ninguna ley y que, así, se convertiría en una amenaza directa contra las libertades públicas, contra los patriotas panameños y serviría de instrumento para la persecución y saqueo del país.
- Tercero: Que ese gobierno de hecho, que sería reconocido por los Estados Unidos y sus satélites colonialistas, reanudaría relaciones diplomáticas, sin condiciones, con los Estados Unidos.
- Cuatro: Que ese gobierno aceptaría la perpetuidad de los convenios relativos al Canal, en perjuicio del comercio, estrangulado por los comisariatos zonistas; en perjuicio del comercio, de la industria, sometida a las restricciones, en la venta de sus productos en la Zona; en perjuicio de la República, que seguiría ofendida y humillada por las prácticas norteamericanas en contra de nuestra soberanía y con menoscabo de ella.



Quinto: Que ese gobierno de hecho, aplazaría las elecciones y se convertiría en instrumento de opresión nacional.

Ante esa amenaza, el único remedio es mantener y defender el orden público, como el más preciado tesoro del ciudadano panameño y de la República, como entidad soberana e independiente. En este sentido, nuestras acciones deben estar encaminadas hacia:

Primero: Respaldar al Gobierno del Presidente Chiari, para que lleve adelante la plena representación de la República en sus justos planteamientos y reclamos.

Segundo: Respaldar al Gobierno del Presidente Chiari, para que pueda presidir unas elecciones populares, de sucesión constitucional.

Tercero: Convencer a todo ciudadano, para que no se preste, ni directa ni indirectamente, a actividades que signifiquen el debilitamiento de la unidad patriótica nacional, ni realicen acciones que vayan, directa o indirectamente, contra las autoridades.

Cuarto: Desenmascarar públicamente como antipatriota, como agente de los zoneístas y de los elementos reaccionarios de Washington, a cualquier panameño que se preste a realizar maniobras tendientes al derrocamiento del Gobierno, o atente contra el proceso electoral.

Quinto: Llamar al pueblo, para que ejerza sus derechos ciudadanos, vote por los candidatos de su confianza y exija que éstos no traicionen a la República, ni a su pueblo, en este difícil período, ni en el futuro.

Sexto: Hacer suscribir protestas en contra del deseo de quienes quieran entregar a la República, y en defensa del orden público, para que Panamá pueda hacer buenas sus reclamaciones, se mantenga la Constitución y se celebren elecciones públicas, de acuerdo con los preceptos vigentes.

# *Narración Oficial de los Sucesos.*

## LOS HECHOS QUE PROVOCARON LA AGRESION

Los orígenes inmediatos de los lamentables sucesos ocurridos durante los días 9, 10 y 11 de enero, se encuentran en la actitud de no acatamiento a las órdenes del Gobernador de la Zona del Canal, que adoptaron los residentes de dicha Zona y miembros del cuerpo de policía, cuando en los últimos días del mes de diciembre de 1963 este funcionario trató de dar cumplimiento al acuerdo concertado entre los Gobiernos de Panamá y los Estados Unidos un año antes, el 7 de enero de 1963, relativo al enarbolamiento de la bandera panameña en la Zona del Canal. Según dicho acuerdo, la enseña de Panamá debe ser enarbolada conjuntamente con la norteamericana, en todos los sitios de la Zona del Canal, donde es izada la bandera de los Estados Unidos por las autoridades civiles.

Por razones que desconocemos, las autoridades de la Zona del Canal demoraron cerca de un año en intentar dar pleno cumplimiento al acuerdo sobre las banderas. Más aún, con el fin de desplegar el menor número posible de banderas panameñas en la Zona, procedieron, en violación del acuerdo, a remover arbitrariamente varias astas de sitios donde tradicionalmente había sido izada la bandera norteamericana; tales como frente de la residencia del Gobernador y frente al edificio de la Capitanía del Puerto. Siguiendo esta política, en los primeros días del mes de Enero del presente año, el Gobernador de la Zona del Canal ordenó la remoción de las astas en que es izada la bandera de los Estados Unidos frente a las escuelas públicas y otros lugares.

El asta situada en la plaza de Gamboa, en la región central de la Zona del Canal, era una de las que debían ser removidas. Sin embargo en dicho lugar el sargento Carlton Bell al mando de las fuerzas locales de Policía, se negó a cumplir la orden del Gobernador.

Este policía

ste policía continuó por varios días izando exclusivamente la bandera norteamericana en Gamboa, con el aplauso de los zoneítas, y la abierta complicidad de sus superiores quienes no tomaron ninguna medida para obligar a este miembro de un instituto armado de los Estados Unidos a cumplir las órdenes superiores recibidas.

La prensa de los primeros días de enero le dió amplia publicidad al desacato del sargento de policía de Gamboa. Siguiendo su ejemplo, los estudiantes hijos y nietos de norteamericanos de ocho colegios y escuelas de la Zona del Canal se negaron también a acatar las órdenes del Gobernador. Azuzados por sus padres y amparados por los policías, hicieron guardia permanente ante las astas situadas frente a los planteles de enseñanza, e impidieron que las banderas norteamericanas fueran arriadas por las autoridades. Durante los días 7 y 8 de enero los estudiantes y adultos zoneítas llevaron a cabo manifestaciones ante la residencia del Gobernador para exigirle el enarbolamiento de la bandera norteamericana en violación al convenio suscrito con Panamá. La actitud asumida por la policía y los estudiantes zoneítas fue ampliamente difundida por la prensa local, lo cual acusó gran descontento entre los sectores estudiantiles y ciertos grupos de ciudadanos panameños. El descontento era explicable, por tratarse no tanto de actos de rebeldía contra las autoridades de la Zona del Canal, sino por la no disimulada complacencia con que esas mismas autoridades toleraban tales actos de rebeldía, que implicaban también el incumplimiento de un convenio celebrado entre los Estados Unidos y Panamá.

Los acontecimientos a que antes se ha hecho referencia demuestran que existía entre los civiles y policías zoneítas, un estado de insubordinación contra las órdenes del Gobernador, y que éstos se encontraban dispuestos a llegar a todos los extremos, inclusive al empleo de la violencia, con el fin de evitar que fuera cumplido el

convenio



convenio suscrito con Panamá sobre el enarbolamiento de la bandera panameña en la Zona del Canal. Tal era el estado de excitación en que se encontraban los zoneítas, que el propio Gobernador Flemming se vió precisado a hacerles un llamado público pidiéndoles que no continuaran oponiéndose al cumplimiento de los convenios internacionales celebrados con Panamá por el Gobierno de los Estados Unidos. Dicho comunicado fue entregado a la prensa en la mañana del día 9, algunas horas antes de que se iniciaran los sangrientos sucesos que hoy lamentamos, y en parte, dice así:

"Creo que es innecesario que me refiera extensamente a las responsabilidades que recaen sobre los ciudadanos de Estados Unidos de sujetarse a los compromisos oficiales de su Gobierno. Sí me gustaría, sin embargo, hacer énfasis en que aquí en la Zona del Canal, donde nuestros actos están sujetos al escrutinio directo de ciudadanos de otros países, tenemos una responsabilidad mayor.

Solicito la cooperación de todos los ciudadanos de Estados Unidos en estos momentos para honrar los compromisos de nuestro país, demostrando nuestra buena fe mediante nuestras propias acciones. Debemos dar el ejemplo y algunas de nuestras acciones recientes no han sido ejemplares a la luz de compromisos internacionales de Estados Unidos."

Es oportuno hacer notar que horas después de expedir el comunicado de prensa, el Gobernador Flemming partió para los Estados Unidos. El Gobernador decidió abandonar la Zona del Canal a pesar de que tenía pleno conocimiento del estado de insubordinación en que desde hacía más de una semana se encontraban los policías y otros habitantes de la Zona y el descontento de los panameños ante su incapacidad para hacerse obedecer. Salió del aeropuerto en los precisos momentos en que se iniciaban los primeros incidentes entre estudiantes zoneítas y panameños, dejando al Gobierno de la Zona del Canal en manos de elementos identificados con los grupos zoneítas insubordinados.

La ausencia del Gobernador Flemming durante la trágica noche del 9 de enero, se hizo sentir aún más debido a la circunstancia de que desde el mes de agosto no existe Embajador de los Estados

Unidos

Unidos acreditado ante el Gobierno de Panamá.

Fueron estos actos de insubordinación de la policía de la Zona del Canal, de desacato de los estudiantes zoneítas y sus padres, la complacencia de las autoridades norteamericanas, las causas inmediatas de los trágicos sucesos de los días 9, 10 y 11 de enero.

#### LOS ESTUDIANTES PANAMEÑOS EN LA ESCUELA DE BALBOA.

El día 9 de enero de 1964 al terminar sus clases a las 4 de la tarde unos doscientos (200) estudiantes del Instituto Nacional, entre jóvenes varones y señoritas, se dirigieron a las oficinas del Director del Plantel para solicitarle la bandera panameña perteneciente al Colegio con el fin de izarla en el asta de la escuela de Balboa para dar así cumplimiento simbólico al Convenio existente entre los Estados Unidos y Panamá. Cabe advertir que ya, el día anterior, una Delegación de estos estudiantes se había acercado a la Escuela de Balboa para informar de sus deseos a las autoridades de dicha escuela las que se manifestaron anuentes a que se realizara el acto. El Director del Instituto Nacional, una vez cerciorado de que los estudiantes contaban con la anuencia de las autoridades del Colegio de Balboa y de que se trataba de un acto pacífico de reafirmación de la soberanía de Panamá en la Zona del Canal, les hizo entrega de la bandera del plantel.

Cabe observar que los estudiantes, antes de partir para la Zona del Canal, tomaron la precaución de informar al doctor Arturo Morgan Morales, Jefe de la Sección de Relaciones con los Estados Unidos del Ministerio de Relaciones Exteriores, de la manifestación pacífica que iban a llevar a la Escuela de Balboa.

También conviene observar que el Tercer Jefe de la Guardia Nacional, Comandante Urrutia, habló telefónicamente con un Teniente de la Guardia Nacional después que la manifestación estudiantil había ingresado al territorio de la Zona del Canal; y fue informado por éste de que la marcha de los estudiantes se desarrollaba

en plan

en plan normal y pacífico.

En forma pacífica y ordenada, sin armas y vistiendo el uniforme del colegio, sin cometer ningún acto hostil o de irrespeto a las personas o a la propiedad, los estudiantes se dirigieron portando la bandera panameña a los predios de la escuela superior de Balboa ubicada en la Zona del Canal con el propósito de izarla frente a dicha escuela. Luego de bajar las escalinatas del edificio de la Administración de la Zona del Canal, fueron detenidos por un piquete de policía que les cerró el paso hacia la Escuela de Balboa.

Luego de un largo parlamento entre los estudiantes y el jefe de pelotón de policías, éste accedió a que un grupo de seis estudiantes panameños se acercaran con la bandera nacional hasta el lugar en que se encuentra el asta frente al edificio de la Escuela. El oficial de policía había dado plenas seguridades a los seis estudiantes de que si se separaban del resto del grupo, la policía los protegería para que izaran la bandera panameña y cantaran el Himno Nacional, sin ser molestados por los estudiantes zoneítas y sus padres, quienes, en número creciente, se venían congregando en el edificio de la Escuela Superior de Balboa y en el sitio en que se encuentra el asta de la Escuela.

En cumplimiento del acuerdo a que se llegó con el jefe de los policías, la comisión de seis jóvenes panameños sosteniendo la bandera desplegada y el gallardete del Colegio y un cartelón con la leyenda "Panamá es soberana en la Zona del Canal", se dirigió al lugar en que se encuentra el asta frente al edificio de la Escuela. Al llegar fueron recibidos con visibles muestras de hostilidad de parte de los estudiantes zoneítas y sus padres. Al intentar los seis jóvenes panameños cantar el himno, fueron abuchados y silbados por los zoneítas, quienes procedieron luego a rodearlos y agredirlos físicamente. En la trifulca los seis estudiantes panameños que portaban la bandera de su Patria fueron empujados y golpeados por los

estudiantes

estudiantes zoneítas azuzados por sus padres. Inexplicablemente los policías, en lugar de proteger a los panameños como había prometido su jefe, se sumaron a la agresión de que éstos eran víctimas, tratando de sacarlos a la fuerza del área en que se encuentra el asta de la bandera. En el curso de esta agresión física, un policía zoneíta destrozó de un golpe de tolete la Enseña Patria de la República de Panamá.

Ante empujones y golpes de policías y civiles zoneítas, los seis estudiantes panameños fueron obligados a retroceder hasta donde se encontraban sus compañeros.

Al intentar los miembros del grupo de estudiantes panameños socorrer a sus seis compañeros, fueron agredidos con toletes por las fuerzas policíacas y obligados a retirarse a la ciudad de Panamá, con la bandera nacional desgarrada y hostigados por dos automóviles radio-patrullas con policías zoneítas. En el curso del largo trayecto fueron objeto de burlas, insultos y golpes por parte de adultos zoneítas.

#### LA AGRESION DE LA POLICIA ZONEITA EN EL LIMITE.

Al llegar los estudiantes a la ciudad de Panamá aproximadamente a las seis y treinta de la tarde, (6:30 p.m.) acosados por los zoneítas y con la Enseña de su Patria rota por la policía extranjera, se formaron, espontáneamente, grupos de ciudadanos que, sin portar armas de ninguna naturaleza, trataron de introducirse a la Zona del Canal con el único propósito de izar banderas panameñas en esa faja del territorio nacional.

Los grupos de ciudadanos panameños fueron de inmediato rechazados por el fuego combinado de las fuerzas de policía armadas de revólver calibre 38 y de civiles zoneítas armados de escopetas de cacería. En esta acción cayeron los primeros heridos panameños de bala. La noticia de los sucesos se esparció rápidamente por toda

la ciudad

la ciudad capital y al poco tiempo, nuevos grupos de ciudadanos sin armas fueron acercándose por diversos sectores a la Avenida que sirve de límite entre la ciudad de Panamá y la Zona del Canal, en un vano intento de introducirse a la Zona, con el único fin de izar la bandera panameña. Estos grupos fueron de inmediato agredidos por la policía y civiles zoneítas armados, causándoles, en las primeras horas de la noche del día 9, más de cien heridos y seis muertos de bala.

El primero en caer fue el estudiante Ascanio Arosemena de veinte años (20) de edad, quien recibió, de un policía zoneíta, un balazo calibre 38 especial, que le atravesó el pulmón derecho y la aorta, mientras se encontraba con la bandera panameña en el sector de la estación del ferrocarril.

Los panameños fueron obligados a replegarse a jurisdicción panameña, por los contornos del Palacio Legislativo y calles circunvecinas, en la ciudad de Panamá. Los zoneítas continuaron disparando hacia la ciudad, causando nuevas bajas a la población civil y consumando la agresión al territorio nacional al cruzar el límite jurisdiccional en diversos sitios. Importa señalar que en esta oportunidad, y a diferencia de lo ocurrido en los disturbios de los días 3 y 4 de noviembre de 1959, la policía zoneíta no intentó siquiera emplear mangueras de agua para detener a los manifestantes panameños y usó poco los gases lacrimógenos. Como lo demuestran los protocolos de autopsia de las víctimas y los partes médicos de los numerosos heridos, el arma más empleada fue el revólver calibre 38 de reglamento de la Policía de la Zona del Canal. Todo lo cual indica que no se recurrió a los medios usuales de represión en casos de tumultos civiles, sino que se recurrió de inmediato, sin necesidad y con sevicia al empleo de las armas de fuego contra una población inerme.

Es de importancia recalcar que un número apreciable de las bajas

ocurridas



ocurridas durante las primeras horas de la noche del 9, fueron jóvenes que portaban banderas. Ello demuestra que el fuego de la policía y de los civiles zoneítas estaba particularmente dirigido contra quienes pretendían hacer flamear la bandera panameña y que el verdadero objetivo de la acción armada era el impedir que el Emblema Nacional fuera enarbolado en la Zona del Canal.

Conviene señalar que, a pesar de lo que se ha publicado en ciertos despachos de prensa extranjera, en ningún momento grupos numerosos de ciudadanos panameños trataron de entrar a la Zona del Canal para atacar a las personas y destruir propiedades. En realidad, se trataba de grupos pequeños de ciudadanos indignados que llevando a la cabeza a un joven que portaba la bandera, pretendían introducirse en la Zona y plantar allí, la Enseña Nacional.

Es cierto que en el curso de los sucesos varios automóviles de propiedad norteamericana fueron atacados e incendiados por panameños en el límite. Pero no es menos cierto que tales hechos son inevitables, cuando un pueblo indefenso, que guarda graves y viejos resentimientos, es agredido y su Enseña Patria desgarrada por extranjeros en su propio suelo como ocurrió el día 9 de enero. Además, también es cierto que autos panameños fueron abaleados por tiros de militares entre ellos una ambulancia que conducía heridos al hospital.

#### EL EJERCITO NORTEAMERICANO ENTRA EN ACCION.

Aproximadamente a las ocho de la noche (8:00p.m.) del 9 de enero, el General O'Meara asumió el mando supremo del territorio de la Zona del Canal; y poco después, el Ejército de los Estados Unidos de América, en arreos de combate y tanques entró en acción a lo largo de las Avenidas Kennedy y 4 de julio. No obstante, la población civil panameña, enardecida por la agresión no provocada, de las fuerzas norteamericanas, en pequeños grupos y sin portar

armas

armas, continuó tratando de introducirse en la Zona del Canal con el único propósito de izar banderas panameñas.

Sin embargo, el fuego de armas automáticas y fusilería de las unidades del ejército a todo lo largo del límite jurisdiccional fue tan cerrado, que los grupos de ciudadanos se retiraron al sector panameño. A pesar de ello, las tropas norteamericanas, que en más de una oportunidad cruzaron a nuestra jurisdicción, continuaron disparando contra la población y el territorio panameño. Este hecho lo demuestra, a más de los proyectiles extraídos de los muertos y heridos, los numerosos impactos de bala calibre 30 que se encuentran en el Palacio Legislativo, las estructuras vecinas y hasta en el cordón de la acera de la calle 3 de noviembre.

Ráfagas de ametralladoras y de fusilería de largo alcance disparadas desde el sector de la Avenida Kennedy y las inmediaciones del Hotel Tívoli mataron o hirieron a civiles panameños que se encontraban en la Avenida Central y la calle 3 de Noviembre, a varios cientos de metros de la línea limítrofe con la Zona del Canal. En ocasiones, fue imposible socorrer a los civiles panameños heridos para ser enviados a los hospitales y centros de primeros auxilios, debido al fuego cerrado del Ejército de los Estados Unidos contra la población y territorio panameños.

Durante las últimas horas de la noche del 9 de enero y la madrugada y mañana del día 10, continuaron sucediéndose los actos de agresión armada del Ejército de los Estados Unidos contra la indefensa población civil panameña. El fuego de fusilería y las ráfagas de ametralladoras barrían, en forma esporádica pero sistemática, el área bajo jurisdicción panameña comprendida entre Avenida Kennedy y 4 de Julio y la Calle 3 de Noviembre, calle "J", Calle Jerónimo de la Ossa y el sector llamado "El Chorrillo". El número de bajas sufridas por la población civil panameña por el fuego de unidades

del Ejército

del Ejército incluye varios muertos y más de cien heridos, durante la noche del día 9 y la mañana del 10, la mayoría de ellos, adolescentes.

Al entrar el Ejército en acción, helicópteros de la Fuerza Aérea norteamericana, en flagrante violación del espacio aéreo panameño, volaban a baja altura sobre sitios escogidos de la ciudad capital, contribuyendo con ello, a aumentar la confusión y el desasosiego entre la población. Durante las horas de la mañana del día 10, aviones a reacción de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos volaron repetidas veces a baja altura, sobre la ciudad de Panamá con el evidente propósito de crear pánico.

La presencia de tropas del Ejército de los Estados Unidos, con tanques y equipo de combate en el sector de las Avenidas Kennedy y 4 de Julio durante el día 10 de enero, así como las descargas que hacían a la población civil que se encontraba en las áreas vecinas de la ciudad de Panamá, eran del todo innecesarias, y tenían como efecto, el excitar a la población panameña. Estos hechos los comprendió la Comisión Interamericana de Paz, al punto de que la primera medida que tomó, al llegar a Panamá, fue la de pedirle al gobierno norteamericano que suspendiera el fuego y retirara las tropas del límite con la ciudad de Panamá.

#### LOS SUCESOS DE LA CIUDAD DE COLÓN.

En la ciudad de Colón, los disturbios se iniciaron en la noche del 9 de enero, una vez que las noticias del agravio infligido a la bandera y los ataques de que habían sido víctimas los estudiantes del Instituto Nacional, se difundieron entre la población. Grupos de civiles colonenses, la mayoría de ellos adolescentes, siguiendo el ejemplo de los panameños, trataron de introducirse en territorio bajo jurisdicción norteamericana con el propósito de enarbolar en él la bandera nacional. Y al igual que en la ciudad capital,

fueron

fueron despiadadamente agredidos con el fuego de las armas de la policía y del Ejército de los Estados Unidos, así como de civiles zoneítas armados.

En la ciudad Atlántica los sucesos se desarrollaron, principalmente en las Calles 11 y 12 y Avenida Balboa, entre el edificio denominado "Templo Masónico" y el antiguo Comisariato ubicado en la Calle 11. La Guardia Nacional trató de impedir que los ciudadanos panameños hicieran incursiones al territorio bajo jurisdicción norteamericana portando la bandera nacional. No obstante, algunos panameños sin armas, burlando los esfuerzos de la Guardia Nacional, lograban internarse en la Zona con banderas. Al igual que en la Capital, la reacción de la policía y de las unidades del Ejército de los Estados Unidos fue violenta, sin recurrir, previamente, a los usuales métodos de represión en casos de disturbios callejeros, atacaron a los panameños con el fuego de revólveres, armas automáticas y fusilería.

Es importante recalcar que al igual que en la ciudad capital, las tropas del ejército norteamericano con equipo de combate y bayoneta calada, invadieron el territorio bajo jurisdicción panameña. Uno de los sitios en que la tropa extranjera se internó en Colón, fue en calle 12 frente a los edificios, "Templo Masónico" y "YMCA".

Durante los días 9, 10 y 11 de enero, los ataques de las unidades del Ejército de los Estados Unidos a la población civil colonense, desarmada y en jurisdicción panameña, ocasionaron numerosas víctimas y daños materiales. Es de notar que la mayoría de los muertos y heridos de la ciudad de Colón, recibieron impactos de proyectiles calibre 30, disparados por rifles "Garard" o "M-1", que son usados por el Ejército Norteamericano. En muchos edificios de la ciudad de Colón pueden apreciarse los numerosos impactos de proyectiles calibre 30. Varios panameños fueron heridos con bayoneta por las tropas

norteamericanas.

norteamericanas.

La acción de los norteamericanos contra la población colonense tuvo como consecuencia, 141 heridos y tres muertos; la niña Maritza Alabarca de seis meses de edad; un estudiante, Carlos Renato Lara, de 18 años y el Sargento Celestino Villarreta, de 43 años de edad, de la Guardia Nacional, quien fue muerto de bala cuando trataba de apaciguar los ánimos de los civiles panameños exaltados por la masacre de que eran víctimas.

Es de notar que la población civil zoneíta del sector Atlántico también tomó parte activa en los ataques contra los panameños. En grupos de 20 y 30, los zoneítas merodeaban por los límites con la ciudad de Colón, azuzaban a los soldados y policías y protegidos por éstos, agredían con armas de fuego a los civiles panameños que pretendían pasear la Bandera Nacional en territorio bajo jurisdicción norteamericana.

Con las bajas ocurridas en la ciudad de Colón, el número de las víctimas panameñas de la agresión norteamericana alcanzó a 21 muertos y más de 400 heridos.

Los actos de agresión armada contra el territorio y la población civil panameños ejecutados por las fuerzas de los Estados Unidos en la ciudad de Colón los días 10 y 11 de enero y en la ciudad de Panamá el día 10 del mismo mes, ésto es, más de doce horas después de haberse iniciado los primeros disturbios, son pruebas irrefutables de que, en esos días, la tropa agredió a la población panameña cumpliendo órdenes emanadas de las más altas autoridades norteamericanas, que para ese entonces, se encontraban plenamente enteradas de los acontecimientos que ocurrían en Panamá. No es posible, pues, atribuir dichos ataques a orden precipitada impartida en el lugar de los hechos por oficiales de menor gradación.

#### OCUPACION DEL CORREDOR DE COLON POR FUERZAS NORTEAMERICANAS.

En el sector Atlántico, a más de los ataques armados no provocados antes



cados antes relatados, fuerzas armadas de los Estados Unidos ocuparon el llamado Corredor de Colón. Dicha ocupación constituye un acto de agresión contra la República de Panamá e implica una violación de los tratados existentes entre los dos países.

En efecto, el tránsito por la carretera transístmica, que une las ciudades de Panamá y Colón, fue cerrado al ocupar unidades del Ejército norteamericano, la noche del día 9 y los días 10 y 11 de enero, el Corredor de Colón. Dicho Corredor se encuentra bajo jurisdicción panameña de conformidad con lo dispuesto en el artículo 32 de la Convención sobre el Corredor de Colón, suscrita en el año de 1950 entre los gobiernos de Panamá y los Estados Unidos.

Este acto constituye una clara intromisión de las fuerzas armadas de los Estados Unidos en territorio bajo plena jurisdicción panameña. El cierre de la Carretera Transístmica, que es la única vía de comunicación terrestre, implica además, una agresión de tipo económico contra Panamá y Colón e impidió hasta el envío de plasmas sanguíneos y asistencia médica que se requerían con urgencia en la ciudad de Colón para atender a las víctimas de la agresión del Ejército Norteamericano en el sector Atlántico. El Corredor de Colón fue abierto al tránsito debido a gestiones efectuadas por la Comisión Interamericana de Paz ante las autoridades norteamericanas.

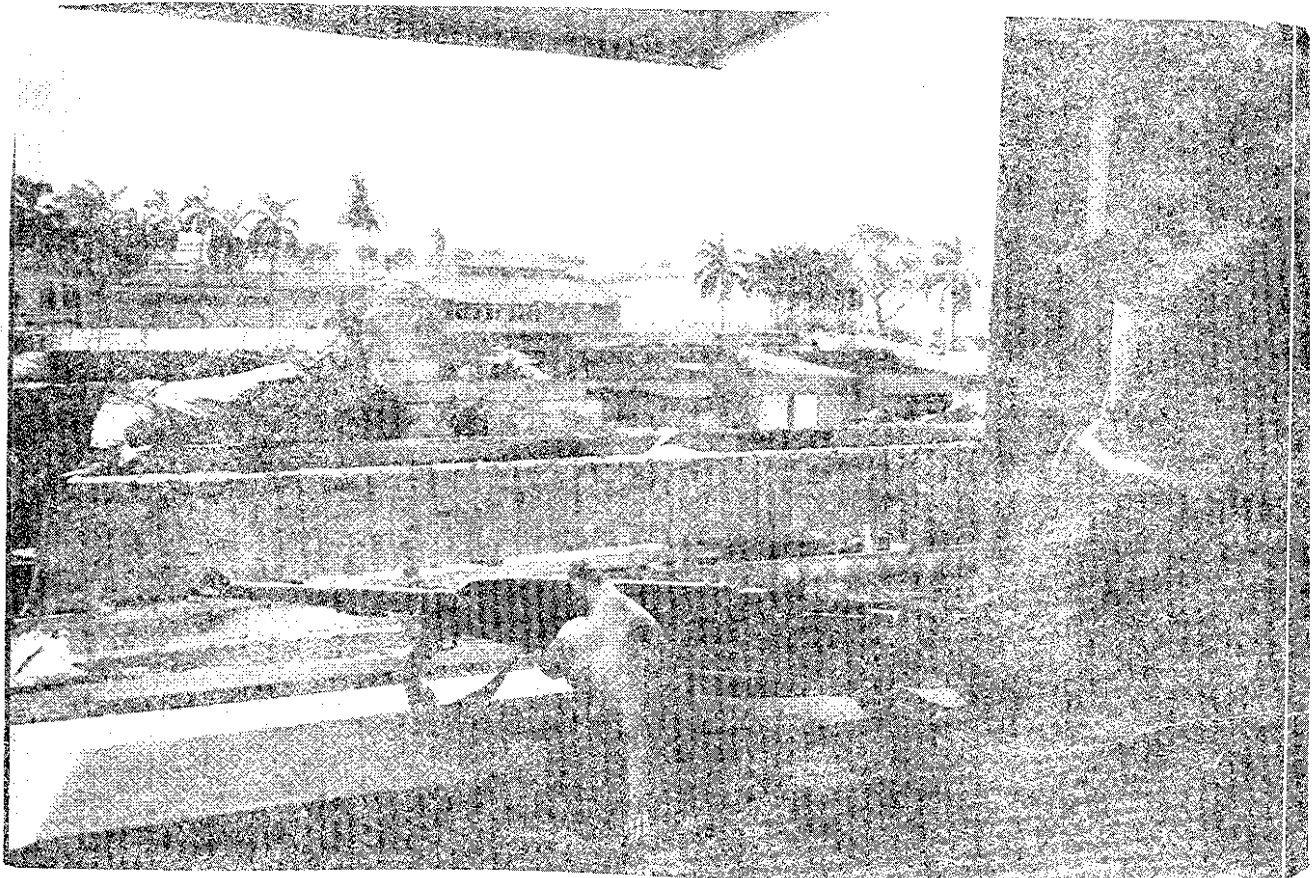
#### CIERRE DEL PUENTE DE LAS AMERICAS.

Inmediatamente después de iniciarse los disturbios en la tarde del día 9 de enero, fuerzas del Ejército de los Estados Unidos ocuparon el Puente de las Américas sobre el Canal de Panamá y lo cerraron al tránsito de vehículos. Con esta acción la ciudad de Panamá quedó aislada del resto del territorio nacional por varios días, medida que contribuyó a agravar la tensa situación existente entre los dos países.

El cierre

El cierre del Puente de las Américas al tráfico, constituye una violación del artículo 62 del Tratado de 1903, que concede a Panamá el derecho de libre tránsito por las vías de comunicación terrestre de la Zona del Canal. Además, este acto tuvo el alcance de una agresión económica contra la República de Panamá, ya que al impedirse el tránsito en el Puente de las Américas los dos centros urbanos de mayor población, las ciudades de Panamá y Colón, quedaron aisladas y sin comunicación terrestre con las regiones agropecuarias del interior de la República.

Panamá, 4 de febrero de 1964.



# Los Sucesos de Noviembre de 1959.

## Antecedentes de la Agresión sufrida por Panamá en enero de 1964.

Para una debida comprensión de los dolorosos sucesos de los primeros días de enero de 1964, es indispensable hacer referencia a los hechos ocurridos durante los días 3 y 4 de noviembre de 1959, ya que ambos incidentes guardan gran similitud y fueron originados por idénticos motivos que aún subsisten y que constituyen causas permanentes de fricción entre los residentes de la Zona del Canal y el pueblo panameño.

Panamá ha sostenido, en forma invariable, que retiene la soberanía sobre el territorio de la Zona del Canal y como consecuencia de ello, ha sido perenne aspiración de su pueblo y su Gobierno, el ver flamear la bandera panameña en esa faja del territorio nacional. Por su parte, los residentes de ascendencia norteamericana de la Zona del Canal, inclusive las fuerzas de policía, se han opuesto, en forma sistemática y por todos los medios a su alcance, a que la bandera panameña sea izada en la Zona.

Los sucesos ocurridos en el mes de noviembre de 1959, se encuentran relatados en los siguientes términos en la Memoria presentada a la Asamblea Nacional en 1960 por el Ministro de Relaciones Exteriores, Licenciado Miguel J. Moreno Jr.

"Desde algunas semanas antes del clásico día en que celebramos nuestro nacimiento a la vida independiente, o sea el 3 de Noviembre, distintos sectores de la opinión pública manifestaron su propósito de dirigirse a la Zona del Canal en esa fecha, en forma individual y no en grupos concentrados, con el fin de plantar allí la bandera panameña como símbolo de nuestra soberanía.

En efecto, en la mañana del día 3 de noviembre de 1959, se inició la marcha pacífica hacia la Zona del Canal, de pequeños grupos de ciudadanos que portaban sendas banderas panameñas. Las autoridades policivas de la Zona del Canal, parecían estar dispuestas a permitir dicho tránsito pacífico por la Zona, razón por la cual era lógico esperar que no se produjeran actos de violencia. Esta actitud de las autoridades policivas de la Zona del Canal fue confirmada por el Capitán Manuel José Hurtado, de la Guardia Nacional quien pudo establecer en conferencia que celebró con el Jefe de la Policía de la Zona del Canal, Mayor Darden, antes de efectuarse la marcha, la buena disposición de las autoridades zonetas. Como

consecuencia algunos panameños lograron transitar pacíficamente por la Zona del Canal portando la bandera nacional sin que ocurrieran disturbios de ninguna naturaleza. Sin embargo, de manera inesperada cambió la actitud de las autoridades de la Zona del Canal. Una contraorden dejó sin efecto las disposiciones del Mayor Darden y se impartieron instrucciones en el sentido de no permitir que ningún ciudadano panameño cruzara el límite. Este súbito cambio de actitud tuvo el efecto de provocar la resistencia de los panameños, que en ningún momento habían tratado de hacer presión para entrar en la Zona.

La situación cobró en seguida mayor gravedad cuando un miembro de las fuerzas policiales norteamericanas le arrebató la bandera panameña a uno de nuestros conciudadanos, para acto seguido vejlarla en presencia de los manifestantes. El panameño portador de la bandera fue víctima ahí mismo de actos de agresión por parte de varios de los miembros del Cuerpo de Policía de la Zona del Canal. Fue esta conducta de las autoridades zonettas la que enardeció los ánimos de los panameños que con razón se sintieron ofendidos por el ultraje que habían hecho a la dignidad nacional en la bandera de la Patria. Los ánimos se caldearon aún más cuando las fuerzas policiales de la Zona respondieron a las manifestaciones de indignación de los panameños con el empleo de bombas lacrimógenas, de mangueras de agua y de armas de fuego. A esto vino a agregarse para hacer todavía más crítica la situación, la entrada en escena de destacamentos de las fuerzas armadas de los Estados Unidos haciendo un despliegue exagerado y por demás innecesario, de su poderío militar y su disposición de apostarse en el límite con bayoneta calada en actitud de impedir la entrada a la Zona del Canal. Sobrevino así la refriega en la cual resultaron heridos - algunos de bala y de bayoneta- más de cuarenta ciudadanos panameños. De ahí en adelante los acontecimientos se desarrollaron con una rapidez que hizo imposible toda acción para contenerlos, hasta culminar en los actos ejecutados frente a la Embajada de los Estados Unidos cuando un grupo de panameños arrió la bandera norteamericana que flameaba en el edificio de dicha Representación Diplomática.

Gracias a la eficaz y patriótica intervención de la Guardia Nacional se logró restablecer en las últimas horas de la tarde el orden público en la ciudad capital."

Aparentemente los sangrientos sucesos de los primeros días de noviembre de 1959, demostraron al Gobierno de los Estados Unidos que el enarbolamiento de la bandera panameña en la Zona del Canal se había convertido en un espinoso problema emocional, que agravaba las tensas relaciones existentes entre los dos países con motivo del Tratado de 1903, y al que era necesario encontrarle solución adecuada si se quería mantener un clima amistoso entre los habitantes de la Zona y el pueblo de Panamá. En el mes de septiembre de 1960, el Presidente Eisenhower, permitió que la bandera panameña fuera izada conjuntamente con la norteamericana

en el triángulo Shaler. Pocos años después, el 7 de enero de 1963, se llegó a un Acuerdo entre los dos Gobiernos, por medio del cual la bandera panameña sería enarbolada conjuntamente con la norteamericana en todos los lugares de la Zona del Canal en que ésta es izada por las autoridades civiles. A pesar de que este Acuerdo no satisface las aspiraciones panameñas, ya que en él no se contempla el enarbolamiento del pabellón nacional ni en las bases militares ni en las naves que cruzan el canal, los norteamericanos se resistieron a acatarlo. Fue, precisamente, la resistencia por parte de la policía y de residentes de la Zona del Canal a dar cumplimiento a este Acuerdo, la causa inmediata que desató la agresión de los días 9, 10 y 11 del pasado mes de enero.

Los sangrientos sucesos ocurridos el 3 de noviembre de 1959 demuestran que el problema del no enarbolamiento de la bandera panameña en la Zona del Canal se ha convertido en una causa permanente de fricción entre los zoneítas y la población panameña; causa ésta que, agravada por los resentimientos que en los panameños origina el Tratado de 1903 y la interpretación que los Estados Unidos da a sus cláusulas, es susceptible, en cualquier momento, de producir nuevos brotes de violencia, con su secuela de muertos y heridos, como ocurrió los días 9, 10 y 11 del pasado mes de enero.

Panamá, 12 de febrero de 1964.



# ¡ LA PATRIA HERIDA !



El presidente de la República, don ROBERTO F. CHIARI, recibe, de manos de los estudiantes, la bandera desgarrada en el territorio panameño de la Zona del Canal.

# NOTA HISTÓRICA DEL ROMPIMIENTO DE RELACIONES.

A Su Excelencia  
Dean Rusk  
Secretario de Estado de los  
Estados Unidos de América,  
Washington, D.C.

Panamá, 10 de enero de 1964

Señor Secretario de Estado:

En nombre del Gobierno y Pueblo de Panamá presento a Vuestra Excelencia formal protesta por los actos de despiadada agresión llevados a cabo por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América acantonados en la Zona del Canal, contra la integridad territorial de la República y su población civil indefensa durante la noche del día de ayer y la mañana de hoy.

La injustificada agresión a que antes me he referido, sin paralelo en la historia de las relaciones entre nuestros dos países, ha tenido hasta ahora para nosotros los panameños un trágico saldo de diez y siete muertos y más de doscientos heridos. Además, los edificios y bienes situados en ciertos sectores de la ciudad de Panamá colindantes con la Zona del Canal, han sufrido daños de consideración como consecuencia de los incontrolables actos agresivos de las Fuerzas Armadas norteamericanas.

La forma inhumana como la policía de la Zona del Canal y luego como las Fuerzas Armadas norteamericanas agredieron a una romería de no más de cincuenta jóvenes estudiantes de ambos sexos de escuela secundaria, que pretendían desplegar en forma pacífica la enseña nacional en esa faja de territorio panameño, carece de toda justificación. El incalificable incidente ha revivido episodios del pasado que creíamos que no volveríamos a ocurrir en tierras de América.

Los condenables actos de violencia que motivan esta nota no pueden ser disimulados y menos tolerados por Panamá. Mi Gobierno consciente de su responsabilidad, hará uso de todos los medios que ponen a su alcance el Derecho, el Sistema Regional Americano y los Organismos Internacionales, con el fin de lograr justa indemnización por las vidas truncadas, por los heridos y por los bienes destruidos, la aplicación de sanciones ejemplares a los responsables de tales desmanes y las seguridades de que en el futuro ni las Fuerzas Armadas acantonadas en la Zona del Canal ni la población civil norteamericana residente en esa faja de territorio nacional, volverán a desatar semejantes actos de agresión contra un pueblo débil y desarmado pero decidido en la defensa de sus derechos inalienables.

Finalmente, cumpla con informar a Vuestra Excelencia, que debido a los sucesos a que antes me he referido, el Gobierno de Panamá considera rotas sus relaciones diplomáticas con su Ilustrado Gobierno, y en consecuencia, ha impartido instrucciones a Su Excelencia el Embajador Augusto G. Arango, para que regrese cuanto antes a la patria.

Aprovecho la oportunidad para manifestar a Vuestra Excelencia las seguridades de mi más alta consideración.

CALILEO SOLÍS,  
Ministro de Relaciones Exteriores.

**PANAMÁ****EN EL****CONSEJO DE SEGURIDAD**

CARTA DE FECHA 10 DE ENERO DE 1964 DIRIGIDA AL PRESIDENTE DEL  
CONSEJO DE SEGURIDAD POR EL REPRESENTANTE PERMANENTE DE PANAMÁ

En nombre del Gobierno de la República y en mi capacidad de Embajador de Panamá, Representante Permanente de mi país ante las Naciones Unidas, tengo el honor - de acuerdo con los Artículos 35 ordinal 1.º y 34 de la Carta fundamental de las Naciones Unidas - de pedir a Vuestra Excelencia que me permita ejercer la prerrogativa de solicitar una reunión del Consejo de Seguridad a la mayor brevedad posible, a fin de examinar asuntos urgentes que se relacionan con la grave situación que existe entre Panamá y los Estados Unidos de América por razón del Canal que se encuentra enclavado en nuestro territorio.

Esta trágica situación que vivimos hoy en el Istmo de Panamá ha sido causada por las repetidas amenazas de agresión y agresiones consumadas que ha llevado el Gobierno de los Estados Unidos de América en la República de Panamá lesionando la soberanía territorial y la integridad de nuestro territorio y constituyendo de hecho un grave peligro a la paz y seguridad internacional.

Los hechos más graves, por permitirme citar únicamente los más sobresalientes, fueron los llevados a cabo por la intolerancia del ejército de los Estados Unidos de América acantonado en la Zona del Canal el día 3 de noviembre de 1959, dando por resultado un saldo de 80 heridos. Desde el día de ayer Panamá es víctima de una agresión sangrienta que ha dejado un saldo de 20 muertos y más de 300 heridos, poniendo en peligro la paz y la seguridad internacional.

Si esta situación continúa empeorando el estado de alarma, de inseguridad y violencia ha de continuar, razones por las cuales pedimos que con todo el respeto que merecemos como nación libre, independiente y soberana y dentro del principio del derecho internacional, intervenga la Organización de las Naciones Unidas, a fin de que estos actos de agresión sean considerados por el Consejo de Seguridad que usted dignamente representa.

(Firmado) Aquilino E. BOYD  
Embajador, Representante Permanente  
de Panamá ante las Naciones Unidas

CARTA DE FECHA 10 DE ENERO DE 1964 DIRIGIDA AL PRESIDENTE DEL  
CONSEJO DE SEGURIDAD POR EL REPRESENTANTE PERMANENTE DE PANAMA  
ANTE LAS NACIONES UNIDAS

Como complemento a mi nota de hoy en la que solicito una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad para que conozca el caso de la agresión de que está siendo víctima la República de Panamá por parte de los Estados Unidos de América, expreso a Vuestra Excelencia, muy respetuosamente, que Panamá desea intervenir en la sesión de emergencia que Vuestra Excelencia ha convocado para esta noche y solicita que se le conceda la facultad de participar en la referida sesión.

Hago propicia la ocasión, etc.

(Firmado) Aquilino E. BOYD  
Embajador, Representante Permanente de Panamá  
ante las Naciones Unidas

TELEGRAMA DEL 10 DE ENERO DE 1964, DIRIGIDO AL SECRETARIO GENERAL  
DE LAS NACIONES UNIDAS POR EL SECRETARIO GENERAL ADJUNTO DE LA  
ORGANIZACION DE LOS ESTADOS AMERICANOS

Cúmpleme transmitirle de conformidad Artículo 54 Carta Naciones Unidas texto comunicado expedido Comisión Interamericana de Paz, en sesión celebrada tarde de hoy:

"El Presidente de la Comisión Interamericana de Paz convocó hoy a las tres de la tarde una reunión especial pedida conjuntamente por los Gobiernos de Panamá y de los Estados Unidos.

"La Comisión es parte del sistema interamericano para la preservación de la paz y se reunió para estudiar los sucesos ocurridos en Panamá durante la noche del nueve al diez de enero. Acordó considerar inmediatamente el problema y, con la anuencia de las partes, decidió ocuparse del caso y esta misma noche trasladarse a Panamá para estudiar la situación y recomendar las medidas tendientes a la solución del conflicto.

"La Comisión, que está formada por Argentina, Colombia, Estados Unidos, República Dominicana y Venezuela, que la preside, decidió pedir al Consejo de la Organización de los Estados Americanos que, de acuerdo con lo dispuesto en los Artículos 10 y 11 del Estatuto, designe un miembro que sustituya a los Estados Unidos, que es parte del conflicto."

Reitero a Vuestra Excelencia, etc.

(Firmado) William Sanders  
Secretario General Adjunto  
Organización de los Estados Americanos

VERSION TAQUIGRAFICA DE LOS DISCURSOS EN ESPAÑOL DE  
LA 1086a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,  
el viernes 10 de enero de 1964, a las 21.30 horas

<u>Presidente:</u>	Sr. CASTRILLO JUSTINIANO	Bolivia
<u>Miembros:</u>	Brasil	Sr. BERNARDES
	Costa de Marfil	Sr. USHER
	Checoslovaquia	Sr. HAJEK
	China	Sr. Chieh LIU
	Estados Unidos de América	Sr. STEVENSON
	Francia	Sr. TIME
	Marruecos	Sr. BENHIMA
	Noruega	Sr. EDWARDSSEN
	Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte	Sr. JACKLING
	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas	Sr. FEDORENKO

La correcciones que se desee introducir en la presente acta deberán enviarse por duplicado, dentro de un plazo de dos días laborables, al Jefe del Servicio de Sesiones, Servicios de Conferencias, oficina 1104, incorporándose en ejemplares mimeografiados del acta.

HABIENDOSE DISTRIBUIDO LA PRESENTE ACTA EL 13 DE ENERO DE 1964, EL PLAZO PARA LA ACEPTACION DE LAS CORRECCIONES VENCE EL 15 DE ENERO DE 1964.

La publicación del texto impreso definitivo de las actas está sujeta a un rígido programa de producción. Por consiguiente, se agradecerá a las delegaciones se sirvan prestar su cooperación ateniéndose estrictamente al plazo arriba indicado

El PRESIDENTE: Desde la fundación de las Naciones Unidas es la primera vez que Bolivia ocupa una función de tanta jerarquía en la Organización como la que me ha encomendado ejercer mi Gobierno.

Me siento muy honrado al, representar a mi pueblo en este Consejo, y compartir con tan eminentes personalidades la responsabilidad de preservar la paz y trabajar en favor de la cooperación internacional.

Lo único que lamento es ocupar la Presidencia del Consejo en instantes que son muy dolorosos para todos los pueblos del continente americano. No puedo ocultar la consternación que nos han causado los últimos acontecimientos ocurridos en la hermana República de Panamá y que han dado motivo a esta reunión de emergencia.

El último período de sesiones de la Asamblea General se caracterizó por su atmósfera efectiva de contribución a la paz y por su empeño de librar a la humanidad de todo factor que perturbe el anhelo de todos los pueblos del mundo de vivir seguros frente a la agresión, cualquiera que sea su naturaleza.

Ante ese clamor de justicia y de paz que nace del corazón de los hombres, que es la aspiración de los pueblos y es la aspiración de todo gobierno que representa la voluntad popular, los organismos internacionales creados para el mantenimiento de sus principios deben probar su eficacia, así sea en el orden regional como en el universal, para restablecer los principios vulnerados, sean éstos jurídicos o se refieran a una equitativa relación de intereses económicos, y mucho más ahora, cuando está en juego la vida misma de los seres humanos.

Como representante de un país pequeño que todavía no ha perdido la confianza en la justicia internacional ni en la sana razón de los hombres libres de temor, libres de coerción, libres de presión, declaro abierta esta sesión extraordinaria del Consejo de Seguridad, con la profunda convicción de que los problemas que alteran la convivencia internacional tengan siempre una pronta y justa solución.

En mi carácter de Presidente del Consejo de Seguridad, deseo, ante todo, expresar al representante de los Estados Unidos, Embajador Adlai Stevenson, nuestro agradecimiento por sus valiosos servicios como Presidente durante el mes de diciembre de 1963. Su talento y su profunda vocación por la paz y por los derechos humanos se exteriorizan en la forma atinada con que ejerció tan altas funciones durante ese mes.

También deseo expresar a los miembros que terminaron en su mandato - Ghana, Filipinas y Venezuela - el aprecio del Consejo de Seguridad por la valiosa labor que cumplieron. Y como ésta es la primera reunión del Consejo de Seguridad en el presente año, me es grato, como Presidente, dar la bienvenida a los representantes de Checoslovaquia y la Costa de Marfil: ellos son muy bien conocidos por su importante contribución a las Naciones Unidas.

.....

EL PRESIDENTE: Acabo de recibir una carta del representante permanente de Panamá ante las Naciones Unidas solicitando que se le conceda participar en la consideración de la cuestión que el Consejo tiene ante sí. Si no hay objeción, invitaré al representante de Panamá a que tome asiento a la mesa del Consejo.

.....

EL PRESIDENTE: De acuerdo con un pedido del representante de Panamá, el cual ha sido distribuido como documento S/5509, esta sesión del Consejo de Seguridad ha sido convocada para examinar la cuestión que acaba de ser incluida en nuestro orden del día.

El primer orador inscrito para hacer uso de la palabra es el representante de Panamá.

Sr. BOYD (Panamá): Por instrucciones del Gobierno que preside Don Roberto Chiari, de la República de Panamá, de cuya capital he llegado hace pocas horas, he solicitado esta reunión de emergencia del Consejo de Seguridad a fin de denunciar ante este máximo organismo político de las Naciones Unidas el hecho de que la República de Panamá está siendo víctima de un ataque armado no provocado contra su territorio y su población civil, cometido por las fuerzas armadas de los Estados Unidos de América acantonadas en la Zona del Canal de Panamá, y que semejante ataque ha dejado hasta este momento un saldo de 20 muertos y más de 300 heridos, creando así una situación que pone en peligro la paz en el hemisferio occidental.

Se trata, sin duda alguna, de un acto de agresión de que está siendo víctima Panamá sin que haya mediado acto hostil alguno de parte del Gobierno o del pueblo o de los ciudadanos panameños.

No es éste el primer acto de agresión cometido en los últimos años por los Estados Unidos de América contra la República de Panamá.

El 3 de noviembre de 1959, cuando un número de ciudadanos panameños ordenadamente y en forma pacífica paseaban la bandera nacional por parte del territorio de la Zona del Canal de Panamá, soldados y policías norteamericanos agredieron de manera brutal a los pacíficos manifestantes, y como resultado de tal agresión se produjeron sangrientos incidentes que tuvieron repercusión internacional y dejaron un saldo de más de 80 heridos. Aquí presento al Consejo un legajo con las pruebas de la mencionada gesta.

Los actos de agresión de que estos momentos es víctima Panamá hicieron crisis en la noche de ayer y han continuado en forma sangrienta durante el día de hoy. Las provocaciones inmediatas que los engendraron fueron iniciadas hace algunos días por parte de estudiantes y ciudadanos norteamericanos que residen en la Zona del Canal y que se conocen con el nombre de "zoneftas" en español o "zonients", en inglés. La población norteamericana de la Zona del Canal de Panamá, formada por estos llamados "zoneftas" o "zonients", se ha caracterizado siempre por su hostilidad hacia la nación y el pueblo panameños, por su intransigencia,



por sus prejuicios raciales y por su desprecio, no sólo a las costumbres, tradiciones y leyes panameñas, sino a las propias leyes y obligaciones de los Estados Unidos de América cuando éstas no son del agrado de tales "zoneítas", o en alguna forma reconocen, aunque sea levemente, alguno de los legítimos derechos de Panamá en relación con el canal que lleva su nombre.

En virtud de un acuerdo existente entre la República de Panamá y los Estados Unidos de América, las banderas de ambos países deben flamear conjuntamente en determinados lugares y edificios de la Zona del Canal. Pues bien, los señores "zoneítas" se han dedicado a impedir que tal acuerdo sea cumplido, y ante la pasividad y tolerancia excesiva de las autoridades norteamericanas de la Zona del Canal de Panamá han venido saboteando el cumplimiento de los convenios que establecen que ambas banderas deben ser izadas en la Zona del Canal.

En un gesto de complacencia ilegítima hacia los "zoneítas", el Gobernador norteamericano de la Zona del Canal de Panamá decidió arbitrariamente, o sea, en desconocimiento abierto de los acuerdos establecidos, que no se izara en alguno de los edificios de la Zona del Canal ni la bandera panameña ni la norteamericana. Sin embargo, estudiantes norteamericanos que hacen estudios en escuelas situadas en la Zona del Canal de Panamá decidieron, por sí y ante sí, izar sólo la bandera de los Estados Unidos en dichas escuelas.

Semejante acto de desprecio hacia un acuerdo internacional y de desafío al pueblo y a la nación de Panamá produjo profundo disgusto en la comunidad panameña, y como consecuencia de tal desagrado, ayer, en horas de la tarde, varios estudiantes y ciudadanos panameños optaron por izar la bandera panameña en aquellos lugares en que legalmente debe ser izada.

La respuesta de la policía de la Zona del Canal y de las fuerzas militares acantonadas en dicha Zona fue la de ametrallar a los pacíficos manifestantes panameños, dejando el saldo sangriento que he mencionado. Semejantes actos de asesinato en masa se han repetido durante el día de hoy y continúan. Por las precauciones que ha tomado la Guardia Nacional de Panamá se han evitado desgracias mayores a los norteamericanos que allá residen.

La Zona del Canal de Panamá es una franja de territorio de cinco millas a cada lado del Canal que jamás ha sido vendida, cedida, permutada, arrendada o en forma alguna enajenada a los Estados Unidos de América. Tampoco ha sido objeto, ni podría serlo, de conquista o anexión por parte de estos. Por tanto, Panamá siempre ha mantenido y mantiene su soberanía en tal Zona, en la cual ha concedido ciertos derechos a los Estados Unidos de América, indispensables y limitados para la construcción, mantenimiento, saneamiento y protección de ese servicio público internacional que es el Canal de Panamá.

Sin embargo, desde 1903, año en que se consumó la Convención del Canal Istmico, los Estados Unidos de América se han venido arrogando, gradual y unilateralmente, funciones y prerrogativas que, de acuerdo con los instrumentos contractuales internacionales vigentes, no les corresponden. Por otra parte, el Departamento de Estado ha escuchado con oídos sordos las reclamaciones de Panamá o ha optado por tomar medidas paliativas y engañosas que, en vez de resolver el problema, lo han ido agravando y complicando progresivamente. Como excusa del Departamento de Estado, se da a veces la de que los Estados Unidos no pueden tratar estas cosas bajo presión por parte de Panamá. Y otras veces se alega que debemos esperar para el logro de un nuevo tratado la construcción de un proyecto nuevo para un canal a nivel. En suma: el Gobierno de los Estados Unidos de América nunca ha prestado la debida atención a las reclamaciones panameñas y ha menospreciado los esfuerzos que por largos años han venido haciendo todos los patriotas panameños para reconquistar los legítimos derechos de Panamá con respecto al Canal que lleva su nombre.

A pesar de esto, Panamá siempre ha procedido dentro de los más puros principios de derecho internacional, y aunque tanto la llamada Convención del Canal Istmico de 1903 como casi todos los demás convenios complementales de la misma son en parte lesivos a Panamá, mi Gobierno los ha cumplido siempre escrupulosamente hasta ahora.

No podemos decir lo mismo de los Estados Unidos de América, pues a pesar de que el Tratado de 1903 fue prácticamente impuesto a Panamá los Estados Unidos sólo han cumplido aquellas partes del mismo que han tenido a bien cumplir y en la forma como les ha venido en ganas, y lo han interpretado en muchos casos - puedo afirmar - unilateralmente.

Así, a pesar de que el Tratado de 1903 establecía claramente que los Estados Unidos debían pagar a Panamá una anualidad de 250.000 dólares en oro, los Estados Unidos se negaron a pagarlos en oro un buen día y manifestaron que a partir de ese momento los pagarían en billetes ya depreciados.

Panamá se negó a recibir tal anualidad y por muchos años dejó de percibirla, hasta que en 1936, por medio de otro Tratado, los Estados Unidos lograron que Panamá aceptara recibir, en vez de 250.000 dólares oro, 430.000 dólares en papel moneda depreciado.

Esto que doy no es más que un ejemplo de uno de los tantos casos en que los Estados Unidos de América ostensiblemente se han negado a cumplir aquellas cláusulas del Tratado de 1903 que no les convienen en un momento dado; y pensar que ese Canal, por el que Panamá recibe tan exigua anualidad, deja a los Estados Unidos de América una entrada anual bruta de alrededor de 100 millones de dólares!

Todas estas son fuentes de descontento que han ido exarcerbando los ánimos.

A toda persona que visita a Panamá no puede menos que resultar chocante y deprimente ver el contraste de miseria, enfermedades y hambre que se observan en el sector panameño contigua al Canal y el alto standard de vida de que disfrutan los zoneítas quienes, entre otras cosas, monopolizan el 90% de todos los puestos bien remunerados en el Canal, mientras que los panameños tienen el 90% de aquellos puestos de inferiores salarios.

En vista de todas estas provocaciones hechas a través de los años y que han tenido un estallido en el día de ayer y hoy, los panameños consideramos como héroes nacionales a todos los compatriotas que han perdido la vida en la agresión de ayer que ha continuado hoy.

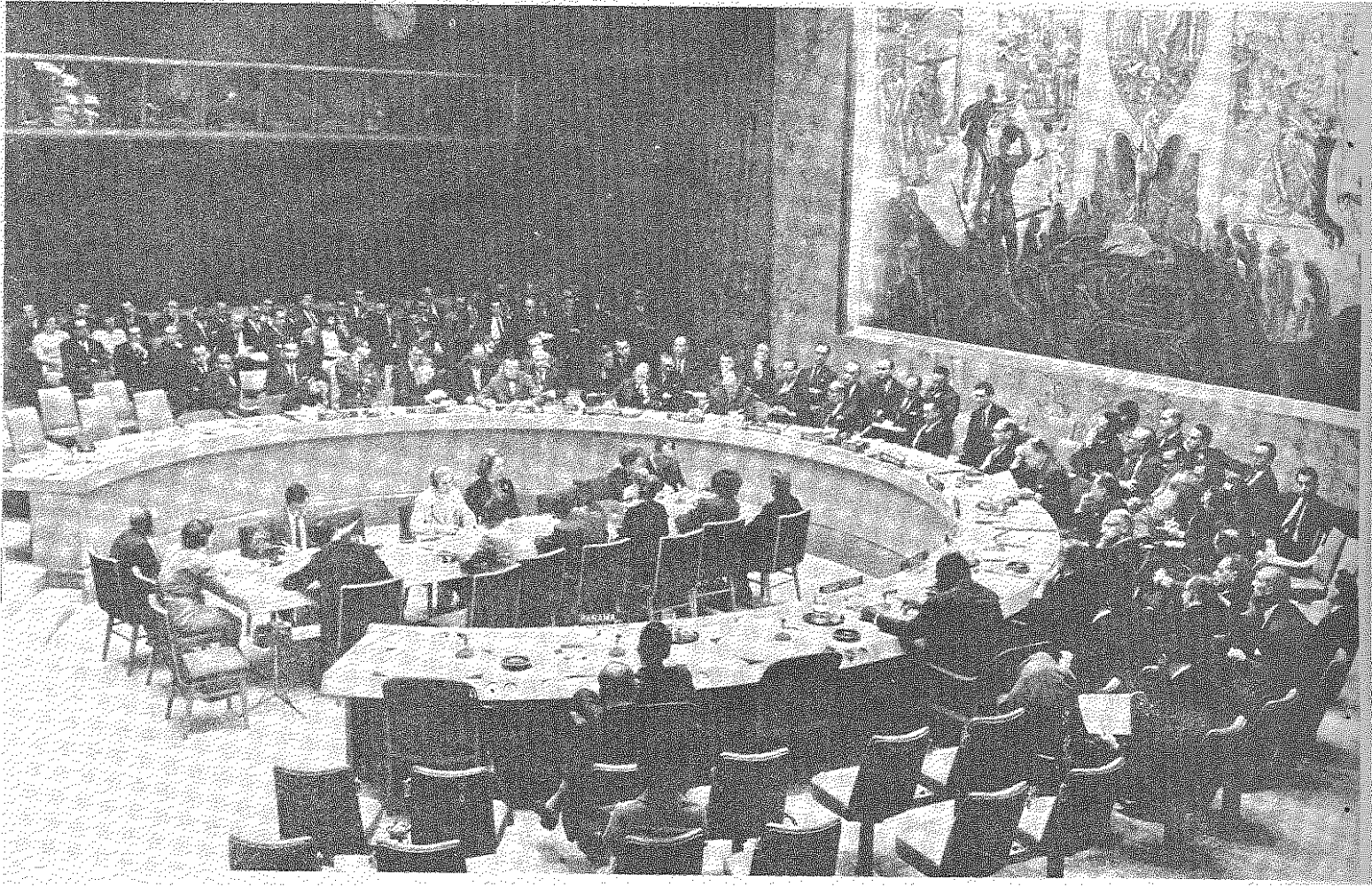
Deploramos el derramamiento de sangre, pero sabemos que ello significa la más noble contribución de la nueva generación panameña al logro de las aspiraciones nacionales. América y el mundo así lo han comprendido y así nos han expresado su solidaridad.

La Zona del Canal de Panamá no debe continuar bajo el status presente, que es y será motivo de discordia permanente.

Panamá no puede seguir sometido a tratados inicuos impuestos contra sus intereses y lesivos a su propia vida.

Es imperativo que el status del Canal de Panamá cambie, ya sea que éste se nacionalice, pasando a pertenecer al Estado en cuyo territorio se halla enclavado, o se internacionalice, reconociéndose a Panamá - como ocurre en los canales internacionales - una situación preferencial en relación con el mismo, pues la democracia no se practica ni se enseña a base del desconocimiento de los débiles.

Por eso pedimos la intervención del Consejo de Seguridad y esperamos que no sólo se nos devuelva la paz y la tranquilidad, sino que se busquen soluciones permanentes que garanticen el bienestar y el desarrollo económico de la nación panameña.



Sr. BOYD (Panamá): Panamá ve con beneplácito la proposición formulada por el representante del Brasil y estima que la misma no tiene nada de incompatible con la actuación que en estos momentos lleva a cabo el Comité de Paz de la Organización de los Estados Americanos.

La delegación panameña desea dar las gracias más expresivas a los representantes que han manifestado su simpatía por las víctimas que han caído en esta gesta memorable por la consolidación de la nacionalidad panameña; y al Presidente, en particular, le da las gracias más afectuosas por la forma decidida y con fino tacto con que ha sabido presentar la cuestión ante el Consejo que dignamente preside, porque es para nosotros, los panameños, un aliciente muy grande el tener un representante de Bolivia al frente del más importante órgano político de las Naciones Unidas en este momento de prueba.

EL PRESIDENTE: No tengo más oradores inscritos. Los representantes conocen y muchos de ellos han dado su apoyo a la sugestión del representante del Brasil en el sentido de autorizar al Presidente del Consejo de Seguridad para que dirija un llamamiento a los Gobiernos de Estados Unidos y de Panamá a fin de que tomen inmediatamente las medidas más convenientes para que cesen el fuego y el derramamiento de sangre.

Si no hay objeción a la propuesta del Brasil, la consideraré aceptada.

EL PRESIDENTE: Me propongo levantar la sesión, pero antes creo interpretar el sentimiento de los representantes del Consejo al expresar la complacencia y el reconocimiento por el elevado espíritu con que los representantes de Panamá y de los Estados Unidos han considerado este asunto.

Al mismo tiempo, también siento viva complacencia en destacar el interés y agradecer la valiosa e importante contribución que los miembros del Consejo han mostrado en este delicado problema, lo cual demuestra que el Consejo de Seguridad en el futuro ha de atender cualquier cuestión que implique una alteración de la paz.

Por último, al levantar la sesión lo hago en el entendido de que la cuestión planteada por el representante de Panamá continúa sometida a la atención del Consejo de Seguridad.

Se levanta la sesión a las 0.35 horas del sábado 11.



# Panamá Acusa de Agresión a los E.E.U.U.



"NO HAY NADA MÁS PELIGROSO QUE UN PUEBLO CHICO ACORRALADO, SOBRE TODO CUANDO ESE PUEBLO ES NOBLE Y ES PATRIOTA, Y CUANDO SU ACCIÓN ESTÁ MOVIDA POR LA VOLUNTAD HEROICA DE DEFENDER SUS DERECHOS".

Lic. MIGUEL J. MORENO, representante de Panamá en la O. E. A.

# *El Caso de Panamá, es el Caso de América.*

(Discurso pronunciado ante la O. E. A., por el  
Lic. Miguel J. Moreno, el 31 de enero de 1964.)

Señor Presidente:

Séame permitido reiterar ante este honorable Consejo la vocación panamericanista de la República de Panamá y la voluntad de su gobierno y de su pueblo de contribuir a que la Organización de los Estados Americanos cumpla su misión de salvaguardar la paz en el continente.

Mi gobierno ha solicitado la convocación del órgano de consulta, para que este alto organismo internacional conozca de la agresión cometida contra mi país por los Estados Unidos de América; y, por otra parte, para que acuerde respecto de esa agresión, las medidas que sean adecuadas y eficaces, con el fin de garantizar la terminación de esos actos y asegurar el mantenimiento de la paz, de conformidad con las cláusulas del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y de la Carta de la Organización de los Estados Americanos.

En concepto del gobierno y el pueblo de Panamá esos actos pueden volver a manifestarse mientras subsisten las causas que los motivaron.

Debo, por ello, exponer ante el Consejo los hechos dolorosos que sirven de base a nuestra gestión, y la forma en que ocurrieron.

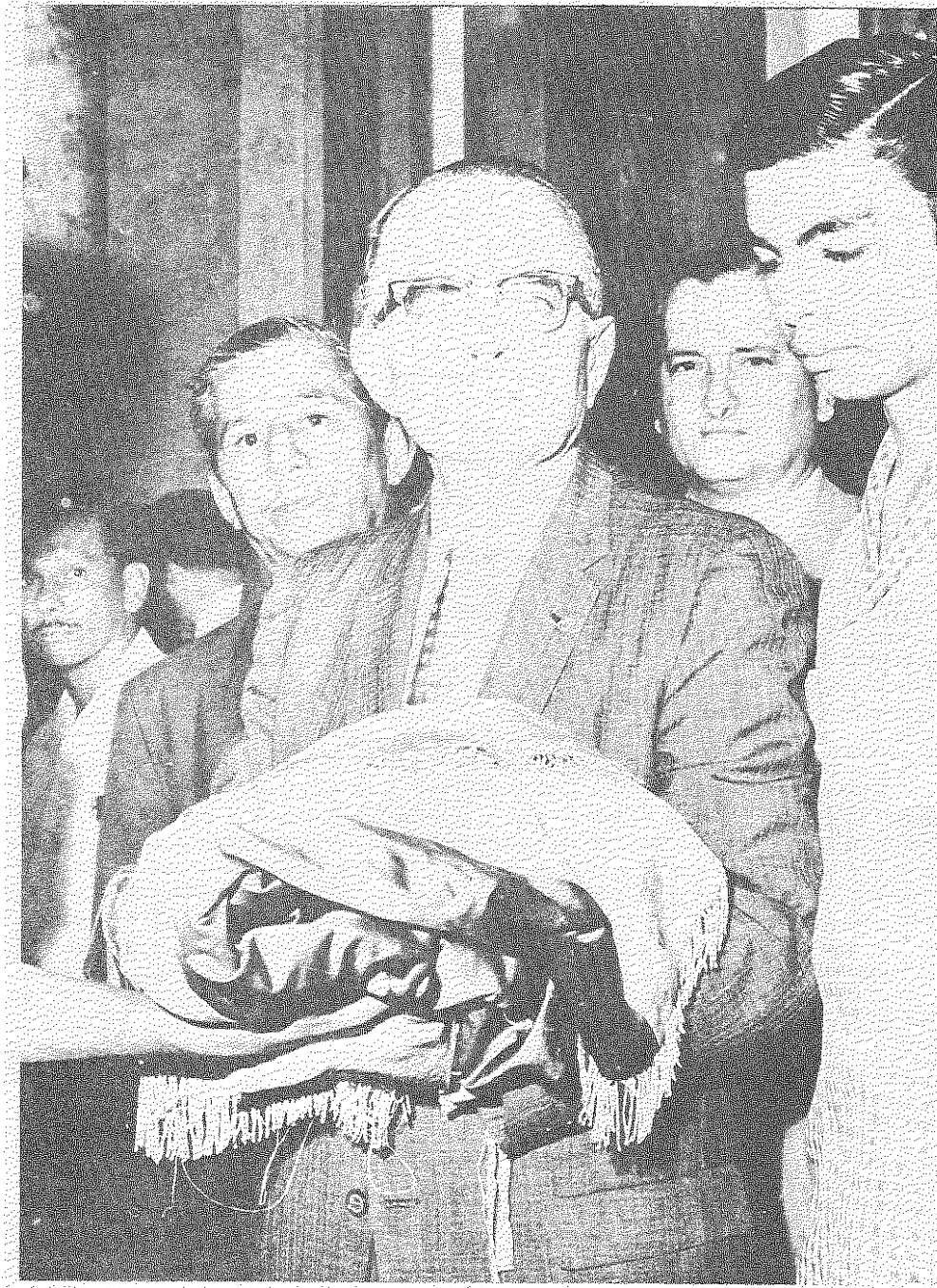
Señalaré, para empezar, un antecedente muy importante: el comunicado conjunto del 7 de enero de 1963, contiene el compromiso contraído por las partes de que la bandera panameña sería izada en la Zona del Canal, en todos los sitios en que la administración civil hiciera ondear la bandera de los Estados Unidos.

En el proceso de cumplir con esta obligación, las autoridades de la Zona del Canal adoptaron la política de reducir el número de lugares donde era costumbre izar la bandera de los Estados Unidos. Por ejemplo: entre los sitios suprimidos se encontraba la residencia del Gobernador, el Tribunal Distritorial, la Capitanía del Puerto y los colegios de Balboa, en el sector del pacífico, y de Cristóbal, en el del Atlántico.

Surgió, entonces, una actitud rebelde en los estudiantes del colegio de Balboa, cuyos alumnos son, en su inmensa mayoría, norteamericanos; y desafiando las órdenes dictadas por sus propias autoridades, decidieron izar su bandera frente al edificio de la escuela.

La noticia apareció en la prensa y provocó enseguida una reacción adversa en la República. Algunos jóvenes panameños, alumnos del Instituto Nacional, que es el plantel principal de enseñanza secundaria en la capital, concibieron la idea de ir a Balboa a izar, frente a ese colegio, el pabellón nacional. En conversación con el Subdirector de la escuela, este funcionario les solicitó que no tomaran a mal la actitud de los estudiantes. Los jóvenes panameños





aceptaron una proposición de un capitán de la policía zoneíta, en el sentido de que sólo una delegación reducida de ellos se adelantara a cantar el himno nacional de panamá, mientras el resto, en un grupo de unos 150 a 200 jóvenes, era mantenido a distancia por la policía de la Zona del Canal. Al acercarse al asta de la bandera, el grupo que representaba a los estudiantes panameños fue recibido con rechiflas y gritos ofensivos. No contentos con esto, los estudiantes zoneítas y sus padres atacaron de hecho a los jóvenes panameños, secundados por agentes de su propia policía.

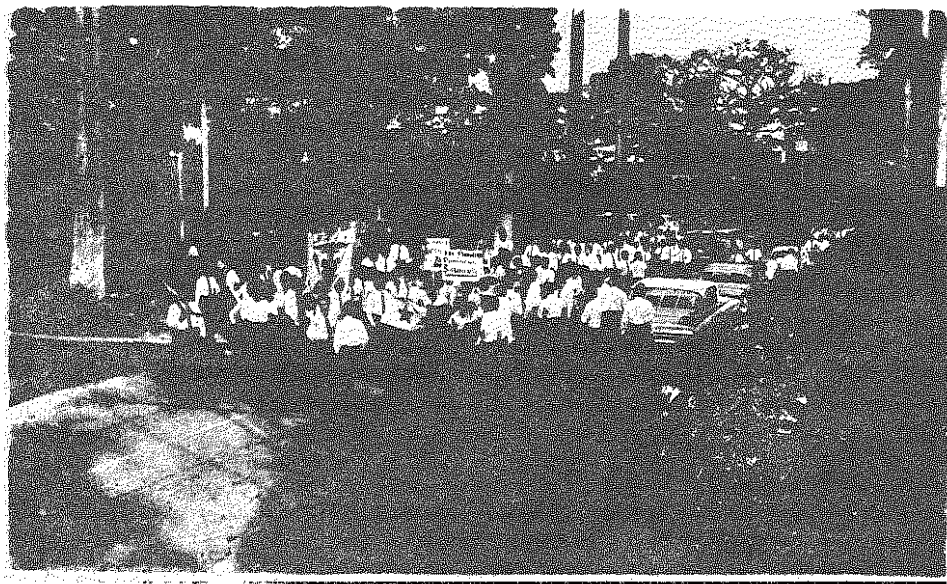
En la refriega, el pabellón panameño fue vejado y desgarrado por los norteamericanos. Acto seguido, los estudiantes del Instituto Nacional se vieron forzados a regresar al territorio bajo jurisdicción panameña, perseguidos por los civiles y los policías zoneítas.



Eran, aproximadamente, las seis de la tarde. La noticia de lo ocurrido se difundió en la capital, y ante el espectáculo de la enseña patria desgarrada, y de los jóvenes panameños ultrajados, se congregaron espontáneamente, en el límite entre Panamá y la Zona, grupos de ciudadanos que se solidarizaron con los estudiantes y que trataron de entrar en la Zona del Canal, con el único propósito de colocar banderas panameñas en esa faja del territorio nacional. Allí les cerraron el paso con el fuego combinado de la policía y de los civiles norteamericanos. Se produjeron los primeros heridos. La noticia cundió alarmante por toda la ciudad, y nuevos grupos se dirigieron desarmados a la Zona del Canal, con el fin de izar allí la bandera panameña y fueron nuevamente agredidos con saña, por la policía y los civiles zoneítas armados. Cayeron los primeros muertos y aumentó el número de los heridos. Los panameños fueron obligados a replegarse en los alrededores del palacio Legislativo y en las calles circunvecinas.

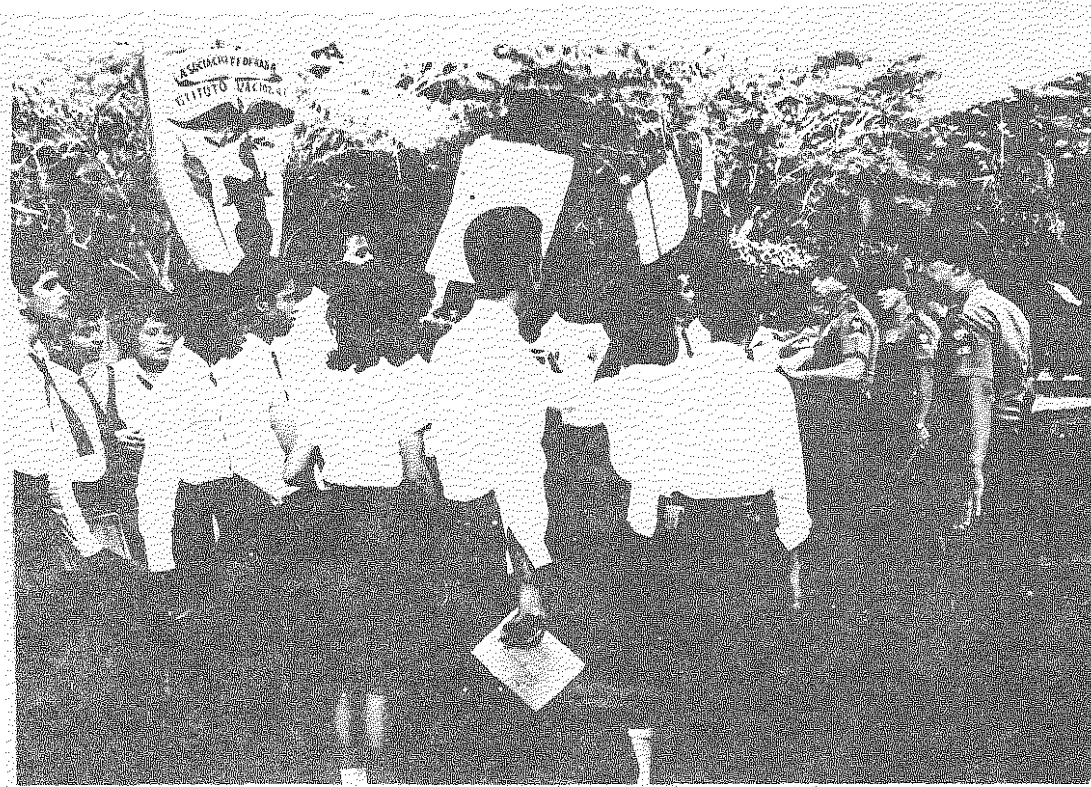
Poco a poco, a eso de las ocho de la noche, las fuerzas del ejército de los Estados Unidos de América, acantonadas en la Zona del Canal, entraron en acción con equipo de combate en la avenida limítrofe. El General O'Meara, jefe del Comando Sur del ejército de los Estados Unidos, asumió la responsabilidad del mando supremo en el territorio de la Zona del Canal.

El ataque inhumano de un ejército bien armado, no quebrantó el patriotismo de los panameños. La población, ya enardecida por la agresión brutal e injustificada del poderoso ejército, acudió en nuevos grupos que insistían en entrar a la Zona con banderas panameñas. La acción criminal de los tanques de guerra y de las armas pesadas hizo la situación más desesperada. Las armas de largo alcance disparaban desde la avenida limítrofe, segando vidas de panameños congregados a varios cientos de metros de distancia del límite.



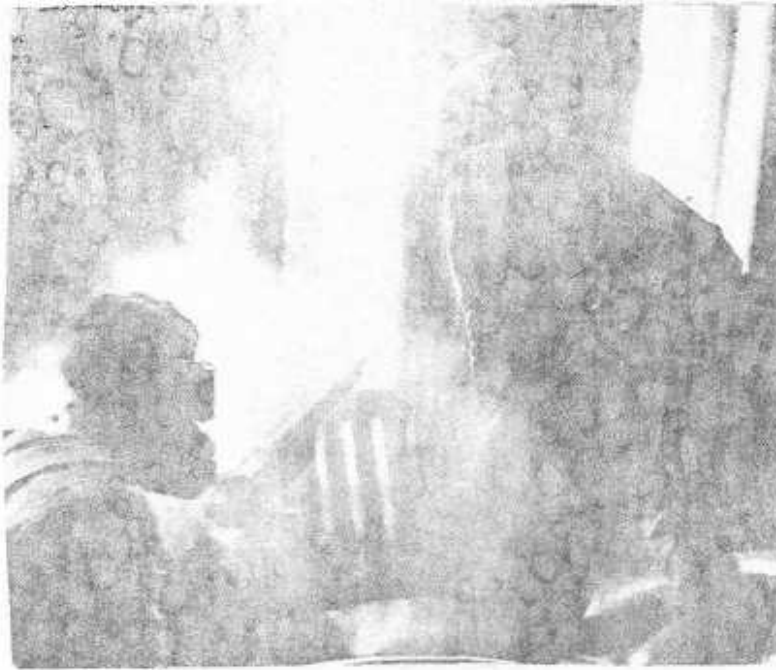
El fuego cerrado del poderoso ejército hacía casi imposible socorrer a los heridos y transportarlos a los hospitales. A esto hay que agregar la violación flagrante del espacio aéreo panameño, por helicópteros y aviones de la fuerza aérea norteamericana, que volaban a baja altura sobre la capital, contribuyendo, así, a aumentar la confusión y el desasosiego entre la población.

Durante la noche del día nueve de enero y la madrugada y la mañana del día diez, se mantiene, prácticamente, un estado de guerra entre el ejército de los Estados Unidos y la población civil panameña, que por grupos de miles se acercaba al palacio presidencial pidiendo armas.



Las ráfagas de ametralladoras y el fuego de fusilería barría en forma constante el área bajo jurisdicción panameña comprendida entre la Avenida Central y la avenida limítrofe. Las bajas ocurridas entre la noche del día nueve y la mañana del diez, llegan a 17 muertos y más de doscientos heridos, entre ellos un buen número de estudiantes.

Los sucesos de Panamá tuvieron su repercusión en la ciudad de Colón y se iniciaron en esa ciudad del atlántico graves disturbios, cuando se conoció la agresión cometida en la ciudad capital. La población civil se solidarizó con sus hermanos de Panamá y trató de entrar al territorio bajo jurisdicción norteamericana, con el propósito de izar allí la enseña patria. La agresión se repitió en el escenario de Colón, con la misma saña que en Panamá, por unidades del ejército de los Estados Unidos, con armas de fuego automáticas.



El total de víctimas de la agresión ascendió a 21 muertos y más de 300 heridos.

A la agresión armada no provocada, se suma la agresión económica. Cerraron el tráfico normal del puente de las Américas, cortando así la comunicación de las ciudades de Panamá y Colón con las poblaciones del interior de la República, lo que produjo la paralización del tránsito entre los centros urbanos y las regiones agropecuarias, con graves daños para la economía nacional. El cierre del puente de las Américas constituye un acto violatorio del artículo sexto de la Convención del Canal Istmico de 1903 que reafirma el derecho de Panamá al libre tránsito por las vías públicas que atraviesan la Zona del Canal.

Las fuerzas armadas norteamericanas cerraron igualmente el tránsito del llamado Corredor de Colón, lo que prácticamente impide toda comunicación entre las ciudades de Panamá y Colón. Dicho Corredor se halla bajo jurisdicción panameña, de conformidad con lo dispuesto en el artículo tercero de la Convención sobre el Corredor de Colón, suscrita en 1950.





Este acto implica una clara intervención armada de parte de los Estados Unidos en el territorio panameño. El cierre de la carretera transistmica, que es la única vía de comunicación terrestre entre las dos ciudades, a más de los perjuicios causados a la economía panameña, impidió el envío de plasma sanguíneo y del personal médico que era de urgente necesidad en el sector atlántico, para la atención de las víctimas de la agresión norteamericana.

Señor presidente: permítame formular algunas explicaciones adicionales de los hechos que acabo de reseñar. Es necesario que se conozca toda la infamia de que estuvo revestida la agresión.

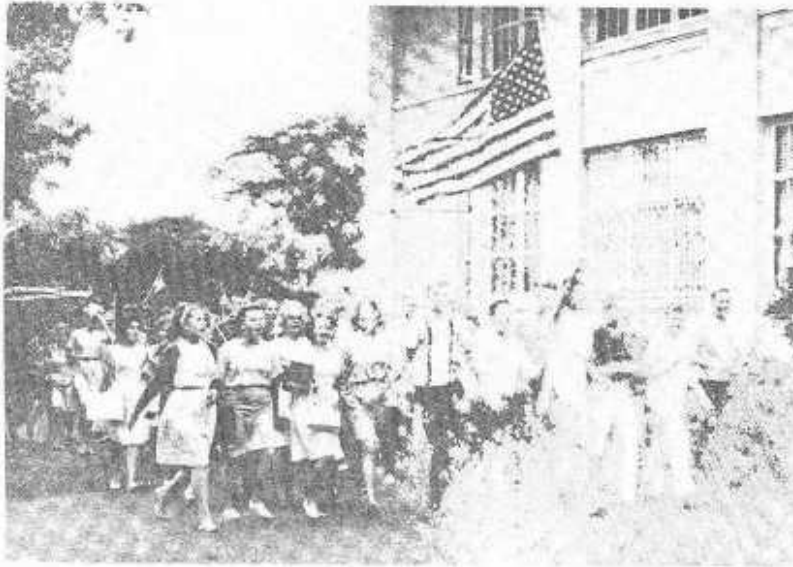
Señor presidente: este Consejo es el tribunal que la conciencia de América ha constituido aquí, para que el crimen cometido en Panamá, contra un pueblo débil e indefenso, no quede sin recibir la debida sanción. Por eso, quiere Panamá, que se conozcan los detalles y toda la saña con que fue cometida la agresión. Una agresión es un delito internacional que todos los pueblos condenan, pero ese delito es aún más grave si se comete, como en el caso de Panamá, con un pueblo que ha tenido por años en su casa al agresor, que ha sido su amigo y su aliado.

El crimen de la agresión ha dejado un saldo trágico de muertos y heridos en Panamá, y me temo que pueda sepultar para siempre, la fe en la fraternidad continental. Panamá ha demostrado, a través de los sesenta años de relaciones con los Estados Unidos por razón del Canal, su buena fe, su lealtad para con el aliado que ocupa esa faja de su territorio que se denomina Zona del Canal.



panamá ha defendido sus derechos, respetando siempre el principio superior de la solidaridad continental. Ningún país del mundo, ningún país de América, puede tener mejores pruebas de nuestra lealtad a ese principio, que los Estados Unidos. A pesar de nuestras diferencias en el campo de nuestras relaciones, no ha podido señalarse, de parte de un panameño, un acto de sabotaje en la Zona del Canal. No hemos vacilado nunca en la defensa de nuestros derechos, pero lo hemos hecho dignamente y sin posiciones mezquinas. Ya comprenderá la América entera lo que significa para panamá que a su conducta de aliado y amigo se le haya correspondido con una agresión sin justificación alguna; que la reclamación de sus derechos haya encontrado como respuesta la voz de la metralla. Los pueblos de América no pueden dejar de considerar el pago que panamá ha recibido por su lealtad y por su amistad sincera para los Estados Unidos de América.

A jóvenes estudiantes que entran en un territorio que es parte integrante de la República, se les recibe con la metralla y con la muerte. Lo que pudo haberse solucionado como un acto de policía, dio origen a un exagerado despliegue de poderío militar de parte de una gran potencia, que hizo alarde de su fuerza ante un pueblo inerme.



Y debo insistir en este cuadro, señor presidente, por un lado un pueblo desarmado y, por el otro, un ejército que cuenta con el más poderoso armamento que se conozca. A la metralla, los estudiantes panameños, que no tenían donde conseguir armas, responden con piedras, mientras las balas siembran la muerte a su alrededor. No había provocación, estaban en su patria, sólo querían ejercer el derecho a que la bandera panameña ondeara en un territorio, que es parte integrante de la República.

Hay un aspecto, de esta trágica situación, señor presidente, que deseo destacar: el movimiento de los estudiantes panameños no fue preparado, surgió espontáneamente, cuando llegó a panamá la noticia de que los estudiantes del colegio superior de Balboa habían izado la bandera americana ante el colegio, con prescindencia de la bandera nacional.



Nació una intención pura en el alma de los estudiantes panameños: Que la bandera ondeara junta con la norteamericana, porque la Zona es territorio panameño y porque así lo habían acordado los gobiernos, el 7 de enero de 1963. Tan espontáneo, tan improvisado es el movimiento, que ni siquiera cuentan con la bandera que han de llevar a la Zona. Se acercan al rector del colegio y le piden la bandera del plantel. ¡De cuánta sinceridad y de cuánta dignidad está revestida esta escena! El Rector les entrega el pabellón del colegio y les recomienda que lo cuiden por lo que significa en la tradición gloriosa del Instituto Nacional. Si no hubiera existido una intención noble, los estudiantes le habrían ocultado al Rector sus proyectos. El Rector no ve en esto nada que pueda causar un conflicto. Los estudiantes no pretenden otra cosa que llegar al colegio superior de Balboa, en actitud pacífica, y enarbolarlo allí, porque tienen derecho, el emblema de la patria, y entonar el himno nacional. Pero surge la soberbia de esa población de emigrados que se llaman zoneítas, que se cree superior a los panameños oscuros de piel, y que en casa ajena quiere tener más derechos de los que le han sido concedidos. Y esa soberbia es respaldada por un ejército, con el uso de la fuerza.

La agresión armada no fue un acto de irreflexión, ni precipitado, que deba imputarse a la soldadesca irresponsable. Si así hubiera sido, no habría llegado a los extremos que he señalado, ni habría causado todos los muertos y heridos que causó. Si la policía y los soldados hubieran actuado sin órdenes de sus jefes, la agresión habría cesado por mandato superior, una vez ocurridas las primeras bajas, pero no fue así. He ahí, señor Presidente, señores del Consejo, la responsabilidad del gobierno de los Estados Unidos, por las muertes y por los daños causados durante los luctuosos sucesos del 9 y 10 de enero de 1964.

Insisto, señor presidente, en que el delito de agresión, que es en sí muy grave, resulta aún más grave en el caso que motiva la denuncia de Panamá, porque se trata de la agresión de la potencia más poderosa del mundo a un país débil y desarmado; y todavía más: la agresión, no provocada, lleva a la muerte a jóvenes estudiantes indefensos.

Todos los países de América conocen la historia de nuestras relaciones con los Estados Unidos de América. Panamá se ha esforzado de buena fe y siempre en forma amistosa, en eliminar las causas de fricción entre nuestros dos países. Su posición ha sido mal interpretada y su buena fe ignorada en forma reiterada. El pueblo de Panamá, paciente y noble, ha esperado, sin asumir actitudes violentas, a que se le hiciera justicia. Todo esfuerzo ha sido inútil, toda actitud de confianza ha sido burlada. Todo acuerdo logrado ha sido incumplido.

Es esto, señor presidente, señores del Consejo, lo que va minando la confianza recíproca entre los gobiernos y los pueblos.

Lo que Panamá presenta ante ustedes es la causa de la justicia. Esperamos que el veredicto de América le haga honor a su condición de continente de la libertad y de la justicia. El continente americano es una fuerza de balance en la política internacional; pero para mantener esa condición enaltecedora, es necesario que se haga justicia en su propio suelo. La agresión, no puede ser instituida como medio de silenciar las justas reclamaciones de los pueblos. El pueblo de Panamá ha demostrado que no está dispuesto a resignarse con la injusticia, y que no aceptará que se acalle su voz con el fuego de la metralla. Para que eso suceda sería necesario que desapareciera la nación panameña.



Señor presidente: el caso de Panamá es el caso de América. El panamericanismo que tuvo su cuna en Panamá, con el congreso anfictiónico de Bolívar, no puede perecer con la institución de la fuerza como instrumento de política internacional. A mi país le preocupa, que la historia de nuestras relaciones con los Estados Unidos pueda fundarse en la fuerza, que América y el mundo no podrían tolerar.

La experiencia dolorosa sufrida por Panamá, en los primeros días de enero de 1964, es una advertencia a la Organización de los Estados Americanos. Si a Panamá no se le hace justicia, me temo que la fe y la esperanza de nuestros pueblos se derrumbe totalmente, con perjuicio para la convivencia pacífica en América. Lo ocurrido en Panamá debe incitar a la meditación sobre la suerte futura de la solidaridad continental. Si es la fuerza la que ha de regir en lo futuro las soluciones de los conflictos que puedan surgir entre nuestros países y los Estados Unidos, habremos sepultado para siempre el sistema jurídico americano, que representa un patrimonio valioso para la comunidad continental. Pensemos que las instituciones del derecho internacional americano, constituyen la aerensa de la América débil. Su justa aplicación en el caso de Panamá, ha de robustecerlas.





Mi gobierno ha invocado el Tratado de Asistencia Recíproca, que es el instrumento con que América puede preservar la paz en el continente. Fiel al principio de que el recurso de la fuerza para la solución de las controversias entre los estados es contrario al derecho internacional americano, el Tratado de Río señala la obligación de no recurrir a la amenaza ni al uso de la fuerza en sus relaciones internacionales.

En contravención al Tratado de Asistencia Recíproca, los Estados Unidos han recurrido, en sus relaciones con Panamá, al uso de la fuerza armada, y han tratado de silenciar con las armas las reclamaciones muy justas de la nación panameña. Y la agresión cometida se mantiene latente en el límite que separa a la Zona del Canal del resto de la República. Ahí están las fuerzas armadas de los Estados Unidos, en actitud de alerta, para detener al pueblo de Panamá en el ejercicio de sus derechos. Ese es el mayor peligro, señor Presidente. La agresión no ha cesado. La agresión está latente, y saldrá a la superficie, en cuanto los panameños exijan el cumplimiento, por parte de los Estados Unidos, de las obligaciones contraídas con Panamá. Viviremos bajo la amenaza constante del ataque armado norteamericano. ¿pueden los países hermanos de América dejar a Panamá abandonada a su propia suerte, a merced de la voluntad de una potencia engreída con su poderío y que ha demostrado que está dispuesta a no reconocer a la nación panameña sus derechos, y lo que es peor, a obligarla a someterse a la injusticia por medio de la fuerza? La agresión, insisto, señor Presidente, no ha cesado.

Hago un llamado solemne a los países hermanos de América, para que con la condena de la agresión de que ha sido objeto mi país, salvemos la fe de nuestros pueblos en la eficacia del sistema jurídico interamericano. La causa de Panamá es la causa de América, porque es la causa de la justicia frente a la fuerza, y del derecho de los débiles frente a la prepotencia del fuerte.

De lo que se resuelva en el caso de Panamá, dependerá el futuro de ese principio que todos defendemos, de la igualdad soberana de los estados grandes y pequeños, débiles y poderosos.

Y ahora, señor Presidente, se nos va a decir, sin duda, que no hubo tal agresión, que las fuerzas militares de los Estados Unidos actuaron en legítima defensa y que fueron ellos las víctimas de la agresión. Pero nadie en el mundo lo creerá, porque Panamá ni siquiera tiene un ejército, y un país sin ejército no está en capacidad de agredir militarmente a los Estados Unidos, ni a ninguna otra potencia grande o pequeña.

No era posible que los estudiantes, con piedras recogidas en el momento, al borde del camino, lograsen atemorizar a la mayor potencia del mundo, hasta obligarla a tomar medida alguna, más allá de las normales de policía, para restablecer el orden público y mantener la tranquilidad social.

pero no hay nada más peligroso que un pueblo chico acorralado, sobre todo cuando ese pueblo es noble y es patriota, y cuando su acción está movida por la voluntad heroica de defender sus derechos.

CARTA DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS.

suscrita en la Novena Conferencia  
Internacional Americana.  
Bogotá, 30 de marzo - 2 de mayo de 1948.

Capítulo I.

NATURALEZA Y PROPÓSITOS.

Artículo 4.

La Organización de los Estados Americanos, para realizar los principios en que se funda y cumplir sus obligaciones regionales de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas, establece los siguientes propósitos esenciales:

- a). Afianzar la paz y la seguridad del Continente;
- b). Prevenir las posibles causas de dificultades y asegurar la solución pacífica de las controversias que surjan entre los Estados Miembros;
- c). Organizar la acción solidaria de éstos en caso de agresión;
- d). Procurar la solución de los problemas políticos, jurídicos y económicos, que se susciten entre ellos; y
- e). Promover por medio de la acción cooperativa, su desarrollo económico, social y cultural.

Capítulo IV.

SOLUCIÓN PACÍFICA DE CONTROVERSIAS.

Artículo 20.

Todas las controversias internacionales que surjan entre los Estados Americanos serán sometidas a los procedimientos pacíficos señalados en esta Carta, antes de ser llevadas al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Artículo 21.

Son procedimientos pacíficos: la negociación directa, los buenos oficios, la mediación, la investigación y conciliación, el procedimiento judicial, el arbitraje y los que especialmente acuerden, en cualquier momento, las Partes.

Capítulo V.

SEGURIDAD COLECTIVA.

Artículo 24.

Toda agresión de un Estado contra la integridad o la inviolabilidad del territorio o contra la soberanía o la independencia política de un Estado Americano, será considerada como un acto de agresión contra los demás Estados Americanos.

Artículo 25.

Si la inviolabilidad o la integridad del territorio o la soberanía o la independencia política de cualquier Estado Americano fueren afectadas por un ataque armado o por una agresión que no sea ataque armado, o por un conflicto extracontinental o por un conflicto entre dos o más Estados Americanos o por cualquier otro hecho o situación que pueda poner en peligro la paz de América, los Estados Americanos en desarrollo de los principios de la solidaridad continental o de la legítima defensa colectiva, aplicarán las medidas y procedimientos establecidos en los tratados especiales, existentes en la materia.

# ORGANIZACION DE LOS ESTADOS AMERICANOS

La Organización Internacional de las 21 Repúblicas Americanas establecida por la Carta suscrita en la Novena Conferencia Internacional Americana, Bogotá, Colombia, 1948.



# TRATADO INTERAMERICANO DE ASISTENCIA RECÍPROCA

Suscrito en la Conferencia Interamericana para el  
Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente  
Río de Janeiro, 15 de agosto a 2 de septiembre de 1947

En nombre de sus Pueblos, los Gobiernos representados en la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente, animados por el deseo de consolidar y fortalecer sus relaciones de amistad y buena vecindad y,

CONSIDERANDO: Que la Resolución VIII de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, reunida en la ciudad de México, recomendó la celebración de un tratado destinado a prevenir y reprimir las amenazas y los actos de agresión contra cualquiera de los países de América;

Que las Altas Partes Contratantes reiteran su voluntad de permanecer unidas dentro de un sistema interamericano compatible con los propósitos y principios de las Naciones Unidas y reafirman la existencia del acuerdo que tienen celebrado sobre los asuntos relativos al mantenimiento de la paz y la seguridad internacional que sean susceptibles de acción regional;

Que las Altas Partes Contratantes renuevan su adhesión a los principios de solidaridad y cooperación interamericanas y especialmente a los principios enunciados en los considerandos y declaraciones del Acta de Chapultepec, todos los cuales deben tenerse por aceptados como normas de sus relaciones mutuas y como base jurídica del Sistema Interamericano;

Que, a fin de perfeccionar los procedimientos de solución pacífica de sus controversias, se proponen celebrar el Tratado sobre "Sistema Interamericano de Paz", previsto en las Resoluciones IX y XXXIX de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz;

Que la obligación de mutua ayuda y de común defensa de las Repúblicas Americanas se halla esencialmente ligada a sus ideales democráticos y a su voluntad de permanente cooperación para realizar los principios y propósitos de una política de paz;

Que la comunidad regional americana afirma como verdad manifiesta que la organización jurídica es una condición necesaria para la seguridad y la paz y que la paz se funda en la justicia y en el orden moral y, por tanto, en el reconocimiento y la protección internacionales de los derechos y libertades de la persona humana, en el bienestar indispensable de los pueblos y en la efectividad de la democracia, para la realización internacional de la justicia y de la seguridad,

Han resuelto--de acuerdo con los objetivos enunciados--celebrar el siguiente Tratado a fin de asegurar la paz por todos los medios posibles, proveer ayuda recíproca efectiva para hacer frente a los ataques armados contra cualquier Estado Americano y conjurar las amenazas de agresión contra cualquiera de ellos:

## ARTICULO 1°

Las Altas Partes Contratantes condenan formalmente la guerra y se obligan en sus relaciones internacionales a no recurrir a la amenaza ni al uso de la fuerza en cualquier forma incompatible con las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas o del presente Tratado.

## ARTICULO 2°

Como consecuencia del principio formulado en el Artículo anterior, las Altas Partes Contratantes se comprometen a someter toda controversia que surja entre ellas a los métodos de solución pacífica y a tratar de resolverla entre sí, mediante los procedimientos vigentes en el Sistema Interamericano, antes de referirla a la Asamblea General o al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

## ARTICULO 3°

1. Las Altas Partes Contratantes convienen en que un ataque armado por parte de cualquier Estado contra un Estado Americano, será considerado como un ataque contra todos los Estados Americanos, y en consecuencia, cada una de dichas Partes Contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque, en ejercicio del derecho inmanente de legítima defensa individual o colectiva que reconoce el Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas.

2. A solicitud del Estado o Estados directamente atacados, y hasta la decisión del Órgano de Consulta del Sistema Interamericano, cada una de las Partes Contratantes podrá determinar las medidas inmediatas que adopte individualmente, en cumplimiento de la obligación de que trata el párrafo precedente y de acuerdo con el principio de la solidaridad continental. El Órgano de Consulta se reunirá sin demora con el fin de examinar esas medidas y acordar las de carácter colectivo que convenga adoptar.

3. Lo estipulado en este Artículo se aplicará en todos los casos de ataque armado que se efectúe dentro de la región descrita en el Artículo 4° o dentro del territorio de un Estado Americano. Cuando el ataque se efectúe fuera de dichas áreas se aplicará lo estipulado en el Artículo 6°.

4. Podrán aplicarse las medidas de legítima defensa de que trata este Artículo en tanto el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales.

## ARTICULO 4°

La región a que se refiere este Tratado es la comprendida dentro de los siguientes límites: comenzando en el Polo Norte; desde allí directamente hacia el sur hasta un punto a 74 grados latitud norte, 10 grados longitud oeste; desde allí por una línea loxodrómica hasta un punto a 47 grados 30 minutos latitud norte, 50 grados longitud oeste; desde allí por una línea loxodrómica hasta un punto a 35 grados latitud norte, 60 grados longitud oeste; desde allí directamente al sur hasta un punto a 20 grados latitud norte; desde allí por una línea loxodrómica hasta un punto a 5 grados latitud norte, 24 grados longitud oeste; desde allí directamente al sur hasta el Polo Sur; desde allí directamente hacia el norte hasta un punto a 30 grados latitud sur, 90 grados longitud oeste; desde allí por una línea loxodrómica hasta un punto en el Ecuador a 97 grados longitud oeste; desde allí por una línea loxodrómica hasta un punto a 15 grados latitud norte, 120 grados longitud oeste; desde allí por una línea loxodrómica hasta un punto a 50 grados latitud norte, 170 grados longitud este; desde allí directamente hacia el norte hasta un punto a 54 grados latitud norte; desde allí por una línea loxodrómica hasta un punto a 65 grados 30 minutos latitud norte, 168 grados 58 minutos 5 segundos longitud oeste; desde allí directamente hacia el norte hasta el Polo Norte.

## ARTICULO 5°

Las Altas Partes Contratantes enviarán inmediatamente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, de conformidad con los Artículos 51 y 54 de la Carta de San Francisco, información completa sobre las actividades desarrolladas o proyectadas en ejercicio del derecho de legítima defensa o con el propósito de mantener la paz y la seguridad interamericanas.

## ARTICULO 6°

Si la inviolabilidad o la integridad del territorio o la soberanía o la independencia política de cualquier Estado Americano fueren afectadas por

una agresión que no sea ataque armado, o por un conflicto extracontinental o intracontinental, o por cualquier otro hecho o situación que pueda poner en peligro la paz de América, el Órgano de Consulta se reunirá inmediatamente, a fin de acordar las medidas que en caso de agresión se deben tomar en ayuda del agredido o en todo caso las que convenga tomar para la defensa común y para el mantenimiento de la paz y la seguridad del Continente.

## ARTICULO 7°

En caso de conflicto entre dos o más Estados Americanos, sin perjuicio del derecho de legítima defensa, de conformidad con el Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, las Altas Partes Contratantes reunidas en consulta instarán a los Estados contendientes a suspender las hostilidades y a restablecer las cosas al statu quo ante bellum y tomarán, además, todas las otras medidas necesarias para restablecer o mantener la paz y la seguridad interamericanas, y para la solución del conflicto por medios pacíficos. El rechazo de la acción pacificadora será considerado para la determinación del agresor y la aplicación inmediata de las medidas que se acuerden en la reunión de consulta.

## ARTICULO 8°

Para los efectos de este Tratado, las medidas que el Organó de Consulta acuerde comprenderán una o más de las siguientes: el retiro de los jefes de misión; la ruptura de las relaciones diplomáticas; la ruptura de las relaciones consulares; la interrupción parcial o total de las relaciones económicas, o de las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, telefónicas, radiotelefónicas o radiotelegráficas, y el empleo de la fuerza armada.

## ARTICULO 9°

Además de otros actos que en reunión de consulta puedan caracterizarse como de agresión, serán considerados como tales:

- a) El ataque armado, no provocado, por un Estado, contra el territorio, la población o las fuerzas terrestres, navales o aéreas de otro Estado;
- b) La invasión, por la fuerza armada de un Estado, del territorio de un Estado Americano, mediante el traspaso de las fronteras demarcadas de conformidad con un tratado, sentencia judicial, o laudo arbitral, o, a falta de fronteras así demarcadas, la invasión que afecte una región que esté bajo la jurisdicción efectiva de otro Estado.

## ARTICULO 10

Ninguna de las estipulaciones de este Tratado se interpretará en el sentido de menoscabar los derechos y obligaciones de las Altas Partes Contratantes de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas.

## ARTICULO 11

Las consultas a que se refiere el presente Tratado se realizarán por medio de la Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas que lo hayan ratificado, o en la forma o por el órgano que en lo futuro se acordare.

## ARTICULO 12

El Consejo Directivo de la Unión Panamericana podrá actuar provisionalmente como órgano de consulta, en tanto no se reúna el Organó de Consulta a que se refiere el Artículo anterior.

## ARTICULO 13

Las consultas serán promovidas mediante solicitud dirigida al Consejo Directivo de la Unión Panamericana por cualquiera de los Estados signatarios que haya ratificado el Tratado.

## ARTICULO 14

En las votaciones a que se refiere el presente Tratado sólo podrán tomar parte los representantes de los Estados signatarios que lo hayan ratificado.

## ARTICULO 15

El Consejo Directivo de la Unión Panamericana actuará en todo lo concerniente al presente Tratado como órgano de enlace entre los Estados signatarios que lo hayan ratificado y entre éstos y las Naciones Unidas.

## ARTICULO 16

Los acuerdos del Consejo Directivo de la Unión Panamericana a que se refieren los Artículos 13 y 15 se adoptarán por mayoría absoluta de los Miembros con derecho a voto.

## ARTICULO 17

El Organó de Consulta adoptará sus decisiones por el voto de los dos tercios de los Estados signatarios que hayan ratificado el Tratado.

## ARTICULO 18

Cuando se trate de una situación o disputa entre Estados Americanos serán excluidas de las votaciones a que se refieren los dos Artículos anteriores las partes directamente interesadas.

## ARTICULO 19

Para constituir quorum en todas las reuniones a que se refieren los Artículos anteriores se exigirá que el número de los Estados signatarios del presente Tratado que lo hayan ratificado, con la sola excepción de que ningún Estado estará obligado a emplear la fuerza armada sin su consentimiento.

## ARTICULO 20

Las decisiones que exijan la aplicación de las medidas mencionadas en el Artículo 8° serán obligatorias para todos los Estados signatarios del presente Tratado que lo hayan ratificado, con la sola excepción de que ningún Estado estará obligado a emplear la fuerza armada sin su consentimiento.

## ARTICULO 21

Las medidas que acuerde el Organó de Consulta se ejecutarán mediante los procedimientos y órganos existentes en la actualidad o que en adelante se establecieren.

## ARTICULO 22

Este Tratado entrará en vigor entre los Estados que lo ratifiquen pronto como hayan sido depositadas las ratificaciones de las dos terceras partes de los Estados signatarios.

## ARTICULO 23

Este Tratado queda abierto a la firma de los Estados Americanos, en la ciudad de Río de Janeiro y será ratificado por los Estados signatarios a la mayor brevedad, de acuerdo con sus respectivos procedimientos

constitucionales. Las ratificaciones serán entregadas para su depósito a la Unión Panamericana, la cual notificará cada depósito a todos los Estados signatarios. Dicha notificación se considerará como un canje de ratificaciones.

## ARTICULO 24

El presente Tratado será registrado en la Secretaría General de las Naciones Unidas por medio de la Unión Panamericana, al ser depositadas las ratificaciones de las dos terceras partes de los Estados signatarios.

## ARTICULO 25

Este Tratado regirá indefinidamente pero podrá ser denunciado por cualquiera de las Altas Partes Contratantes mediante la notificación escrita a la Unión Panamericana, la cual comunicará a todas las otras Altas Partes Contratantes cada una de las notificaciones de denuncia que reciba. Transcurridos dos años a partir de la fecha en que la Unión Panamericana reciba una notificación de denuncia de cualquiera de las Altas Partes Contratantes, el presente Tratado cesará en sus efectos respecto a dicho Estado, quedando subsistente para todas las demás Altas Partes Contratantes.

## ARTICULO 26

Los principios y las disposiciones fundamentales de este Tratado serán incorporados en el Pacto Constitutivo del Sistema Interamericano.

EN FE DE LO CUAL, los Plenipotenciarios que suscriben, habiendo depositado sus plenos poderes, que fueron hallados en buena y debida forma, firman este Tratado, en nombre de sus respectivos Gobiernos, en las fechas que aparecen al pie de sus firmas.

Hecho en la ciudad de Río de Janeiro, en cuatro textos, respectivamente, en las lenguas española, francesa, inglesa y portuguesa, a los dos días del mes de Septiembre de mil novecientos cuarenta y siete.

## RESERVAS HECHAS AL FIRMAR EL TRATADO

## Honduras:

La Delegación de Honduras, al suscribir el presente Tratado y en relación con el Artículo 9, inciso b), lo hace con la reserva de que la frontera establecida entre Honduras y Nicaragua está demarcada definitivamente por la Comisión Mixta de Límites de los años de mil novecientos y mil novecientos uno, partiendo de un punto en el Golfo de Fonseca, en el Océano Pacífico, al Portillo de Teotecacinte, y, de este punto al Atlántico, por la línea que establece el fallo arbitral de Su Majestad el Rey de España, de fecha veintitrés de Diciembre de mil novecientos seis.

## Nicaragua:

El Delegado de Nicaragua, al suscribir el presente Tratado y en relación con la reserva hecha por la Delegación de Honduras al firmarlo y a lo dispuesto en el Arto. 9°, inciso b), lo hace con la reserva de que la frontera entre Nicaragua y Honduras no está demarcada definitivamente, desde el punto conocido con el nombre de Portillo de Teotecacinte hasta el Océano Atlántico, en razón de haber sido redarguido y protestado por Nicaragua, como inexistente, nulo y sin valor el Laudo regio pronunciado por Su Majestad el Rey de España de fecha veintitrés de Diciembre de mil novecientos seis. En consecuencia, la firma de este Tratado por Nicaragua no podrá alegarse como aceptación de fallos arbitrales que Nicaragua haya impugnado o cuya validez no esté definida.

## DECLARACION HECHA AL FIRMAR EL TRATADO

## Ecuador:

La República del Ecuador suscribe sin reservas el presente Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, porque entiende que otros instrumentos y los principios del Derecho Internacional no obstan a la revisión de los tratados, sea por acuerdo entre las Partes, sea por los demás medios pacíficos consagrados por el propio Derecho Internacional.

## RESERVAS HECHAS AL RATIFICAR EL TRATADO

## Guatemala:

El presente Tratado no constituye impedimento alguno para que Guatemala pueda hacer valer sus derechos sobre el territorio guatemalteco

de Belice, por los medios que estime más convenientes; Tratado que, en cualquier tiempo, podrá ser invocado por la República con respecto al mencionado territorio.<sup>1</sup>

## Honduras:

Con la reserva formulada al firmar el Tratado.

## Nicaragua:

Con la reserva formulada al firmar el Tratado.

## Ecuador:

Con la Declaración hecha al firmar el Tratado.

<sup>1</sup> En relación con esta reserva, al consultar la Unión Panamericana a los Estados Signatarios si la encontraban o no aceptable, en cumplimiento del procedimiento establecido en el Párrafo 2° de la Resolución XXIX de la Octava Conferencia Internacional Americana, celebrada en Lima en 1938, les comunicó, a solicitud del Gobierno de Guatemala, la declaración formal de este Gobierno de que tal reserva no pretende constituir alteración alguna al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y de que Guatemala está dispuesta a actuar siempre dentro de los límites de los acuerdos internacionales que haya aceptado. A la luz de esta declaración, los Estados que al principio no encontraron aceptable la reserva, expresaron su aceptación.



DESDE 1904 SE PLANTEÓ LA NECESIDAD DE UN NUEVO TRATADO.

# ¡ EL TRATADO DEL CANAL !

SU HISTORIA E INTERPRETACIÓN.

POR EL DR. EUSEBIO A. MORALES.

*El convenio de 1903 es un tratado lleno de contradicciones y evidentes absurdos, que exige, del modo*

*más imperioso, la celebración de uno, N U E V O, afirmaba el Dr. Eusebio A. Morales, en 1904.*

## I.

Antes de entrar en un estudio detallado de las principales cláusulas contenidas en el Tratado referente al Canal Istmico, celebrado entre los Estados Unidos y la República de Panamá el 18 de noviembre último, conviene considerar, de paso, ciertos hechos que, a más de ser indispensables para el conocimiento de los antecedentes de dicho Tratado, ilustran algunos de los puntos sobre los cuales existe divergencia de opiniones entre los Gobiernos de los dos países.

Después de largas negociaciones, los Estados Unidos y Colombia concluyeron en enero de 1903 un Tratado conocido con el nombre de "Convención Herrán-Hay", cuyo objeto era asegurar la construcción y control por los Estados Unidos, de un canal a través del Istmo de Panamá. Esta Convención fue ratificada por el Senado Americano, pero no así por el de Colombia.

El pueblo panameño, que vio en el rechazo del Tratado por el Senado Colombiano, un golpe mortal a sus intereses del momento y a sus esperanzas de prosperidad futura, juzgó que había llegado la hora de romper sus lazos políticos con la República de Colombia, a la cual se uniera antaño por su propia voluntad, y proclamó su separación del Gobierno de Bogotá el 3 de noviembre último.

Es ésta una ocasión oportuna de declarar, como lo hago de manera enfática y solemne, que en la labor preparatoria de la emancipación de Panamá, la actual administración de los Estados Unidos no tomó parte alguna, ni directa ni indirectamente. Es absolutamente falso que hubiese existido algún pacto o entendimiento previo en virtud del cual este país prometiera su ayuda para sostener la independencia de la nueva república; y falso asimismo que el pueblo del Istmo actuara bajo la creencia de que existía tal

promesa de apoyo o cooperación por parte de aquél. Los hombres que dirigieron el movimiento separatista pensaron que, una vez llevado a cabo, los Estados Unidos se verían frente a una situación que no podía ser resuelta sino de un solo modo, a saber: tomar las medidas necesarias a fin de evitar que el Istmo se convirtiera en teatro de una larga y desastrosa guerra, perjudicial a los intereses del mundo entero y repulsiva a los sentimientos de los pueblos civilizados. Ellos estaban convencidos de que ésta era la única solución a que debía o podía llegar un Gobierno Americano, cualquiera que fuese su filiación política, y, por consiguiente, aprovecharon la brillante oportunidad que se les ofrecía en el momento en que tanto el gobierno como el pueblo americano deploraban hondamente la desaprobación de la Convención Herrán-Hay por parte de Colombia.

Tan pronto como la separación se efectuó, surgió para el pueblo panameño el problema de conservar su recién adquirida independencia. Aunque evidentemente la nueva República no podía equipararse a Colombia en recursos y poder militar, es indudable que ella habría podido levantar un ejército suficiente para sostener una guerra defensiva durante años y hacer del Istmo un yermo ensangrentado. Los Estados Unidos tenían grandes intereses en Panamá. Habían decidido la construcción de un canal interoceánico a través de su territorio, lo que era ya prácticamente imposible en virtud de la desaprobación por Colombia del Tratado Herrán-Hay, y más imposible aún si estallaba en el Istmo una guerra cualquiera. Así, pues, todas las circunstancias eran propicias para llevar a un convenio que impidiera una guerra sangrienta en el Istmo y que, a un mismo tiempo, asegurara la construcción de la deseada comunicación entre los dos océanos.

Uno de los primeros actos del Gobierno

Provisional de la República de Panamá fue acreditar un Ministro en Washington. Para ese delicado puesto fue nombrado el señor Felipe Buneau-Varilla, ciudadano francés, a quien el Presidente Roosevelt recibió en audiencia pública el 13 de noviembre y quien sin esperar instrucciones de su Gobierno, firmó el 18 del mismo mes, el Tratado referente al Canal de Panamá, del cual han emanado las serias discrepancias de opinión que ahora existen entre las dos naciones contratantes.

El señor Buneau-Varilla, con poco recomendable celeridad concluyó una Convención cuyas cláusulas principales nadie en Panamá había siquiera soñado que pudieran ser propuestas, desde luego que los panameños abrigaban la confianza de que los Estados Unidos no exigirían de la nueva República, a manera de compensación por la garantía de su independencia, un Tratado mucho más gravoso que el Herrán-Hay, celebrado con Colombia y aprobado por el Senado Americano.

El representante de Panamá en Washington obró como nadie lo esperaba. No pareció tomar gran empeño en defender los intereses vitales que estaba obligado a proteger, sino que, por el contrario, puso de manifiesto durante todas las negociaciones, una falta de reflexión y una precipitación injustificables. El resultado de esa actuación es un Tratado lleno de contradicciones y de evidentes absurdos, que exige del modo más imperioso la celebración de uno nuevo que elimine las cláusulas contradictorias del primero y que impida al más poderoso de los países contratantes, interpretar como mejor le acomode, los absurdos de la Convención que el señor Buneau-Varilla firmó porque lo tuvo a bien, pero no porque fuera beneficioso, ni siquiera justo, en el menor grado posible, para el país cuya representación diplomática tenía.

## II

Una de las cuestiones más importantes que se suscitan del Tratado es la referente a la soberanía de la Zona del Canal, o

sea de la faja de tierra de diez millas de ancho sobre la cual se van a realizar los trabajos. Varias otras diferencias se desprenden de esa cuestión principal, cuyo arreglo sería, por consiguiente, de sumo valor para zanjar éstas.

En la Convención Herrán-Hay, que debe siempre tenerse presente al estudiar el Tratado con Panamá, los Estados Unidos declararon de modo expreso que ellos no deseaban menoscabar la soberanía de ninguno de los países de Centro y Sur América, ni adquirir parte alguna de sus territorios, sino que, al contrario, estaban interesados en que conservaran su independencia y en que desarrollaran su poder y su riqueza. Esta declaración, desde luego no tiene el carácter obligatorio de un compromiso legal, cuyo cumplimiento puede exigirse apelando a una Corte de Justicia; pero sin duda alguna ella tiene que ser mirada como una obligación moral, porque cuando la hicieron, los Estados Unidos comprometieron ante el mundo, y particularmente ante las naciones de Centro y Sur América, su buena fe y sus sentimientos de lealtad internacional. Ellos no pueden sostener hoy que tal declaración carezca de oportunidad o de fuerza moral por el hecho de que Colombia no ratificó el Tratado Herrán-Hay. Los Estados Unidos hicieron una promesa solemne para todos los tiempos, redactada en forma inequívoca por su Secretario de Estado. Dice así:

"Los derechos y privilegios concedidos a los Estados Unidos por los términos de esta Convención, no afectarán la soberanía de la República de Colombia, sobre el territorio dentro de cuyos límites habrán de ejercerse tales derechos y privilegios.

"El Gobierno de los Estados Unidos reconoce en un todo esta so-



beranía y rechaza toda pretensión de menoscabar de una manera cualquiera o de aumentar su territorio a expensas de Colombia, o de cualquiera de las Repúblicas de Centro y Sur América; y desea, por el contrario, robustecer el poder de las Repúblicas de este Continente y promover, desarrollar y conservar su prosperidad e independencia".

Después de declaración tan solemne y tan clara los Estados Unidos no pueden reclamar ningún derecho de soberanía sobre el territorio donde se va a construir el Canal, porque Panamá es una República del Continente Americano, y ese territorio está dentro de sus fronteras.

Por el artículo II del Tratado, la República de Panamá concedió a los Estados Unidos, a perpetuidad, el uso, ocupación y control de una faja de tierra, y de tierras cubiertas por aguas, para la construcción, conservación, servicio, sanidad y protección del canal. Esa concesión es, pues, con un fin determinado: construir un canal entre el Océano Atlántico y el Pacífico. Si los Estados Unidos resolvieran ahora no construir dicho Canal, ¿sería el Tratado obligatorio para la República de Panamá? Indudablemente que no.

Verdad es que según el artículo III de la Convención, la República de Panamá concedió a los Estados Unidos todos los derechos, poder y autoridad dentro de la Zona mencionada y descrita en el Artículo II, los cuales poseerían y ejercerían ellos como si fueran los soberanos de ese territorio, con entera exclusión de la República de Panamá en el ejercicio de tales derechos soberanos, poder y autoridad; pero esa cláusula sólo puede considerarse como una parte del Tratado y, por tanto, debe interpretarse en armonía con el resto de él.

La intención de las partes contratantes no fue negociar la soberanía de ninguna porción del territorio panameño. Los Estados Unidos no podían ni siquiera manifestar semejante deseo, supuesto que habían declarado, ante el mundo entero, su propósito de no menoscabar la soberanía de ninguna de las Repúblicas de Centro y Sur América. Esta interpretación del Tratado es la más conveniente a los verdaderos intereses de los Estados Unidos, porque arrogándose éstos el ejercicio de tales derechos de soberanía sobre una parte del Istmo, en contradicción de aquella voluntaria y espontánea declaración, perderían para siempre los sentimientos de amistad y la confianza que casi todas esas Repúblicas abrigan respecto de ellos.

Como prueba evidente de que los países contratantes no pensaron en que uno de ellos cediese la soberanía de la zona, basta leer los artículos X, XII, XIII, y XXIII del Tratado, en los cuales la República de Panamá se obliga:

- 1o. A no imponer contribuciones de ninguna clase, ya sean nacionales, municipales o departamentales, sobre el canal, los ferrocarriles y obras auxiliares, remolcadores y demás naves empleadas en el servicio del canal, almacenes, talleres, oficinas, etc., etc.,
- 2o. A permitir la inmigración y libre acceso a las tierras y talleres del canal a todos los empleados y obreros de cualquiera nacionalidad que vengan contratados para trabajar o que busquen empleo en él, con sus respectivas familias;
- 3o. A eximir a dichos inmigrantes a la zona, del servicio militar de la República de Panamá;

40. A permitir a los Estados Unidos la importación a dicha zona, libres de derechos de aduana, impuestos, contribuciones y gravámenes de otra clase, toda clase de naves, dragas, máquinas y cualesquiera artículos necesarios y convenientes para la construcción, conservación, servicio, sanidad y protección del Canal.
50. A permitir a los Estados Unidos el empleo de sus fuerzas de policía y de sus fuerzas terrestres y navales para la protección del Canal.

Un estudio cuidadoso de los artículos antes mencionados, por los cuales la República de Panamá otorgó a los Estados Unidos ciertas exenciones y privilegios especiales dentro de la Zona del Canal, lleva a la conclusión de que o el Tratado es el documento más contradictorio que jamás haya podido ser ideado por dos Gobiernos, o de que el artículo III debe ser interpretado de manera que no consagre la desaparición absoluta de la soberanía panameña sobre la Zona del Canal.

Mi propósito al llamar la atención del pueblo americano hacia lo que, a mi juicio, no fue la verdadera intención de los ciudadanos de las naciones contratantes, es recalcar la necesidad que existe de un nuevo Tratado en el que todo motivo de divergencia y disensión entre los dos países sea eliminando ahora y para siempre.

En cuanto a las actuales causas de descontento en el Istmo, pueden sintetizarse así:

Partiendo del supuesto de que los Estados Unidos han adquirido soberanía en la Zona del Canal, las autoridades de ésta han abierto al comercio del mundo dos puertos que no son otros que los mismos puertos de Panamá y Colón, expresamente excluidos de la Zona por el artículo II del Tratado.

También como consecuencia de esa suposición, las autoridades del Canal han puesto en vigor la Tarifa Dingley, sin excepción alguna en favor de Panamá; han establecido un sistema propio postal y fiscal e implantado toda clase de impuestos que se cobran aun en las inmediaciones mismas de las principales ciudades de la República.

La República de Panamá no puede aceptar como definitiva semejante interpretación del Tratado que convierte en tierra extranjera una parte de su territorio, que la coloca en gran desventaja para sus relaciones con los demás países y que le crea una situación interna difícil y precaria.

El objeto de la Convención es asegurar la construcción, conservación, servicio, sanidad y protección del Canal, y todas las concesiones hechas por la República de Panamá a los Estados Unidos son con esos propósitos. Ni los Estados Unidos ni Panamá pensaron, al tiempo de negociar el Tratado, en que se establecerían en la zona, antes de que el Canal se construyese, nuevos puertos de entrada, en que se promulgarían leyes de aduana cuya aplicación sería perjudicial para la República de Panamá y para sus pequeñas industrias; lejos, muy lejos, del espíritu de la Convención, estuvo la idea de establecer en la Zona del Canal un formal y gravoso sistema tributario.

A juzgar por las actuales apariencias, la grandiosa idea de abrir esta vía comercial para beneficio de todos los pueblos y naciones del orbe, se ensombrece más y más cada día, para ser reemplazada por una concepción profundamente egoísta y por los métodos más arbitrarios. La idea predominante ahora parece ser la de convertir la Zona del Canal en campo de negocios para empresas privadas, desatendiendo por completo los grandes intereses que Panamá sacrificó en la esperanza de mejorar sus condiciones de vida y de establecer con los Estados Unidos relaciones perpetuamente cordiales.

# ¡ PROMESA QUE NO SE CUMPLIÓ !

*"No tenemos la menor intención de establecer una colonia independiente en medio del Estado de Panamá, o de ejercer funciones gubernamentales más de lo que es necesario para permitirnos construir, mantener y hacer funcionar el canal convenientemente y sin peligros, de acuerdo con el derecho que nos ha conferido el tratado. Lo que menos deseamos es estorbar los negocios y la prosperidad del pueblo de Panamá."*

1904. TEODORO ROOSEVELT.

# Medio Siglo de Relaciones Entre Panamá y los Estados Unidos

Dr. Ricardo J. Alfaro.

Las relaciones entre Panamá y los Estados Unidos son las más íntimas y estrechas que pueden hallarse entre dos naciones. Tienen carácter único y han determinado en el derecho internacional circunstancias peculiares no siempre bien comprendidas y con frecuencia mal interpretadas. Estas circunstancias nacen del hecho de que la vida internacional de la República ha girado principalmente alrededor de la convención celebrada entre Panamá y los Estados Unidos para la construcción del canal interoceánico, sueño de los siglos, aspiración perenne de los panameños y motivo de preocupaciones intensas por parte de las grandes potencias marítimas del mundo. Por virtud de aquella convención la República de Panamá concedió a los Estados Unidos el uso, ocupación y administración de una faja de su territorio situada entre las ciudades de Panamá y Colón, a lo largo de la cual corre la vía marítima que pone en comunicación las aguas del océano Atlántico con las del Pacífico. Esa faja de tierra sobre la cual conserva su soberanía inmanente la República de Panamá, pero sobre la cual ejercen los Estados

Unidos los poderes jurisdiccionales que les concedió el tratado de 1903, está habitada por una población constituida esencialmente por personas consagradas al manejo de la vía interoceánica y sus familias. Esa población, conforme al susodicho tratado, goza de privilegios y exenciones de orden fiscal que hacen de ella una comunidad privilegiada al lado de otra no privilegiada y por esa causa se han venido creando desde los comienzos de la vida de la República problemas que todavía no han hallado solución. De allí la divergencia latente que existe con respecto a la aplicación e interpretación del tratado, que no ha sido posible eliminar en el medio siglo que lleva la República de su ingreso al concierto de las naciones.

Ciertamente, la causa determinante del movimiento separatista de 1903 fue el rechazo por el Senado colombiano del tratado del canal celebrado por Colombia con los Estados Unidos a comienzos de 1903, unido al anhelo tradicional del pueblo panameño de que se construyera la vía intermarina en la cual cifraba su redención económica y su prosperidad. Pero es error muy difundido el de creer que la independencia de Panamá fue promovida y llevada a cabo exclusivamente mediante la acción arbitraria de un Presidente de los Estados Unidos, secundado por un intrigante extranjero que mantenía contacto con los revolucionarios panameños.

Tal creencia, parte de la *leyenda negra* que las pasiones políticas y una propaganda intensa han forjado alrededor de Panamá, no puede ser más infundada. En el drama secular en que se ligan la obra del canal interoceánico y la independencia del Istmo de Panamá, muchos historiadores, escritores y comentaristas han tenido en cuenta todos los personajes del elenco, menos el verdadero protagonista del drama: el pueblo de Panamá. Se ha olvidado, se ha ignorado o se ha callado el hecho de que el movimiento secesionista de 1903 fue el sexto que se llevó a cabo en el Istmo de Panamá. El pueblo

istmeño alcanzó su emancipación de España "por su propia virtud", como dijo Bolívar, en el año de 1821. Se unió voluntariamente a la Gran Colombia, la esplendorosa entidad política formada entonces por los territorios de las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador; y cuando en 1830 comenzaron las convulsiones que determinaron la disgregación de la Colombia de Bolívar, y un estado crónico de agitación en la Nueva Granada, comenzaron también los movimientos autonomistas naturales en un pueblo que desde los tiempos de la Colonia había tenido individualidad geográfica y administrativa. Así se produjeron los movimientos más o menos efímeros de 1830, 1831, 1840 y 1861, a más del hecho sustancial de la creación del Estado Soberano del Istmo en 1855, afirmación concreta del espíritu autonomista del pueblo panameño, continuada y corroborada por la constitución federal de 1863, que mantuvo en Panamá —a lo menos en derecho y en teoría— el principio de la autonomía local.

Era, pues, el Istmo panameño, tierra donde no podía menos de germinar en un momento dado la simiente de la emancipación. Ese momento sobrevino cuando el Senado colombiano rechazó el tratado Herrán-Hay, porque los panameños veían en la construcción del Canal su única esperanza de redención en la espantosa postración económica en que estaban sumidos. A ella los habían llevado, por una parte, la suspensión de los trabajos del canal por los empresarios franceses, y por la otra, la desastrosa "guerra de los mil días", que desde 1899 hasta 1902 había dejado en nuestro suelo una estela de sangre, de odios y de ruina. Los incidentes y vicisitudes de aquella guerra no solamente habían avivado las pasiones entre liberales y conservadores, entre gobiernistas y revolucionarios. También habían reencendido resquemores entre colombianos e istmeños, supeditados éstos por aquéllos en las filas de los ejércitos combatientes y en los cargos de la administración pública. En aquella época aciaga el antagonismo era profundo entre los colombianos del Istmo y los del resto del país. Poco los unía, mucho los separaba. El vínculo político no era bastante para contrarrestar la tendencia atávica a la autonomía regional. Ni podía tampoco sobreponerse a intereses y sentimientos conflictivos que los sucesos habían intensificado.

En este ambiente y en estas circunstancias era lógico que se manifestara una vez más el anhelo separatista y que renacieran los impulsos de 1821, de 1830, de 1831, de 1840 y de 1861. La separación se consumó porque tenía hondas raíces en la historia, en la geografía, en la economía, en los intereses y en los sentimientos del pueblo de Panamá. Es por lo tanto insensatez supina sostener, como lo han hecho historiadores y escritores mal documentados o mal inspirados, que la independencia de Panamá en 1903 fue obra de la arbitrariedad de Teodoro Roosevelt. No es así, por más que este mismo hubiera lanzado en alguna ocasión una frase tan inexacta como imprudente y ligera, pero que ha servido para justificar denuestos contra su autor y contra la nación panameña.

Mas no es el fin de este artículo analizar ni refutar la *leyenda negra* antipanaméña. Esta es tarea que requiere las páginas de uno o más volúmenes. Las anteriores observaciones son tan sólo incidentales a la exposición del hecho de que la secesión de 1903 estuvo necesariamente ligada a la celebración de un tratado con los Estados Unidos para la apertura del canal transistmico, y de que consecuentemente, las relaciones de Panamá y los Estados Unidos tienen como base inevitable ese tratado y los efectos de su interpretación y aplicación. De allí la necesidad de examinar sus orígenes, sus efectos y la verdadera intención de las partes.

Antecedente indisputable del tratado entre Panamá y los Estados Unidos fue el que esta nación había celebrado antes con Colombia. El tratado Herrán-Hay, suscrito después de largas negociaciones, con frecuencia llenas de acrimonia, aseguraba al fin la construcción del canal por los Estados Unidos. Al comenzar el presente siglo y después del fracaso de la empresa francesa, el mundo había llegado a la conclusión de que desde el punto de vista puramente comercial y financiero, la obra del canal interoceánico no podía constituir un incentivo para el capital privado. Se había llegado asimismo al convencimiento de que solamente un gobierno que tuviera en la obra un interés supremo vinculado a su defensa nacional, que dispusiera asimismo de los recursos económicos necesarios para emprenderla y que no diera consideración primordial a las posibilidades de lucro, estaba en capacidad de llevarla a término. Ese gobierno era el de los Estados Unidos de América. Así lo comprendió el de la Gran Bretaña y así fue como se vió a la poderosa Albión, reina de los mares, señora de un imperio en cuyos dominios no se ponía el sol, primera potencia marítima del mundo que cifraba interés vital en el canal que era como dijo Pim "la llave de los océanos", renunciar a los derechos que se había asegurado en 1850 por medio del tratado Clayton-Bulwer, consentir en la abrogación de ese tratado y dejar las manos libres a los Estados Unidos para construir entre los dos océanos un canal abierto a las naves de todas las banderas pero sujeto a su sola autoridad y fortificado.

El tratado Herrán-Hay representaba, pues, la culminación de los esfuerzos diplomáticos de Colombia por lograr para sí las mayores ventajas posibles, y la concreción del anhelo universal de que se ejecutara esa obra que habria de acortar distancias, acrecentar el comercio y estrechar las comunicaciones en el globo terráqueo. Para Panamá el tratado significaba la redención económica, las nuevas oportunidades de trabajo y de negocios, la afluencia de población, el incremento de numerario, el desarrollo general, en suma, el retorno de la prosperidad. No entraban en el cálculo de los panameños los millones que habían de pagarse por la concesión; los cuales se esperaba ingresarían íntegros al tesoro colombiano, ni siquiera la anualidad que sustituía la que pagaba la Compañía del Ferrocarril, porque de ésta Panamá sólo percibía un 10%, no obstante ser esta renta producto exclusivo de su territorio. Panamá sólo vislumbraba como beneficio directo las perspectivas de trabajo, de negocios de progreso y de florecimiento.

Era, por consiguiente, un tratado sustancialmente igual al Herrán-Hay, lo que los panameños esperaban sería pactado con los Estados Unidos para asegurar la construcción del canal.

Mas no sucedió así. Panamá, actuando bajo el peso de circunstancias casi equivalentes a fuerza mayor, hubo de aceptar un tratado mucho más oneroso que lo era para Colombia el tratado Herrán-Hay. En ese hecho tienen su fuente las diferencias que han caracterizado las relaciones de los dos países, virtualmente desde su iniciación.

Consumada la independencia, reconocida la República por los Estados Unidos y por número considerable de las principales potencias de América, Europa y Asia, la Junta de Gobierno Provisional acreditó como Ministro ante el Gobierno de los Estados Unidos al ingeniero francés Philippe Bunau-Varilla, antiguo Director de la Compañía Universal del Canal Interoceánico, quien se había distinguido por su dinamismo, su talento y su habilidad en la célebre "batalla de las rutas", la que libraron políticos y hombres de ciencia ante la opinión pública de los Estados Unidos cuando se debatía si el canal interoceánico debía excavar-se por Nicaragua o por Panamá. En aquella pugna había triunfado la ruta panameña. A ello se debió la expedición de la Ley Spooner que ordenaba al Gobierno entablar en primer término negociaciones con Colombia y si no obtenía de esta nación condiciones satisfactorias para los Estados Unidos, negociar con Nicaragua. El interés de Bunau-Varilla en pro del canal panameño lo había identificado con la causa de la separación de Panamá y a esa causa había aportado su acción y en un momento dado su crédito para el efecto de que los separatistas obtuvieran fondos de que había necesidad urgente. Además de su prestigio científico, era valor adicional en Bunau-Varilla la circunstancia de ser un hermano suyo el Director del influente diario parisiense "Le Matin". Reunía pues aquel hombre, un cúmulo de aptitudes y de fuerzas que lo hacían un auxiliar valioso para los revolucionarios panameños.

Por estas razones estimo injustificadas las censuras que se han hecho a la Junta de Gobierno por haber nombrado a un extranjero como su primer representante diplomático ante la Casa Blanca. Las revoluciones aceptan cualquiera ayuda, venga de donde viniere. En los anales de las independencias de todos los países de América abundan los nombres de próceres originarios de otras tierras. Resplandecen en la historia de la emancipación norteamericana los nombres gloriosos de Lafayette, de Rochambeau, de Kosciusko y de Von Steuben. Organizador de la marina argentina lo fue el irlandés Brown, como lo fue de la colombiana el holandés-curazaleño Brion y de la chilena el inglés Lord Cochrane. En los ejércitos libertadores de la Gran Colombia hubo una *Legión Británica* y una *Legión Irlandesa*. Edecanes dilectos de Bolívar fueron Daniel Florencio O'Leary y Bedford Wilson. En la historia de las luchas cubanas descuellan el caraqueño Narciso López y el dominicano Máximo Gómez. El realista Iturbide consumó la obra de la independencia de México, que no pudo consolidar el heroísmo de Hidalgo y de Morelos. Y en los levantamientos de toda la América tropezamos continuamente con los nombres de héroes extranjeros que venían a ayudar revoluciones en las nuevas tierras donde se abrían para la humanidad claros horizontes de libertad y de esperanza. Lo injustificable no fue, pues, el nombramiento de Bunau-Varilla. Lo injustificable fue que ese hombre, depositario de la confianza de la nueva nación, no hubiera sido leal a sus intereses vitales.

Por otra parte, la Junta de Gobierno no confió a Bunau-Varilla sin reserva alguna la celebración del trascendental pacto. Nombró para que lo asesorara una Comisión compuesta nada menos que por el jefe de la revolución, Dr. Manuel Amador Guerrero, y el miembro de la Junta de Gobierno, Federico Boyd, a quienes se agregaba el insigne jurista Pablo Arosemena. Pero Bunau-Varilla se burló de la Junta de Gobierno y de la Comisión Asesora. Desentendido de los intereses de Panamá, su única mira fue la de celebrar un tratado tan extremadamente ventajoso para los Estados Unidos que no hubiera el menor riesgo de que el Senado le negara su ratificación. Le interesaba el canal; no la suerte de la República. Así, con el dinamismo, la habilidad y la audacia que le eran características, se dedicó a una doble tarea: por una parte, llevar al ánimo del Secretario de Estado John Hay la convicción de que la venida de la Comisión Asesora a Washington era fruto de intrigas cuyo resultado iba ser que se entorpeciera, se dificultara y se pusiera al borde del fracaso la negociación del tratado del canal. Por la otra parte, impresionar a la Junta de Gobierno de Panamá con informes, apreciaciones y vaticinios amenazadores a efecto de que se le dieran poderes plenos para la pronta celebración del tratado, porque dadas las circunstancias que él esbozaba, de no hacerse así, la recién nacida República estaba en peligro inminente de perder su independencia.

En medio de esta red de intrigas, la negociación y firma del tratado de Canal se consumó en tres días.

El 15 de Noviembre de 1903 el Secretario Hay envió un proyecto de convención al Ministro Bunau-Varilla. Este proyecto estaba formulado en lo general sobre la estructura del tratado Herrán-Hay, pero le imponía a Panamá condiciones más onerosas. La anchura de la Zona del Canal, que en ese tratado se había fijado en diez *kilómetros*; en la nueva convención se elevó a diez *millas*. Así, de una sola plumada, con el cambio de una sola palabra,

y dado que la milla equivale a 1600 metros, a Panamá se le aumentó en un 60% la concesión de jurisdicción territorial. Había suprimido además el Secretario Hay en su proyecto la cláusula que excluía de la Zona las dos ciudades de Panamá y Colón. Había suprimido también las cláusulas declaratorias de que las concesiones hechas en beneficio de la obra del canal no significaban merma de la soberanía colombiana. Había suprimido igualmente la reversión a Panamá de las tierras concedidas a la Compañía del Ferrocarril de Panamá que quedaban fuera de la Zona y fuera de las ciudades de Panamá y Colón, hasta la extensión de 150.000 hectáreas. También dejaba el proyecto en blanco la cifra de la indemnización de diez millones de dólares que el Gobierno de los Estados Unidos se obligaba a pagar por las concesiones y privilegios que recibía, hecho de significación alarmante en momentos en que había en Estados Unidos quienes proponían que se diera a Colombia la mitad de la indemnización con el objeto de aplacarla. La cláusula relativa a los acueductos y albañales de Panamá y Colón según la cual esas obras debían pasar gratis a poder de Colombia al cabo de cincuenta años, fue modificada en el sentido de que Panamá pagaría el valor de ellas en el mismo término. Se reemplazaba la jurisdicción civil y criminal mixta colombo-americana que estipulaba el tratado Herrán-Hay con la jurisdicción exclusiva de los Estados Unidos. Por últi-

mo, el proyecto imponía a Panamá una nueva carga que era la obligación de dar en venta o arrendamiento las tierras que fueran necesarias para estaciones navales o carboneras sobre las aguas de los dos océanos.

En honor a la verdad y para vindicación parcial de Bunau-Varilla debe reconocerse que él impugnó la inclusión de las ciudades de Panamá y Colón en la Zona del Canal, la disminución de la indemnización global de los diez millones y la supresión de la reversión de los millares de hectáreas de tierras concedidas a la Compañía del Ferrocarril de Panamá. Así consta en un pliego de observaciones que presentó al Secretario Hay el 17 de Noviembre. Pero en esa misma fecha le presentó también un contraproyecto en el cual trabajó febrilmente, asesorado por un abogado neoyorquino llamado Frank D. Pavey. Y fue en ese contraproyecto donde Bunau-Varilla comprometió de manera gravísima los intereses de la República al sustituir todas las cláusulas anteriores relativas a la jurisdicción puramente policiva y judicial con la fórmula del artículo III, según la cual Panamá concedía sobre la Zona del Canal los "derechos, poder y autoridad que los Estados Unidos tendrían y ejercerían si fueran los soberanos del territorio con entera exclusión de la República de Panamá en el ejercicio de tales derechos soberanos, poder y autoridad". Hállase aquí una oración condicional de negación implícita, según la cual queda expresado que los Estados Unidos *no son* soberanos en la Zona del Canal. Pero el lenguaje omnicomprensivo, injurídico e imprudente de esa estipulación ha servido de base para interpretaciones del tratado que no pueden sostenerse en presencia de otras estipulaciones del mismo, pero que de hecho han infligido daño incalculable a la República y han imposibilitado hasta ahora un acuerdo definitivo, equitativo y mutuamente satisfactorio.

Diversas autoridades de los Estados Unidos han venido dando al artículo III, considerándolo aisladamente, un alcance que para Panamá es inadmisible. Panamá, por su parte sostiene que el contexto general del tratado y la armonía que debe existir entre sus diferentes cláusulas ponen de manifiesto que del mismo modo que quedó reservada la nuda soberanía de Panamá sobre la Zona, le quedó a salvo el derecho de ejercer su jurisdicción fiscal en todos aquellos respectos que quedan fuera de las exenciones y privilegios pactados de manera expresa. Esta divergencia fundamental no ha sido eliminada de las relaciones de Panamá con los Estados Unidos y se manifiesta perennemente en las reclamaciones del comercio

de Panamá contra las actividades comerciales del Gobierno de los Estados Unidos en la Zona, y en varios otros respectos.

El contraproyecto de Bunau-Varilla, como era natural, satisfizo plenamente al Secretario Hay, y ante las instancias del primero y sus incesantes prevenciones contra la Comisión panameña, que ya llegaba a Nueva York en camino para Washington, el Secretario Hay invitó a Bunau-Varilla a que viniera a su residencia particular a las seis de la tarde del 18 de Noviembre. Allí encontró Bunau-Varilla al funcionario encargado de las ceremonias y formalidades anejas a la firma de los tratados públicos y allí lo invitó el Secretario Hay a convertir en tratado el contraproyecto. En esa noche, en ese lugar y en

esa forma se firmó la "Convención del Canal Istmico". Unas dos horas después llegaban los Comisionados panameños a Washington. Bunau-Varilla los saludó con la noticia fulminante del hecho cumplido.

No permiten los límites de esta reseña entrar en detalles acerca de los sucesos y circunstancias posteriores: las interpelaciones y reproches de los Comisionados al plenipotenciario; las representaciones de los mismos al Secretario Hay; las explicaciones y manifestaciones de los estadistas americanos, según las cuales las estipulaciones del tratado no tenían significación alguna ante la buena voluntad de los Estados Unidos hacia la nueva República y el porvenir esplendoroso que brindaba a ésta el hecho asegurado de la reanudación de los trabajos del Canal; la alarma producida por la noticia sensacional de que el enviado colombiano, General Reyes, ofrecía ratificar sin modificaciones y aun sin compensación el tratado Herrán-Hay bajo la condición de que volviera el Istmo a la dominación de Colombia; las consecuencias que tendría para la naciente nacionalidad el grave paso de rechazar un tratado firmado por un plenipotenciario suyo en pos de todo lo ocurrido en Colombia y en Panamá como repercusión del rechazo de la convención Herrán-Hay; las ideas

que dominaban la moral internacional de la época, y, en fin, todo el cúmulo de circunstancias que después de maduras consideraciones decidió tanto a los Comisionados como a la Junta de Gobierno Provisional a inclinarse ante el hecho cumplido y decidirse por la ratificación del tratado, que se efectuó el 2 de Diciembre de 1903.

Es evidente que la inexperta diplomacia de la infancia de la República, en medio de las circunstancias apremiantes de aquel momento histórico y dado lo complejo de las relaciones que creaba o era susceptible de crear el pacto de 1903, no pudo vislumbrar todas sus consecuencias. Se tenía fe en la actitud amistosa y prometedora de los estadistas norteamericanos. Se confiaba en que no obstante las cláusulas alarmantes del tratado, los Estados Unidos —como lo manifestó más tarde Teodoro Roosevelt— no ejercerían poderes mayores que los que estrictamente necesitaban para construir y manejar el canal. No tardaron mucho los acontecimientos en revelar la realidad de aquellas consecuencias.

El tratado fue sometido a la consideración del Senado en medio de la efervescencia reinante. Allí encontró desde luego la oposición candente de los antiguos partidarios de la ruta de Nicaragua y en general la de los adversarios políticos del Presidente Roosevelt. Apoyaba a éste una robusta mayoría de los senadores republicanos, pero surgió entre algunos el pensamiento de introducir modificaciones al tratado con la mira de aclarar ciertos puntos del mismo en forma favorable a las mayores ventajas para los Estados Unidos. El Secretario Hay se oponía decididamente a que se entrara en el camino de las modificaciones y el 20 de Enero de 1904 dirigió al Senador Spooner una carta en la cual le decía:

"..... Como está ahora, tan pronto como el Senado vote, tendremos un tratado que en lo principal es muy satisfactorio, *ampliamente ventajoso para los Estados Unidos, y debemos confesar con la cara que*

*podamos poner, no tan ventajoso para Panamá.* Si modificamos el tratado, el período de unanimidad entusiasta que según dije a Cullom sólo sobreviene una vez en la vida de una revolución, habrá pasado, y allá habrán entrado en el nuevo campo de la política y de la polémica. *Usted y yo sabemos muy bien cuantos puntos hay en el tratado que todo patriota panameño objetaría.*"

Había surgido en aquellos días la cuestión de lo que debía entenderse por "puertos adyacentes" a las ciudades de Panamá y Colón. Bunau-Varilla, en nota que dirigió al Departamento de Estado, definió la cuestión en la forma más favorable a los Estados Unidos. Gobierno y pueblo istmeños consideraban que el "puerto adyacente" a la ciudad de Panamá era el de La Boca, que desde la construcción del muelle erigido allí por la Compañía del Ferrocarril había reemplazado el antiguo fondeadero de Flamenco para la carga y descarga de naves de alto bordo. La declaración de Bunau-Varilla dejaba a Panamá sin puerto para su comercio exterior por el lado del Pacífico pues definió como "puerto adyacente" a la ciudad capital la abierta y nada profunda bahía encerrada entre las puntas de Calafate y de Paitilla, que solamente puede utilizarse por pequeñas naves para el comercio de cabotaje.

Ratificada la Convención por el Senado y canjeadas las ratificaciones, entró en vigencia el 24 de Febrero de 1904.

La primera controversia acerca de la interpretación del tratado de Canal surgió cuando poco tiempo después de traspasada la Zona del Canal a la jurisdicción de los Estados Unidos, se expidió en nombre de ese Gobierno, en Junio de 1904, una Orden Ejecutiva por medio de la cual se declaraba la Zona abierta al comercio del mundo; se ponía en vigor en ese territorio el arancel proteccionista vigente a la sazón y generalmente conocido bajo la denominación de "Tarifa Dingley"; se declaraban puertos terminales del Canal los de Ancón (La Boca) y Cristóbal y se establecían en esos puertos aduanas y oficinas postales.

Aquella Orden Ejecutiva echaba por tierra todas las esperanzas que Panamá había cifrado en la obra del canal. La simple concesión del "uso, ocupación y control" de la Zona quedaba transformada en cesión territorial absoluta que hacía de aquella faja una colonia norteamericana dentro del Estado panameño. El arancel Dingley cerraría la puerta a los productos panameños, que debían hallar su natural mercado en la Zona del Canal y en las naves que utilizaran la vía interoceánica. Surgía la visión de una competencia desigual y ruinosa entre la débil economía de la naciente República y una zona abierta al comercio universal bajo la égida del más rico gobierno del mundo. Surgían asimismo las más pesimistas sospechas acerca de las verdaderas intenciones de los Estados Unidos en el Istmo.

Alarmado el gobierno de la República ante la amenaza que representaba aquella Orden Ejecutiva para la economía, para la misma vida nacional, protestó vivamente

contra ella. Encendida fue la controversia que surgió alrededor de esa Orden y muy especialmente acerca del hecho de que el puerto de La Boca quedaba incluido en la Zona del Canal. Las alegaciones de Panamá en este punto se estrellaban contra la definición formulada por Bunau-Varilla, cuyo alcance pareció haber pasado inadvertido a la Cancillería panameña. El limitado espacio de este artículo hace imposible pormenorizar la controversia y difícil su condensación. Basta decir que en ella expuso Panamá su inteligencia de las estipulaciones del tratado y el alcance limitado que a su juicio tenían sus cláusulas, principalmente el artículo III, relativo a "los derechos, poder y autoridad" de los Estados Unidos en la Zona del Canal. La tesis panameña quedó expuesta en nota del

Ministro Obaldía que había preparado el eminente Consejero Jurídico de la Legación, Dr. Eusebio A. Morales. En Octubre de 1904 contestó esa nota el Secretario Hay, refutando con gran prolijidad todos los argumentos panameños y atribuyendo al antedicho artículo alcance absoluto e ilimitado. La nota del Secretario fue dura, inflexible, contundente. En ella descargó Hay los más fuertes golpes de su dialéctica, sacando todo el partido posible de frases equívocas o de errores explicables de las inexpertas autoridades panameñas. Quedó así planteada la divergencia sobre puntos de vista extremos, pero entre ellos se interpuso la acción conciliadora del Presidente Teodoro Roosevelt.

El 19 de Octubre de 1904 el Presidente dirigió a su Secretario de Guerra, William H. Taft, una carta en que le encargaba trasladarse al Istmo, conferenciar con el Gobierno panameño y tratar de hallar una solución al conflicto surgido. En aquel noble documento el Presidente Roosevelt decía *inter alia*:

"Los Estados Unidos van a conferir al pueblo de la República de Panamá grandes beneficios mediante el gasto de millones de dólares en la construcción del canal. Pero este hecho no debe cegarnos hasta el punto de impedirnos ver la importancia de ejercitar los derechos que se nos han dado conforme al Tratado con Panamá en forma que evite que surjan ciertas sospechas, por infundadas que sean, acerca de nuestras intenciones en el futuro. *No tenemos la menor intención de establecer una colonia independiente en medio del Estado de Panamá*, o de ejercer funciones gubernamentales más de lo que es necesario para permitirnos construir, mantener y hacer funcionar el canal convenientemente y sin peligros, de acuerdo con el derecho que nos ha conferido el tratado. Lo que menos deseamos es estorbar los negocios y la prosperidad del pueblo de Panamá".

A fines de Noviembre vino Taft al Istmo. Era un jurista insigne y un estadista prestigioso. En la historia de los Estados Unidos es el único hombre que ha ocupado la Presidencia de la Nación y la de la Corte Suprema de Justicia. Su cuerpo de gigante bueno encerraba un cerebro de primer orden y un corazón abierto a la magnanimidad y la comprensión. En su mente no tenían cabida las mezquindades del *summum jus* que hacen violencia al sentido eterno de la equidad. Era el hombre a propósito para el ajuste de una controversia entre la gran potencia nortea y la pequeña República que daba sus primeros pasos en la vida internacional.

En conferencias celebradas durante unos cinco días quedó arreglado el conflicto en forma que disipó los temores mortales de los panameños. La Orden Ejecutiva de Junio de 1904 fue revocada. A la Zona sólo se importarían mercaderías de conformidad con el tratado, para los fines del canal y del personal de la empresa. Se declaró libre el tráfico y el tránsito entre el territorio de la Zona y el resto de la República. El servicio postal se haría con sellos de Panamá sobrecargados "Canal Zone" y suministrados por la República al 40% de su valor nominal. Se limitó al carbón y al petróleo la libre importación por los Estados Unidos para la venta a las naves. Se dictaron varias medidas para dar efectividad a todo lo pactado. El comercio istmeño se sintió liberado de la amenaza que pesaba sobre él. El Doctor Belisario Porras, comentando los acuerdos, exclamó emocionado: "No perecerá nuestra República".

Tales fueron los acuerdos conocidos en la historia por la denominación de Convenio Taft. Más tarde los defiende él brillantemente ante el Senado de su patria. Allí sostiene con su autoridad de jurista que los términos del tratado reservan a Panamá la soberanía de la Zona. Allí expone con calor el derecho, la justicia y la razón que asisten al comercio panameño para aspirar a hacer negocios con la Zona y con los habitantes de la Zona. Allí proclama la necesidad de que panameños y norteamericanos convivan en la amistad y en la comprensión.

Bajo la vigencia del Convenio Taft las relaciones emanadas de la construcción del canal son en general cordiales. Panamá escucha nuevas manifestaciones de amistad de labios de los más altos voceros del gobierno estadounidense. En 1906, el gran estadista Elihu Root visita a Panamá durante su memorable gira por diversos países de Sur América. En el recinto de la Asamblea Nacional describe un refulgente porvenir de la República en estos términos:

"Estamos empeñados juntos en la realización de una grande y trascendental empresa, de una empresa que ha sido el sueño no sólo de los antiguos navegantes que colonizaron primero vuestras costas sino también de la parte más progresista de la humanidad por espacio de cuatro siglos. La realización feliz de esta empresa hará de Panamá el verdadero centro del comercio mundial; os hallaréis cerca de la más grande de las vías comerciales; se restablecerá algo más de las antiguas glorias del Istmo y el porvenir de esta empresa encierra para vosotros, riqueza, prosperidad y oportunidades de educación, de cultivo de relaciones con todo el mundo, tal como nunca ha tenido ningún pueblo".

En aquel mismo año, Teodoro Roosevelt, rompiendo la tradición de que nunca había salido un Presidente del territorio nacional, hizo una visita a la República, y contestando a un discurso del Presidente Amador se expresó así:

"..... Quiero hacer más con todo el énfasis posible, las palabras de M. Root y reiterar lo que ya os dije: que el único deseo de los Estados Unidos con respecto a la República de Panamá es el de verla crecer en riqueza, en población, en importancia, has-



ta tanto llegue a ser, como lo deseamos vehementemente, una de las Repúblicas cuya historia refleje honor sobre todo el mundo occidental".

Durante los veinte años de vigencia del Convenio Taft dos cosas se destacaron en el cuadro de las relaciones de Panamá con los Estados Unidos: el régimen de la intervención y las quejas continuas del comercio y del Gobierno de Panamá por el abuso del privilegio de comprar en los comisariatos de la Zona y el contrabando incontinente e incontinido entre dos jurisdicciones divididas solamente por una línea trazada sobre el pavimento.

La intervención de los Estados Unidos para el mantenimiento del orden público en Panamá tenía base contractual. Los estadistas norteamericanos la consideraban como una necesidad imprescindible para la realización de la empresa canalera, en vista de las contiendas civiles que habían agitado crónicamente a Colombia y al Istmo. La aceptaban los estadistas panameños, que ansiaban tranquilidad para su pueblo y estabilidad para su gobierno después de una trágica historia de revoluciones, motines y trastornos que habían culminado en la cruenta y larga "guerra de los mil días". Estuvo pues en la lógica del tiempo y de los sucesos que se pactara el derecho de intervención en la convención Hay-Bunau-Varilla y que se consignara ese mismo derecho en la Constitución de 1904. El nuevo Estado, harto de sangre, de lágrimas y de ruina, tenía ansia de paz. Como lo dijo una vez Pablo Arosemena, "renunciábamos valerosamente el derecho de matarnos".

Se creía por otra parte, que la causa de las revoluciones intestinas eran exclusivamente las pasiones de hombres y partidos y que el efecto de ellas se eliminaba introduciendo en las luchas políticas la intervención de un gobierno amigo como elemento de imparcialidad y justicia. Sin embargo, el sistema tuvo dolorosos resultados. La experiencia demostró que lo único que se lograba era

pasar de la parcialidad propia a la posible parcialidad extraña y que así entre los intervenidos como entre los interventores podían surgir simpatías y antipatías. Por eso, aquel varón sagaz que fue Calvin Coolidge, en el discurso que pronunció en La Habana en el acto de la inauguración de la Sexta Conferencia Panamericana dijo estas palabras llenas de sabiduría: "Es mejor que el pueblo cometa sus propios errores que que venga algún otro a cometerlos en lugar suyo".

Se efectuaron bajo la vigilancia de los Estados Unidos las elecciones de 1908, de 1912 y de 1918. El partido vencido se quejó invariablemente de que la intervención había sido parcial en favor del partido vencedor. En 1918 fue necesario que después de la intervención en los comicios se llevara a efecto ante una especie de tribunal arbitral constituido por funcionarios norteamericanos una revisión del proceso electoral para determinar sus resultados. Pero no fue lo peor el hecho mismo de la intervención. Rasgo deplorable del sistema fue la convicción que se apoderó del ánimo de hombres y partidos de que el factor esencial de su éxito político eran las simpatías de las autoridades norteamericanas. Así surgió la tendencia a convertir la Legación de los Estados Unidos en centro a donde convergían las aspiraciones políticas. Y más deplorable aún fue que la creencia arraigada de que la intervención se producía siempre en favor de la ope-

sición y contra el gobierno trajera como consecuencia que la exaltación política llegara en ocasiones al extremo de que se solicitara al Gobierno de los Estados lo que en la serenidad sólo podía considerarse como una vergüenza nacional.

Contra el régimen de la ingerencia extranjera sobrevino una reacción saludable en lo nacional y en lo internacional. En la Conferencia de La Habana se había producido enardecido debate que puso de manifiesto la aversión de la gran mayoría de las naciones del continente al sistema de la intervención unilateral. Hacia 1930, Henry L. Stimson, precursor de la Política del Buen Vecino, abandonaba resueltamente la práctica de las intervenciones de todo género. En 1931 se produjo en Panamá el movimiento armado del 2 de Enero, y el Gobierno de los Estados Unidos se abstuvo de intervenir. En 1933, consolidada ya la política rooseveltiana, se adoptó en la Conferencia de Montevideo la Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados, en la cual se incorporó el postulado —hoy universal— de que "ningún Estado tiene el derecho de intervenir en los asuntos internos o externos de otro Estado". En 1936, un tratado con Cuba abolió la llamada Enmienda Platt que permitía diversas formas de ingerencia en ese país, y en ese mismo año el Tratado General celebrado con Panamá abrogó la cláusula que autorizaba la intervención.

En materia de relaciones surgidas de la aplicación del tratado en la Zona del Canal, fueron continuas las quejas de Panamá con motivo de las actividades comerciales de los Estados Unidos. El desarrollo cada día mayor de los Comisariatos destinados al abastecimiento de los empleados del Canal, el abuso del privilegio de comprar en esos establecimientos, el incentivo enorme para el contrabando y las dificultades casi insuperables para reprimirlo, fueron materia principal de la correspondencia y de las gestiones diplomáticas de Panamá durante todo este período. No se manifestaba adverso a remediar esos males el Gobierno de Washington, pero la situación se mantenía estacionaria cuando no empeoraba. Con todo, puede afirmarse que las relaciones de carácter general se mantenían dentro de una órbita alentadora de cortesía y de cordialidad.

En 1917 los Estados Unidos declararon la guerra a los imperios centrales, que bajo la hegemonía de la dinastía Hohenzollern constituían una amenaza para la paz y la libertad del mundo entero. Panamá se hizo beligerante 24 horas después de los Estados Unidos y con toda decisión y lealtad hizo causa común con éstos y con las demás potencias aliadas.

El motivo de diferencia más grave durante este período fue la actitud de los Estados Unidos en el conflicto sobre límites surgido con la República de Costa Rica. Fuerte presión ejerció el Departamento de Estado sobre Panamá con el objeto de obligarla a reabrir la casi secular disputa de fronteras que había sido resuelta por un laudo arbitral proferido en 1900 por el Presidente de Francia Emile Loubet. Panamá se negó categóricamente a reabrir la controversia jurídica, porque ello habría implicado desconocimiento del laudo Loubet que había sido incorporado en la constitución de la República y cuya validez intrínseca no podía ser cuestionada. Así pues,

sobre la base inconvencional de la validez del Laudo, Panamá convino, por la Convención Anderson-Porras de 1910, en someter la cuestión de interpretación del laudo, en la parte de la línea fronteriza que quedaba en la vertiente atlántica, a la decisión del Chief Justice de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Honorable Edward D. White. En 1914 profirió éste un fallo en que declaraba nulo el Laudo Loubet y trazaba una frontera que no tenía un solo punto de contacto con la que el árbitro francés había establecido en la región indicada, por donde se ve que el Chief Justice anuló el acto que debía interpretar y resolvió una cuestión que no le había sido sometida. Ante un caso de exceso de jurisdicción que Panamá consideraba evidente por sí mismo, y que entrañaba nulidad del fallo White, el Gobierno panameño declaró que no podía considerarse obligado por el mismo. Así lo comunicó a los gobiernos de Costa Rica y de Estados Unidos, como también al propio Chief Justice, y Panamá continuó ocupando en la vertiente del Pacífico territorios que el laudo Loubet había adjudicado a Costa Rica, pero que Colombia y Panamá habían ocupado siempre conforme a un *statu quo* que no había cesado jurídicamente.

Esa situación se mantuvo desde 1914 hasta Febrero de 1921, cuando Costa Rica invadió con fuerzas armadas los susodichos territorios y se rompieron las hostilidades entre las dos repúblicas vecinas. Panamá recuperó con sus fuerzas la región invadida, y los Estados Unidos mediaron en forma que produjo la suspensión de las hostilidades. Sobrevino luego una controversia entre Panamá y el Gobierno mediador. La República sostenía la tesis de la nulidad del fallo White por exceso de jurisdicción. Estados Unidos alegaba que el fallo era válido y exigía la entrega a Costa Rica de los territorios recuperados por Panamá. Ante la firme negativa panameña de efectuar tal entrega, Estados Unidos anunció el despacho del acorazado Pennsylvania para hacer efectiva su exigencia. Confrontada así Panamá con el poder naval de los Estados Unidos hubo de someterse a la fuerza y abandonar el territorio disputado, no sin protestar ante el mundo por lo que consideraba ser una violación de su soberanía. Estos sucesos, como es natural, produjeron en el Gobierno y en el pueblo panameño hondo resentimiento que no pudo menos de tener repercusión deplorable en sus relaciones con los Estados Unidos.

El Convenio Taft no tuvo la forma de un pacto ordinario. Quedaron consignados los acuerdos en una serie de Ordenes Ejecutivas expedidas por el Gobierno de los Estados Unidos y una serie correspondiente de decretos dictados por el Gobierno de Panamá. Pero a los ojos de la República, cualquiera que fuera su forma, existía entre las dos naciones un acuerdo bilateral que no podía quebrantarse sino por la voluntad de las dos partes. Esto no obstante, el Gobernador de la Zona del Canal en sus informes reclamaba la abrogación del Convenio Taft y enderezaba principalmente sus objeciones contra lo estipulado en materia de sellos de correos para el servicio postal de la Zona, que aquel funcionario calificaba de "tributo" injustificado que pagaban los Estados Unidos a Panamá. Poderosos intereses norteamericanos proyecta-

ban además establecer en la Zona del Canal el negocio de almacenes de depósito para la distribución de mercancías en grande escala y para ese proyecto el Convenio Taft era un obstáculo. Cualesquiera que fuesen las fuerzas que se movieran contra el Convenio Taft, el hecho es que a principios de 1924 el Gobierno de Washington decidió su abrogación, es decir, anunció su propósito de revocar las Ordenes Ejecutivas que lo constituían por parte suya. Tal abrogación significaba para Panamá grave amenaza, porque eliminado el Convenio Taft, surgía la perspectiva de que se aplicara el tratado de Canal conforme a la interpretación expuesta en la nota del Secretario Hay de Octubre de 1904.

El Gobierno de la República, en consecuencia, se opuso decididamente a la anunciada acción de los Estados Unidos y reclamó que no debía procederse a la abrogación sin que se celebrara con anterioridad un tratado subrogatorio del Convenio Taft que asentara sobre bases permanentes y equitativas las relaciones creadas por la construcción y el funcionamiento del canal. Estas instancias panameñas no tuvieron efecto y el Gobierno de Estados Unidos abrogó unilateralmente el Convenio Taft en Mayo de 1924.

Se avino, sin embargo, el Departamento de Estado a entrar en negociaciones con Panamá para la celebración de un nuevo tratado permanente. Estas negociaciones fueron largas y difíciles. No se manifestó el Departamento de Estado dispuesto a suavizar las durezas del pacto de 1903 y a convenir con carácter permanente en cláusulas que aseguraran las aspiraciones de Panamá en materia de actividades comerciales en la Zona del Canal. Por el contrario, proponía un límite de tiempo exiguo para las llamadas "cláusulas comerciales", las que brindaban algunas garantías al comercio y al Gobierno de Panamá, en tanto que reclamaba la perpetuidad para las que favorecían el interés de los Estados Unidos. Exigió además el Departamento la extensión de la jurisdicción

norteamericana sobre la parte de la ciudad de Colón denominada Nuevo Cristóbal. Esta y otras exigencias de los voceros del Gobierno de Washington produjeron por un tiempo un estancamiento de las negociaciones. Reanudadas en 1925 y tras ardua lucha que se prolongó por un año más, se llegó al momento en que el Gobierno Panameño se vió ante el dilema de volver a relaciones basadas en la interpretación Hay de 1904, o aceptar un tratado claramente insatisfactorio pero que a lo menos aminoraba las durezas de aquella interpretación. En estas condiciones se firmó el tratado de Julio de 1926, que el Gobierno presentó a la Asamblea Nacional como lo más que había podido obtener después de sus intensos esfuerzos de dos años. La Asamblea Nacional por voto unánime resolvió abstenerse de ratificar el tratado hasta tanto pudieran obtenerse condiciones más satisfactorias.

La espantosa depresión económica que abatió a los Estados Unidos y al mundo entero desde el derrumbamiento de la Bolsa en Octubre de 1929 hasta los comienzos de la administración de Franklin D. Roosevelt en 1934, tuvo, como era natural, honda repercusión en la República de Panamá. Los problemas resultantes de las activi-

dades del Gobierno de Estados Unidos en la Zona del Canal se aguzaron a tal extremo que en Octubre de 1933 el Presidente de Panamá, Dr. Harmodio Arias, decidió hacer viaje a Washington con el objeto de exponer personalmente al Presidente Roosevelt la necesidad urgente de tomar medidas tendientes a evitar que aquellas actividades siguieran afectando la vida económica de Panamá en forma tan grave.

Materia de las conversaciones entre los dos Presidentes fueron la expansión incesante de los Comisariatos y de los almacenes militares denominados Post Exchanges; los suministros ilimitados a las naves; las ventas de productos panameños —principalmente carnes y cerveza— a la Zona del Canal; los efectos ruinosos e inequitativos de la llamada "Economy Act" (Ley de Economía) que tendía a cerrar la puerta a diversos productos del suelo y de la industria panameños; la repatriación de obreros extranjeros sin trabajo llevados al Istmo por el Gobierno de los Estados Unidos, y algunos otros asuntos que sería prolijo enumerar.

Las conversaciones tuvieron como resultado una declaración conjunta que incorporó postulados ya reclamados por Panamá desde Enero de 1924, pero que no hallaron entonces eco favorable. Esos postulados eran en lo sustancial, que la Zona del Canal debía ser ocupada exclusivamente para los fines de la vía marítima y que Panamá debía estar en capacidad de asegurar para su propio desarrollo las ventajas inherentes a su posición geográfica. Por medio de Ordenes Ejecutivas se tomaron medidas tendientes a remediar la situación y las relaciones entre los dos países tomaron nuevo impulso de cordialidad y de buena inteligencia. Sin embargo, no desaparecieron del todo los problemas existentes y más adelante surgieron problemas nuevos.

A raíz de su toma de posesión, el Presidente Roosevelt decretó el retiro del oro de la circulación y la desvalorización del dólar, reduciendo esta unidad monetaria al 59.6% de su valor anterior. Cuando en Febrero de 1934 el Gobierno de los Estados Unidos debió hacer el pago de la anualidad de 250,000 dólares en moneda de oro estipulada en el tratado de 1903, remitió a la República un cheque en dólares desvalorizados. Panamá rechazó el cheque y reclamó que de acuerdo con el tratado vigente el pago debía hacerse "en moneda de oro de los Estados Unidos", la cual no podía ser sino la que existía en 1904. Siguióse una controversia en que los funcionarios de los Departamentos de Estado, del Tesoro y de Justicia sostenían el derecho de los Estados Unidos de pagar en la nueva moneda y la Legación de Panamá, en un pliego de 25 proposiciones, sostenía la tesis contraria.

Fue en aquella coyuntura cuando el Departamento de Estado, defiriendo al anhelo manifestado por Panamá desde 1924 de que se celebrara un nuevo tratado subrogatorio del Convenio Taft, manifestó a la Legación de Panamá en Washington su disposición de efectuar una revisión general de todas las cuestiones pendientes entre las dos naciones, con el objeto de determinar si era posible la celebración de un nuevo tratado general mediante el cual se pasieran en mejor pie y con carácter permanente las relaciones entre Panamá y Estados Unidos.

El Gobierno panameño, como era natural, acogió complacido la iniciativa revisionista del Departamento de Estado y así se entró en las negociaciones que culminaron en la firma del Tratado General suscrito en Marzo de 1936. Largas y laboriosas fueron aquellas negociaciones. Duraron aproximadamente dos años y durante ella celebraron 110 conferencias las comisiones negociadoras. Y si bien cada parte defendió con valor sus puntos de vista, prevaleció un espíritu de justicia, de franqueza y de comprensión mediante el cual se alcanzaron soluciones mutuamente satisfactorias que llevaron la cordialidad panameño-americana a su más alto nivel.

Cláusulas fundamentales del nuevo tratado son la que estipula que Panamá y los Estados Unidos —las dos naciones que hicieron posible la construcción del canal interoceánico— deben disfrutar equitativamente los beneficios de esa obra y las que reconocen el derecho de Panamá a gozar de los beneficios inherentes a su posición geográfica. Se declaró cumplida la obligación de Panamá de conceder tierras fuera de la Zona para la construcción del canal, obligación que había sido pactada sin límite de tiempo ni de espacio por la convención de 1903. Se establecieron reglas diversas para impedir las compras indebidas en los comisariatos y almacenes del ejército, y se restringieron las ventas a las naves. Se abrogó la garantía de la independencia de Panamá que en el pasado había

dado pábulo a que se pusiera en tela de juicio la plenitud de su soberanía. Se abolió la cláusula que daba a los Estados Unidos el derecho de intervenir para el mantenimiento del orden público. Se fijó el pago de la llamada "anualidad del canal", a partir de 1934, en suma que equivale con un pequeño exceso a la cantidad estipulada en dólares oro del peso y ley vigentes en 1904. Se reafirmó y se dió permanencia al principio de la igualdad de oportunidades y de trato entre ciudadanos panameños y norteamericanos empleados en el Canal. Se consagró la norma de la cooperación, previa consulta, en caso de conflagración internacional, para la defensa de la República, del canal y de su neutralidad. Se acordó el trazado de un corredor de jurisdicción panameña a través de la Zona del Canal, con el fin de asegurar la continuidad de esa jurisdicción a todo lo largo de la carretera transistmica entre las ciudades de Panamá y Colón.

La conflagración desencadenada sobre el mundo por la demencia criminal de Adolfo Hitler y de sus congéneres de los dos ejes puso nuevamente a la República al lado de los Estados Unidos. El mismo día en que se consumió el ataque de Pearl Harbour, el Gobierno panameño, actuando como beligerante, comenzó a tomar dentro de su territorio las medidas necesarias para la seguridad del canal y de la República. Durante todo el curso de la guerra cooperó en forma amplia y leal con los Estados Unidos. Se establecieron más de ciento treinta bases dentro de su jurisdicción, las cuales fueron desocupadas o entregadas a Panamá después de la guerra, cuando ya no eran necesarias. Durante todo el término de las hostilidades no se registró ni en la República ni en la Zona un solo acto de espionaje, de sabotaje o de deslealtad. Prevalció no solamente entre los dos gobiernos sino también entre los dos pueblos el más amplio espíritu de solidaridad ante el peligro. Y de parte de los Estados Unidos se manifestó una noble disposición de corresponder

con magnanimidad a la amistad de Panamá y a los sacrificios que ella se impuso para hacer posible la construcción del canal.

Este espíritu tomó forma concreta en el llamado Convenio de los Doce Puntos, acuerdo ejecutivo celebrado en 1942, que junto con los problemas de la cooperación para fines de defensa arregló otras importantes cuestiones, tales como la de la comunicación por puente o túnel a través del canal y la reversión a la República de Panamá de las tierras que usufructuaba la Compañía del Ferrocarril en las ciudades de Colón y Panamá por virtud de la concesión de la Isla de Manzanillo hecha a esa Compañía por el gobierno de la Nueva Granada conforme al contrato de 1850. Los derechos de Panamá a la reversión de estas tierras habían sido traspasados a los Estados Unidos por el tratado de 1903.

Hecha abstracción de las cuestiones emanadas de la construcción y funcionamiento de la vía marítima, puede afirmarse que las relaciones entre Panamá y los Estados Unidos son en lo general cordiales. Panamá tiene confianza en el espíritu de justicia y de juego limpio del pueblo norteamericano, siente admiración sincera por sus virtudes y reconoce que Estados Unidos es el baluarte y la esperanza de los hombres libres de todo el mundo en la presente hora histórica, preñada de temores y de vicisitudes. Panamá y Estados Unidos son como dos hermanos a quienes une el vínculo de la fraternidad pero separan intereses que no han logrado armonizar. Las fricciones que ha habido entre los dos países nacen casi exclusivamente del hecho de que sus relaciones tienen por base un tratado desigual y duro que comprometió gravemente el porvenir de Panamá. Pero debe reconocerse que ha contribuido a suavizar durezas y a consumir reparaciones la obra conciliadora y justiciera de estadistas comprensivos como Teodoro Roosevelt, William H.

Taft, Henry L. Stimson, Cordell Hull, Summer Welles, y sobre todo, ese adalid de la democracia y del derecho que fue Franklin Delano Roosevelt.

El cincuentenario de la personería internacional de la República encuentra a Panamá y a los Estados Unidos aprestándose una vez más para efectuar una revisión general del campo de sus relaciones, con la mira de eliminar de ellas, hasta donde sea posible, todo motivo de fricción o desacuerdo. La iniciativa de la revisión fue tomada por el Presidente de Panamá, Coronel José Antonio Remón Cantera, movido por una convicción fervorosa de que Panamá no recibe una participación equitativa en los beneficios que la obra del canal debe proporcionar a las dos naciones que la hicieron posible, y de que hay problemas palpitantes cuya justa solución no debe prolongarse por más tiempo.

El Tratado General de 1936, con ser manifiestamente satisfactorio, no resolvió todas las cuestiones pendientes entre los dos países: resolvió *algunas*, como lo dice su preámbulo de manera expresa. Por otra parte, entre las normas establecidas por aquel pacto hay varias que no han tenido todavía en la práctica aplicación efectiva y completa. Tal acontece con el principio de la igualdad de oportunidades y de trato entre los ciudadanos de Panamá y de Estados Unidos que trabajan en la Zona del Canal. Los panameños se quejan de que existe de hecho respecto de ellos una discriminación que debe desaparecer. Hay problemas viejos y problemas nuevos. No es aventurado pensar que unos y otros tienen origen en los defectos de un pacto básico que no fue negociado en condiciones propicias a la equidad y a la armonía. Duras como son sus cláusulas para Panamá, más duras son aun las interpretaciones a que han dado lugar sus incongruencias. Ningún tratado entre pueblos libres puede asentarse sobre la desigualdad entre las ventajas y las

cargas, porque entonces las relaciones que crea no son de beneficio mutuo sino de opresión de una parte por la otra.

El cincuentenario de la República coincide con una hora de franca cordialidad en las relaciones de Panamá y Estados Unidos. Por encima de las divergencias se manifiestan el respeto mutuo y el deseo de conciliar intereses. Mediante la realización de ese deseo se logrará que esas relaciones sean tan genuinamente amistosas como son estrechas, y tan justas y fecundas como merecen serlo las de dos naciones vinculadas por el éxito de una empresa que solo debe ser para ellas fuente común de satisfacción y orgullo.

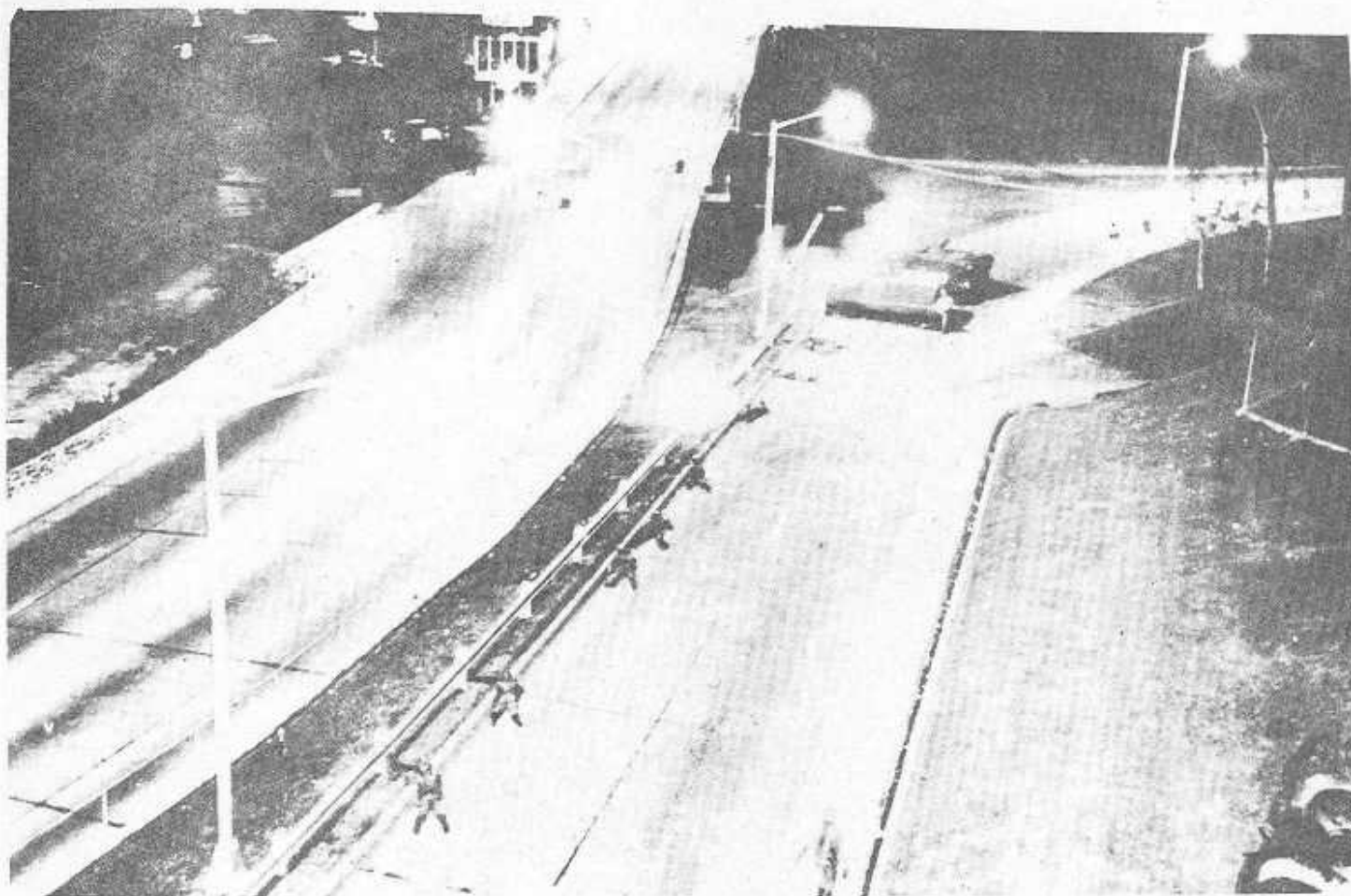
Ginebra, 25 de Julio,

Año del Cincuentenario.

# EVIDENCIAS DE AGRESIÓN.

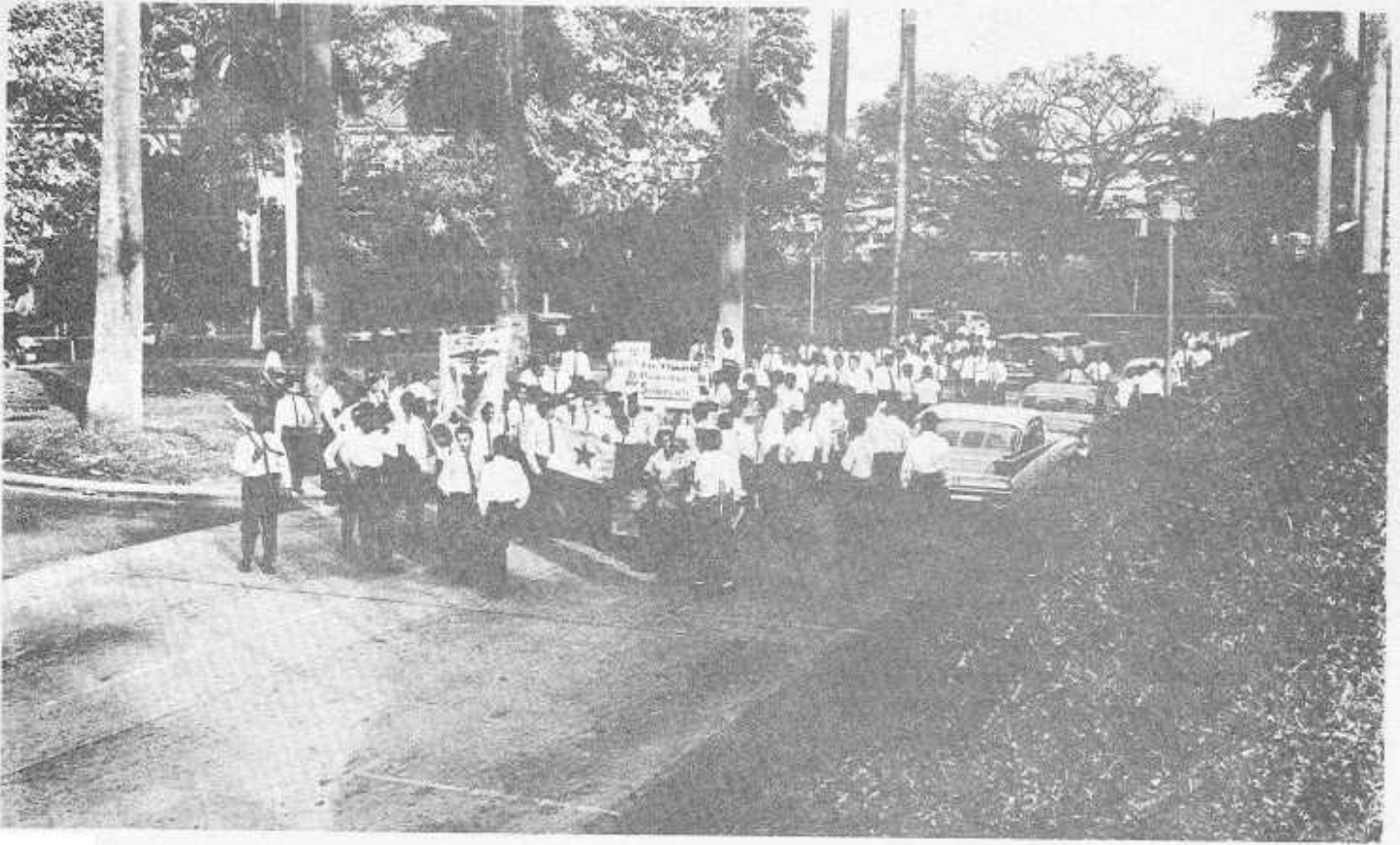
El Gobierno de los Estados Unidos de América, violentando la verdad de los hechos, insiste en negar la acción páfida de sus fuerzas armadas contra la población civil panameña. Veintiún muertos y quinientos heridos son el testimonio fehaciente de la bárbara agresión de que fuimos objeto, de parte del ejército más poderoso del mundo, que quiso acallar infructuosamente, con la metralla, la voz de la justicia y del derecho.

La información gráfica que aquí se recoge es la evidencia incontrastable de este acto vergonzoso de quienes pretenden ser los defensores de la libertad y de la democracia.



El ejército norteamericano forma línea de combate en la Avenida 4 de Julio, hoy Avenida de los Mártires.





Los estudiantes graduados del Instituto Nacional se dirigen, en manifestación pacífica, hacia el colegio superior de Balboa.



La policía zanjeña, con gesto hostil, detiene la patriótica manifestación de los estudiantes.



Los estudiantes zonetas, entre gritos, risas y abucheos, inician los actos de violencia frente al Colegio Superior de Salboa.

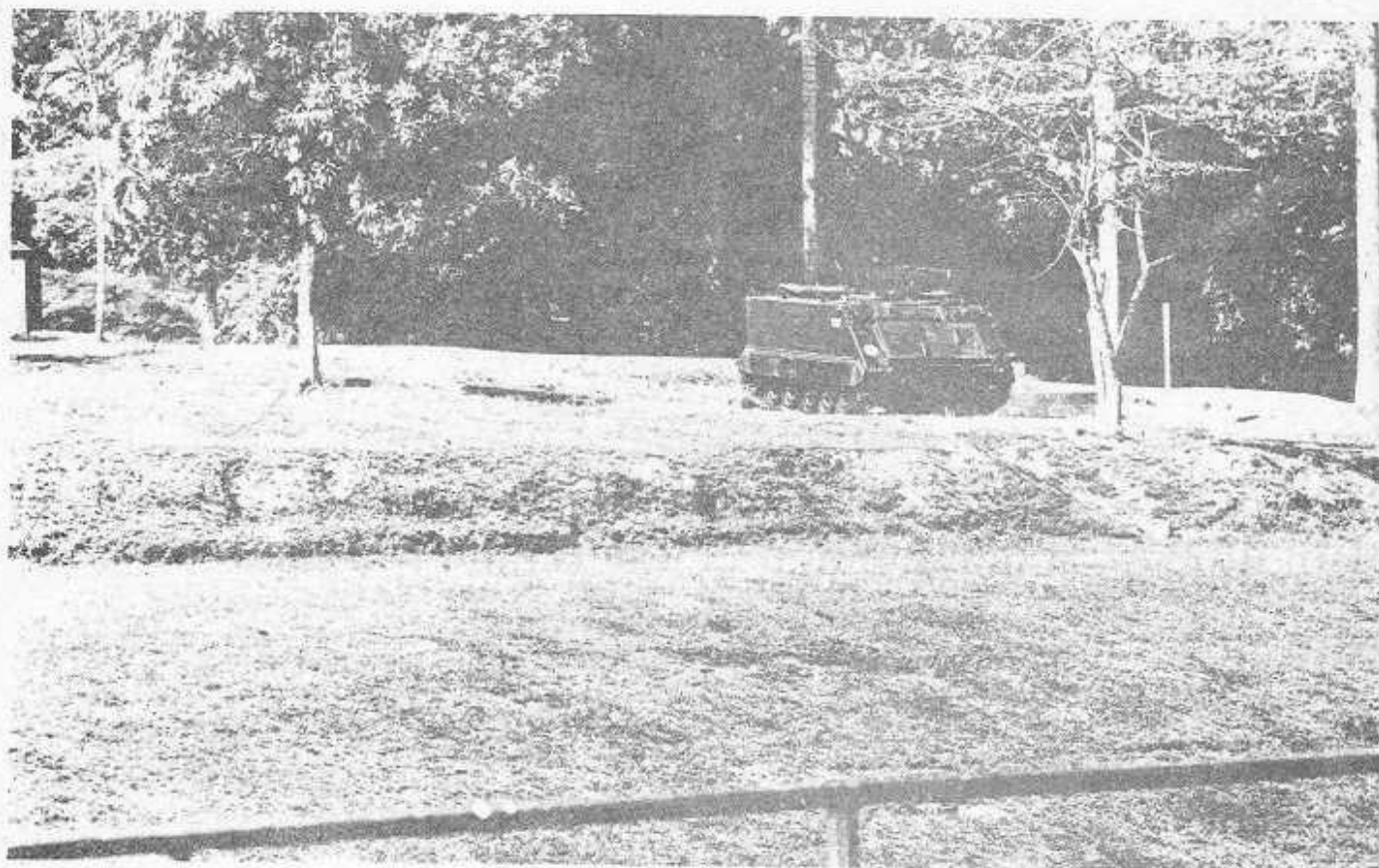


Los estudiantes muestran el pabellón desgarrado por la violencia de los zonetas.





El ejército norteamericano utiliza "carros blindados" contra el indefenso pueblo panameño.





El ejército, con sus armas de guerra, entra en acción. Fusiles contra banderas.



Los soldados norteamericanos, con sus armas automáticas, robrican su odio por la causa panameña.



Valeroso joven panameño  
coloca el símbolo patrio  
en la Zona del Canal.

Unidades del ejército norteamericano  
detienen violentamente al estudiante panameño,  
por el "delito" de izar la bandera  
en territorio que es nuestro.

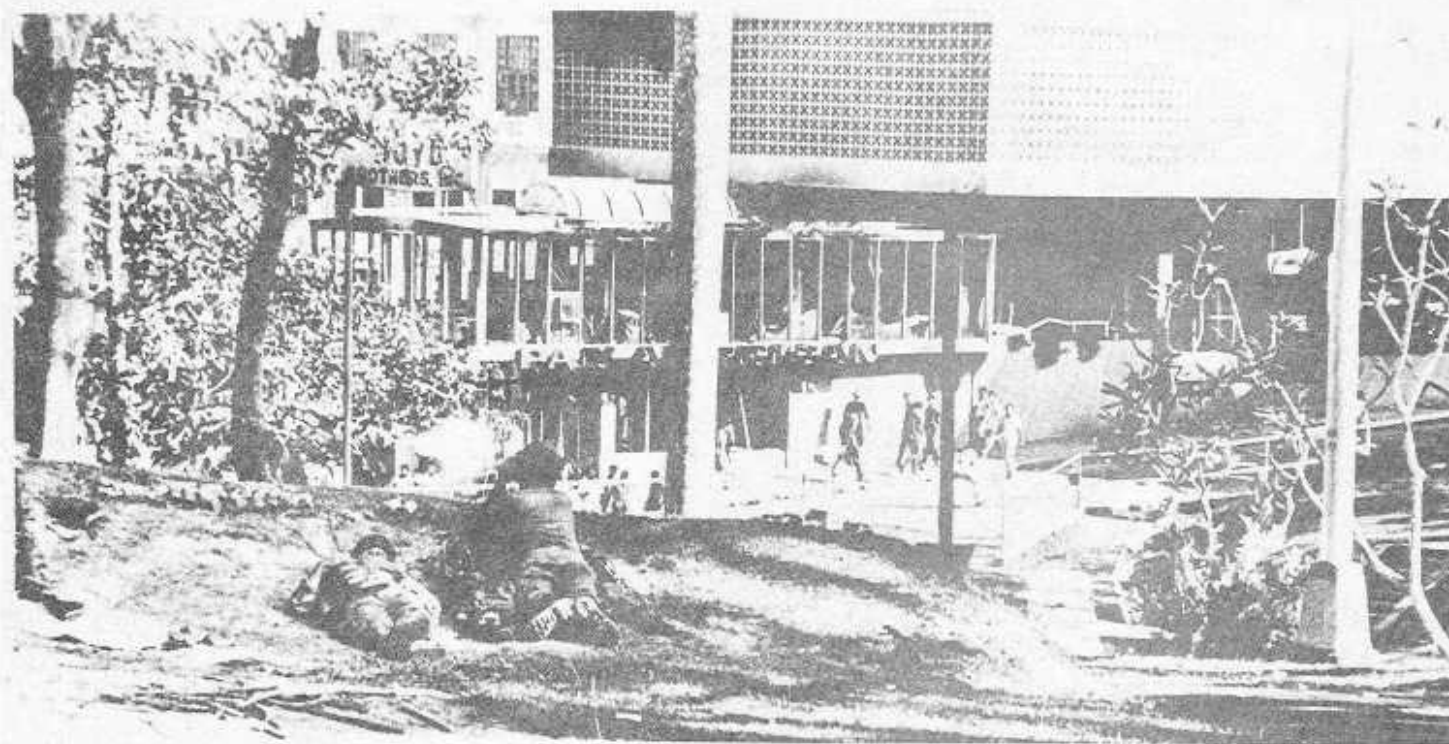


Dos policíás militares,  
con ametralladora en mano,  
tratan de impedir la llegada  
de patriotas a territorio panameño  
de la Zona del Canal.

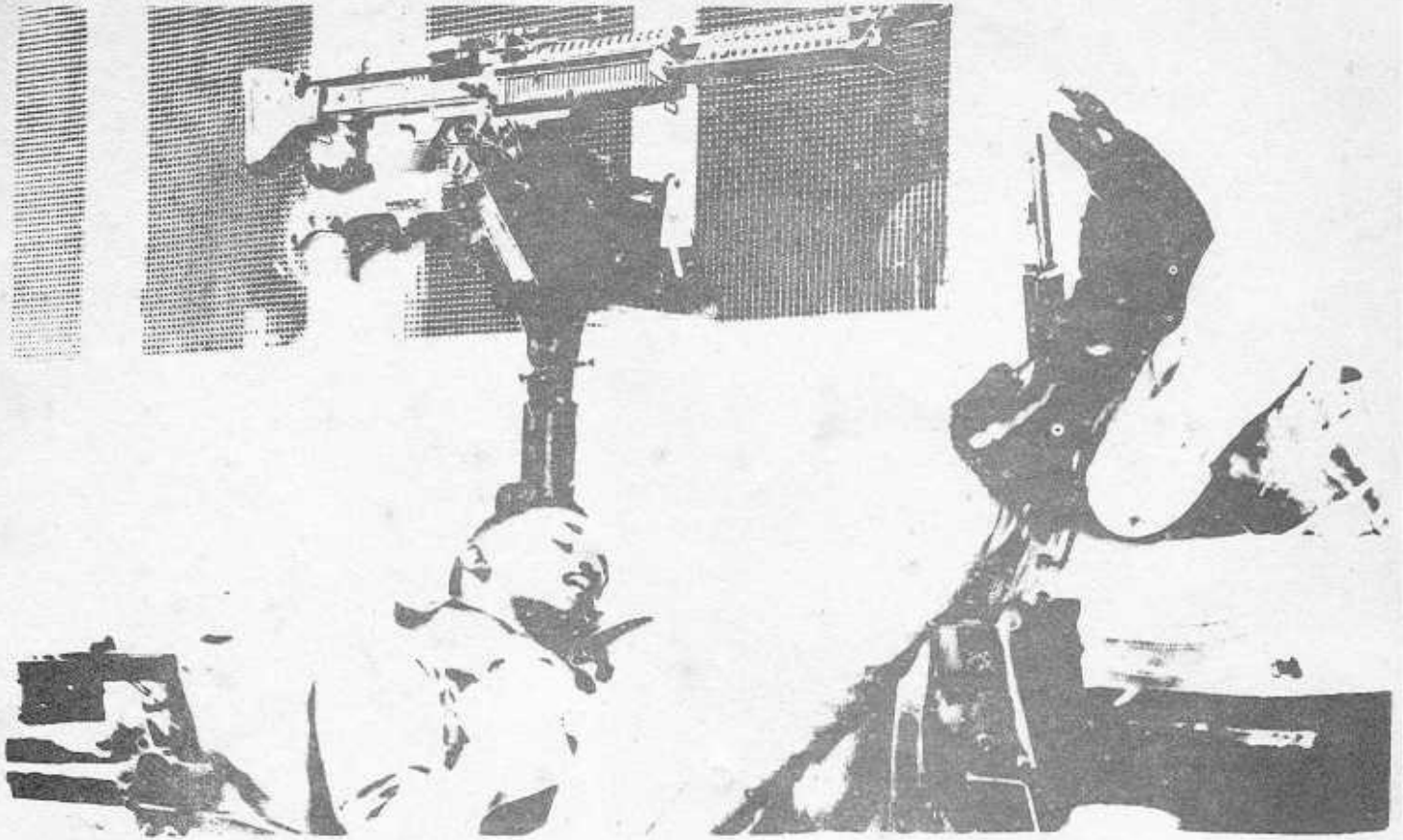




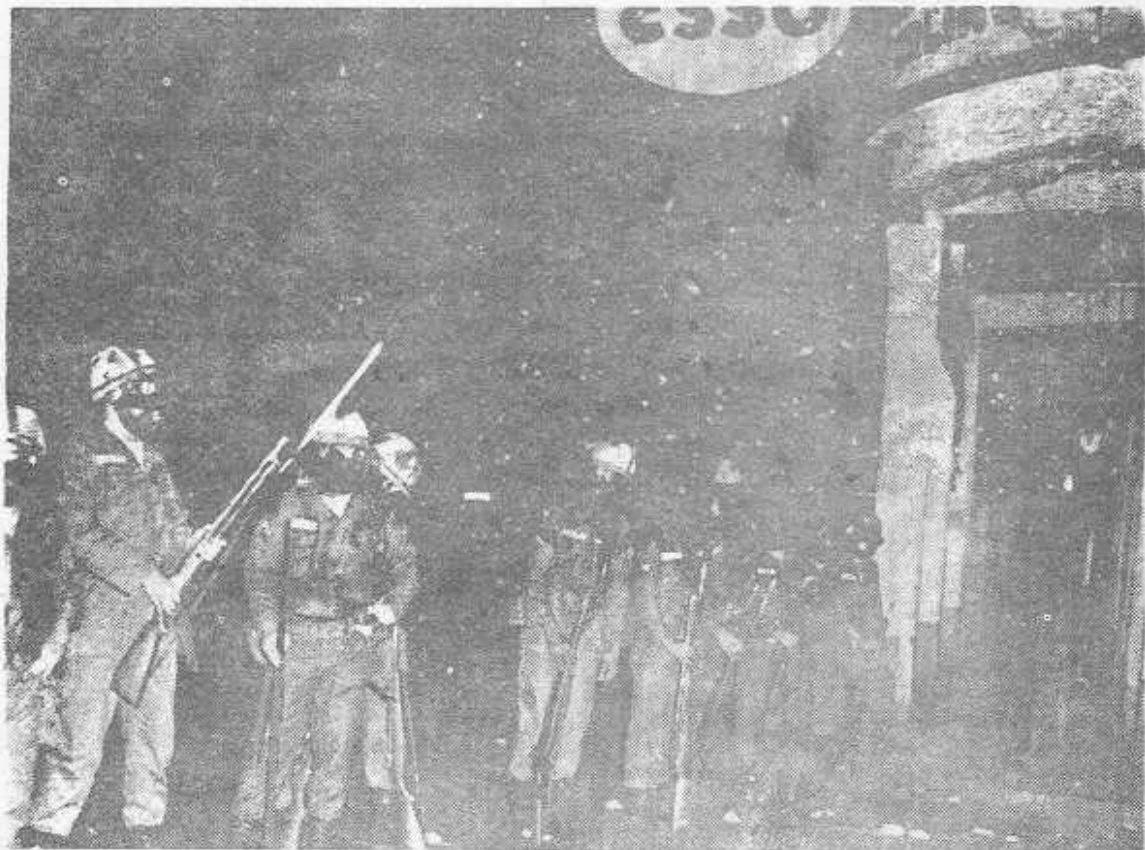
La policía zonesta se dispone a bajar la bandera panameña, mientras miembros del ejército norteamericano avanzan, con despliegue de poderío militar.



Soldados norteamericanos, en lugares estratégicos, cerca del edificio Pan American.



Soldado norteamericano descansa, después de su "valerosa" acción contra el pueblo panameño.



El ejército ocupa una avenida en la ciudad de Colón.

